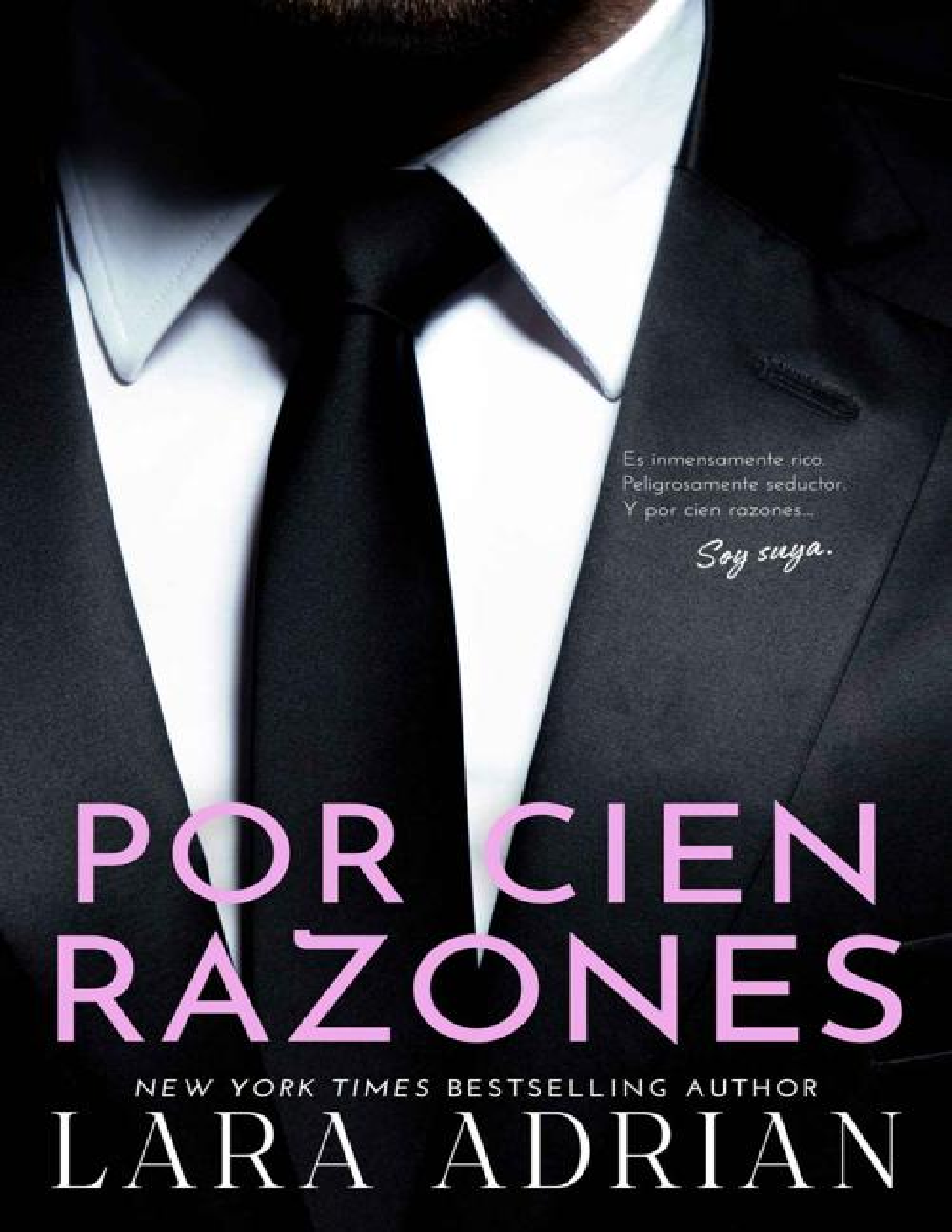


POR CIEN RAZONES

NEW YORK TIMES BESTSELLING AUTHOR

LARA ADRIAN

POR CIEN RAZONES

Una novela romántica de la Serie 100

AUTORA SUPERVENTAS DEL NEW YORK TIMES

LARA ADRIAN

Contents

Boletín Para Lectoras

Reseñas De La Serie 100

Book Title Page

1. Capítulo 1

2. Capítulo 2

3. Capítulo 3

4. Capítulo 4

5. Capítulo 5

6. Capítulo 6

7. Capítulo 7

8. Capítulo 8

9. Capítulo 9

10. Capítulo 10

11. Capítulo 11
12. Capítulo 12
13. Capítulo 13
14. Capítulo 14
15. Capítulo 15
16. Capítulo 16
17. Capítulo 17
18. Capítulo 18
19. Capítulo 19
20. Capítulo 20
21. Capítulo 21
22. Capítulo 22
23. Capítulo 23
24. Capítulo 24
25. Capítulo 25
26. Capítulo 26
27. Capítulo 27
28. Capítulo 28
Una Nota De Lara
Libros De La Serie 100
Sobre Lara Adrian

Derechos De Autor

ÚNETE A MI NEWSLETTER

Suscríbete a mi boletín exclusivo y entérate de todas las novedades sobre mis libros actuales y los próximos lanzamientos.

También recibirás ofertas especiales, contenido exclusivo y mucho más.

👉 Suscríbete ahora: https://subscribepage.io/VdTzyq

RESEÑAS DE LA SERIE 100

"Ojalá pudiera darle más de 5 estrellas. Adrian no solo incursiona en este género con brillantez... está lista para adueñarse de él. Acabo de encontrar mi nueva adicción."

— *The Sub Club*

"Hay giros que ya espero encontrar en un libro de Lara Adrian, y lo digo porque, con cualquier libro suyo, sabes que vas a descubrir una trama con muchas capas. Adrian simplemente domina el romance de multimillonarios."

— *Under the Covers*

"Si estás buscando tu próxima obsesión tipo Cincuenta sombras, no busques más. Lo sé, ya has oído esa frase antes... pero esta vez es verdad, y estoy dispuesta a apostar el penthouse."

— *Mile High Book Club*

POR CIEN RAZONES

Serie 100

Libro 3

Autora superventas del New York Times

LARA ADRIAN

© 2017 Lara Adrian, LLC
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS. (v25.05ESLA)

1

PARÍS

Intenté advertirle que no era un buen hombre.

Desde el principio, le dije que merecía a alguien mejor. Ahora, ella sabe que es verdad.

Bastardo egoísta y despiadado. Eso es lo que soy, lo que siempre he sido. Nunca he ocultado ese hecho. Tampoco me he disculpado por ello. Demonios, es la única forma que conozco para sobrevivir.

Cuando veo algo que deseo, no pierdo tiempo esperando a que caiga a mis pies. Lo tomo. Me apodero de lo que quiero, por las buenas o por las malas. Y hace más de un año —cuando vi por primera vez a Avery Ross— lo que quería por encima de todo era a ella.

Durante los últimos cinco meses, ha sido mía.

Tiempo suficiente para darme cuenta de lo increíble que es. Tiempo suficiente para que me volviera del revés. Para hacerme olvidar lo que era desear a cualquier otra mujer que no fuera ella.

Cristo, ¿qué he hecho?

En unos pocos meses, esta mujer hermosa, quebrada e infinitamente valiente me ha hecho querer algo que nunca he tenido ni jamás soñé que necesitaría.

Ahora, se ha ido.

Siento su ausencia como si una parte de mí hubiera sido arrancada de mi cuerpo. Y lo peor de todo es que no tengo a nadie a quien culpar más que a mí mismo.

Con una maldición entrecortada, golpeo el volante de mi Mercedes AMG GT mientras el tráfico delante de mí en la A1 fuera de París avanza prácticamente detenido. Aparece una pequeña abertura a mi lado en la autopista. La aprovecho, haciendo una esquiva temeraria a través de los congestionados ríos de autos compactos, taxis, camionetas de turistas y vehículos de reparto que se interponen entre el aeropuerto Charles de Gaulle y yo.

—¡Avanza, maldita sea! —Toco la bocina, furioso. Desesperado por seguir moviéndome. Tengo que alcanzarla antes de que se vaya para siempre—. ¡Quítense de mi puto camino!

Zigzagueando entre los vehículos más lentos, acelero el motor de más de 450 caballos de fuerza y rujo a través de un breve espacio de autopista abierta. Unos cientos de metros más adelante, ese espacio se cierra. Otro maldito embotellamiento. *A la mierda*. Me desvío hacia el arcén de concreto, acelerando por él como un hombre poseído.

En verdad, *soy* un hombre poseído. Lo he sido desde que puse mis ojos en Avery.

Su rostro me atormenta mientras navego por el congestionado tráfico dirigiéndome hacia la salida del aeropuerto. Todo lo que puedo ver son sus ojos verdes llenos de lágrimas mirándome con asombro —con desprecio— por la forma en que la había traicionado.

¡Lo planeaste todo, Nick! Desarmaste mi vida pieza por pieza hasta tenerme en tus manos. En tu cama.

Todo cierto.

No podía negar nada de lo que había dicho en mi apartamento donde hicimos el amor hace apenas un par de horas. Nada de lo que dije podría hacerla entender. No sé si alguna vez me perdonará. En cuestión de segundos pasó de amarme a odiarme. Cuando me empujó, decidida a irse, me dije a mí mismo que me había ganado cada parte de su desprecio, cada parte de este dolor.

Y cuando salió corriendo de mi casa con su bolso y pasaporte en mano, hacia un taxi que se la llevó a toda velocidad, me dije que lo más justo —lo único correcto— era dejarla ir.

Sí, eso es una mierda.

¿Desde cuándo la he tratado con justicia? ¿Desde cuándo me he preocupado por hacer lo correcto con ella?

Que me condenen si voy a empezar ahora. No cuando ella es la única persona en este mundo que significa algo para mí. La única mujer que he amado verdaderamente.

Giro hacia la entrada del aeropuerto y me dirijo a toda velocidad a la terminal de salidas. Un policía francés me grita cuando salto del auto y lo dejo abandonado en la acera. Ignorando el silbido agudo y las órdenes bruscas de detenerme —primero en francés, luego en inglés— corro hacia la concurrida terminal y me dirijo directamente al mostrador de AirFrance. Si Avery tiene intención de volar de regreso a Nueva York, lo más probable es que haya encontrado un asiento disponible en uno de los frecuentes vuelos directos que despegan desde esta terminal.

La fila de primera clase tiene una docena de clientes que se burlan, refunfuñan y me maldicen mientras los paso a todos para llegar a la asistente del mostrador. Ella me dirige una mirada recelosa, desviando su mirada por encima de mi hombro donde el policía continúa gritándome.

—Señor, no puede saltarse la fila. Hay otras personas esperando...

—Necesito encontrar a alguien —le digo, con la voz baja y tensa por la urgencia. Y sí, desesperación—. Por favor, necesito su ayuda. Es importante.

—¡Usted! —El llamado del oficial suena más cerca ahora. Y está furioso—. Monsieur, le estoy hablando.

Miro hacia atrás y veo que el disturbio ha atraído la atención de un par de soldados franceses uniformados. Boinas granates y camuflaje verde se acercan desde sus puestos en el otro extremo

del área de venta de boletos. La situación está escalando rápidamente.

Estoy seguro de que parezco inquietante, incluso peligroso o inestable, especialmente dado el actual estado de inquietud en el mundo. Pero no tengo tiempo para lidiar con patrullas de seguridad ansiosas o policías irritados. Necesito encontrar a Avery e impedir que aborde ese avión. Demonios, registraré todo el maldito aeropuerto si es necesario.

—¡Monsieur! —El grito viene de uno de los soldados que ahora se me acercan por detrás.

—Ah, a la mierda esto. —Giro frente a los mostradores y me dirijo a la fila de seguridad.

La gente se aparta de mi camino como una ola que retrocede, dejando miradas cautelosas y susurros a mi paso. Los niños son atraídos hacia sus padres cuando paso. Estoy causando una escena, probablemente encaminándome hacia un incidente internacional, pero no me importa.

Me agacho bajo un tramo de cinta de seguridad justo cuando una mano firme se aferra a mi brazo.

—Señor, yo no haría esto si fuera usted.

El más grande de los soldados franceses me sujeta con mano de hierro. Su compañero se coloca a mi otro lado, mientras un tercero me bloquea desde el frente. Sus rostros son severos, las tres miradas impasibles y preparadas para derribarme.

Cada segundo que me retraso aquí es un segundo más cerca de perder a Avery. Cuando hablo, lo hago entre dientes.

—Suéltenme. Tengo que pasar.

—No, señor. —El gigante frente a mí niega con su cabeza oscura —. Ha llegado suficientemente lejos.

Sé que no puedo pasar a estos hombres, ni a sus armas. Ya he perdido. Es demasiado tarde para hacer que Avery escuche, incluso si de alguna manera me concediera la oportunidad.

Con un rugido, lucho contra la sujeción en mi brazo. Me libero, impulsado por la furia y un dolor punzante en mi pecho que es

demasiado grande para ser contenido.

Explota fuera de mí con un gruñido. Mi puño vuela al mismo tiempo, conectando con la mandíbula del soldado frente a mí. Su cabeza se echa hacia atrás sobre sus hombros, pero solo por un segundo.

Cuando el martillo de su golpe en respuesta se estrella contra mi cara, saboreo el dolor. Me lo he ganado después de todo. Y por el más breve momento —antes de que mi visión se oscurezca y el duro piso de concreto venga a mi encuentro— me digo a mí mismo que Avery merece esta oportunidad de volar y escapar de mí.

Ella merece todo lo que nunca podré darle.

Merece ser libre, vivir su vida sin mí.

2

NUEVA YORK

Un año después

—Avery, si tienes un momento, la revista quisiera tomar algunas fotos más para tu entrevista.

—Está bien. Gracias, Rachel —Desde el pequeño grupo de críticos de arte y coleccionistas que me rodea, asiento a la publicista que han contratado para ayudarme a navegar la recepción exclusiva de esta noche—. ¿Me disculpan, por favor?

Alejándome, sigo a Rachel a través de la densa y bulliciosa multitud que llena la recién inaugurada galería de arte moderno de una de las universidades privadas más prestigiosas de la ciudad. El espacio de concepto abierto con techos altos está repleto, vibrando con energía. Música suave proviene del cuarteto de cuerdas ubicado cerca del bar de cócteles. Las conversaciones entremezcladas surgen de todas direcciones, puntuadas aquí y allá por el suave tintineo de copas de cristal.

Y en las imponentes paredes blancas que rodean la reunión, cuadros de maestros contemporáneos cuelgan junto a obras de nuevos talentos prometedores y artistas de vanguardia, la mayoría de los cuales están presentes esta noche.

Es difícil creer que realmente soy invitada en este elegante evento, y más aún que estoy aquí porque una de mis obras ha sido adquirida para la colección de la universidad.

—Señorita Ross, ¿puede decirnos en qué está trabajando ahora? —La pregunta me llega desde algún lugar a mi derecha, acompañada de una mano sosteniendo un teléfono celular con cámara frente a mi rostro. Rachel está ahí en un instante, desviándolo sutilmente por mí.

—Ken, tendrás que esperar para averiguarlo, igual que todos los demás —Sonriendo al decepcionado reportero, ella me aleja de él—. ¿Cómo lo estás llevando esta noche?

—Bien. Me estoy divirtiendo mucho.

—Está bien, puedes ser honesta conmigo. Odias toda la atención, ¿verdad? —Me guiña un ojo mientras caminamos—. Después del precio que alcanzó tu pintura más reciente, deberías estar acostumbrándote. Ahora todos quieren un pedazo de ti.

Intento ignorar el escalofrío que me recorre ante la idea de ser el centro de tanta curiosidad. Pasé la mayor parte de mi vida escondiéndome de mi pasado y de los monstruos que lo habitaban, así que no puedo imaginar un momento en el que alguna vez me sienta cómoda bajo los reflectores. Afortunadamente, ninguna de estas personas aquí esta noche puede ver dentro de mí a la niña aterrorizada y dañada que una vez fui, ni los muchos secretos terribles que tuve que guardar para sobrevivir.

Solo una persona miró lo suficientemente profundo para verme realmente, y durante el último año he estado haciendo todo lo posible por olvidarlo. No es que haya sido fácil.

Durante los pocos meses que estuvimos juntos, Dominic Baine me había consumido. Había sido mi todo, o eso creía tontamente. En realidad, Nick me había estado tomando por tonta desde el momento en que lo conocí.

No, me recuerdo con dureza. Me había estado engañando incluso desde antes.

Desde que vio una de mis pinturas colgada en su galería, Dominion, hace casi dos años y decidió que tenía que tenerme. Pero la broma fue para él, ¿no?

No se dio cuenta de que yo era mercancía dañada.

No sabía de los secretos que había estado guardando toda mi vida. El abuso y la vergüenza, la ocultación.

La sangre y la muerte.

Desearía poder sentir alguna satisfacción por haberlo engañado también. Cuando pienso en cómo le oculté mi pasado, cómo le permití arriesgar su propia vida para protegerme cuando ese horrible pasado finalmente vino a cobrar mis deudas, todo lo que saboreo es arrepentimiento.

Desearía poder retroceder en el tiempo. Desearía poder reiniciar el reloj y empezar de nuevo.

Esa fue la razón por la que Nick me llevó a París: para reiniciar el reloj. O eso afirmaba.

Con todos mis pecados expuestos ante él y sin más secretos que se interpusieran en nuestro camino, pensé que París sería un nuevo comienzo. Y lo fue. Solo que no tenía idea de que estaríamos empezando de nuevo separados.

No quería creer que todo había terminado, pero no podía quedarme.

No después de lo que hizo, manipulándome sistemáticamente, controlando cada detalle de mi vida como si no fuera más que un peón siendo movido en su tablero de ajedrez, hasta que me tuvo exactamente donde quería.

Conquistada.

Poseída.

Suya.

Lo peor de todo es que Nick jugó conmigo tan magistralmente que caí completa, desesperada y *estúpidamente* enamorada de él.

Cuando todo se derrumbó en París el verano pasado, pensé que el dolor me mataría. Cómo no lo hizo, no tengo idea.

Sumergirme en mi trabajo ha ayudado.

Mudarme de Manhattan también ha ayudado. La casa de los años 40 que compré en el vecindario de Forest Hills en Queens hace dos meses no podría ser más diferente del glamour imponente del edificio Park Place donde pasé tanto tiempo con Nick.

Es difícil ir a cualquier lugar de la ciudad y no pensar en él, no ser bombardeada con recuerdos no deseados de todos los lugares que exploramos juntos. Todos los oscuros y eróticos placeres que compartimos.

Historia antigua.

Aparto los pensamientos sobre él al fondo de mi mente mientras Rachel me guía hacia el fotógrafo de la revista de arte y la mujer que me entrevistó más temprano esta noche. Me colocan frente a mi pintura y mientras la cámara hace clic, hago mi mejor esfuerzo para parecer la artista segura y fríamente indiferente que todos parecen esperar.

—Gracias nuevamente por tu tiempo, Avery —La reportera se acerca y me estrecha la mano después de que se toman las fotos—. Estamos planeando una serie de perfiles de artistas para más adelante este año. Además de destacar tu trabajo, nos gustaría hablar contigo más a fondo sobre algunas de tus influencias, tu vida temprana, cosas que han moldeado tu notable trabajo. Si estás interesada, nos encantaría incluirte en el programa.

—Oh. Um...

—Por supuesto —interviene Rachel—. Estará encantada de participar.

Las dos mujeres intercambian información de contacto y hacen arreglos para hablar la próxima semana sobre la programación del artículo.

—Eso realmente no era necesario —le digo a Rachel una vez que estamos solas.

—Sí, realmente lo era —Frunce los labios y me mira por encima del borde de sus gafas de carey—. Kathryn me contrató para cuidarte esta noche porque ella no podía estar aquí. Nunca me

perdonaría si dejara escapar una gran oportunidad como esa entre tus dedos.

Asiento a regañadientes. Kathryn Tremont se ha convertido en una querida amiga este último año. También resulta ser una de las mujeres más ricas de Nueva York y una fuerza a tener en cuenta en el mundo del arte. Por mucho que me desagrade aceptar favores o ser dirigida, sé que Kathryn solo está tratando de ayudarme porque se preocupa por mí.

Y Rachel solo está tratando de hacer su trabajo.

Su teléfono suena con una llamada entrante. —Disculpa, tengo que atender esto. No olvides, el decano los invitará a ti y a los otros artistas a subir al escenario para decir unas palabras antes de sus comentarios finales.

Asiento, pero ella ya se ha girado, inmersa en la conversación telefónica.

Paso un minuto incómodo de pie frente a mi pintura, deseando tener amigos conmigo en la recepción. No es que esté completamente sola. Además de Rachel, mi cita también está por aquí en alguna parte, aunque no veo los rizos pelirrojos y las mejillas rosadas de Brandon entre el mar de asistentes. Me muevo sobre mis sandalias de tacón alto, con los brazos cruzados sobre el frente de mi vestido negro de cóctel Valentino mientras estiro el cuello para escanear la galería llena de gente.

¿Cuánto tiempo ha estado ausente? Parece que ha pasado una hora desde que se fue a buscar bebidas para nosotros. Conociendo lo mucho que a Brandon le gusta charlar, no me sorprendería que ni siquiera haya llegado al bar todavía. Dios sabe que podría usar una dosis de valor líquido antes de que me toque subir al escenario.

Como tengo unos minutos para mí misma, decido ir en busca de mi cita ausente o de una bebida alcohólica, lo que encuentre primero. Justo cuando entro en el grupo de invitados, un muro de músculo firme y cálido parece materializarse frente a mí.

Chocamos solo brevemente, mi palma extendiéndose contra una chaqueta de traje negro a medida desabotonada y la camisa blanca

nítida debajo. El calor me quema al contacto, como si mis sentidos reconocieran el peligro incluso antes de que mi cerebro pudiera entenderlo. Miro hacia arriba a unos intensos ojos azul cerúleo que aún tienen el poder de desnudarme hasta los huesos.

—Nick.

Mi voz es demasiado silenciosa, áspera por la conmoción de verlo por primera vez desde París.

Nueva York es inmensa, pero pensar que hemos pasado un año dentro y fuera de la misma ciudad sin encontrarnos debe ser una especie de milagro. Una bendición, en lo que a mí respecta. Por supuesto, he hecho todo lo posible por evitarlo, manteniéndome alejada de los lugares que sé que frecuenta, asegurándome de que las posibilidades de que nuestros caminos se crucen sean casi nulas.

Y ahora esto.

Aunque comprendía que llegaría un momento en que probablemente nuestros caminos se cruzarían de nuevo, la visión de él es tan poderosa como un golpe físico. Esa corona de cabello negro azabache espeso que brilla bajo las suaves luces de la galería. Esa nariz fuerte y recta y esa mandíbula imposiblemente cuadrada, tan afilada como una cuchilla y sombreada con los ásperos comienzos de su barba.

Y lo más devastador de todo, esos labios pecaminosamente exuberantes que han estado en cada centímetro de mi cuerpo, y han susurrado cosas tan sucias y maravillosas antes de que me diera cuenta de que todo lo que decía estaba basado en una mentira.

Me mira fijamente, su mirada intensa pero ilegible bajo cejas negras como la tinta. —Hola, Avery.

Por sorprendida que esté al encontrarlo parado frente a mí, sé que mi mirada entrecerrada está cargada de sospecha, si no de acusación descarada. Todo justificado, considerando lo desastrosamente que terminaron las cosas entre nosotros. —¿Qué estás haciendo aquí, Nick?

—Recibí una invitación, como todos los demás.

Esa voz pecaminosamente profunda vibra a lo largo de mis terminaciones nerviosas, generando un calor no deseado y una consciencia que no deseo reconocer. Me alejo un poco, anhelando espacio. Si tuviera menos orgullo, me sentiría tentada a salir corriendo hacia la salida más cercana.

Pero tengo todo el derecho a estar aquí. Es Nick quien es el intruso.

—Supongo que no sabías que yo también estaría aquí.

—En realidad, no. Lily hizo los arreglos. Por alguna razón, olvidó mencionar la lista de invitados de los artistas presentes. Hablaré con ella del asunto por la mañana.

No parece complacido con su asistente, y tengo que preguntarme si la impecablemente eficiente Lily Fontana podría haber perdido algo de su agudeza el último año. Lo dudo, pero no puedo imaginar por qué pensaría que poner a Nick y a mí a menos de una cuadra el uno del otro era algo más que una mala idea.

—Me disculpo, Avery. Si hubiera sabido que estarías aquí, te prometo que no habría venido.

Dios, realmente lo dice en serio. Es difícil negar su sinceridad. A pesar de todos sus engaños pasados, reconozco su honestidad ahora. No estoy segura de por qué no siento más alivio, algún sentido de satisfacción de que al menos pueda reconocer los escombros que yacen entre nosotros.

En cambio, todo lo que siento mientras estamos juntos por primera vez en tanto tiempo es el latido acelerado de mi corazón. Las rayas de consciencia no invitada y no deseada. El dolor sordo del arrepentimiento por todo lo que podría haber sido.

La mirada de Nick tarda un tiempo en dejar la mía. Cuando lo hace, sus ojos pasan por encima de mi hombro hacia la pintura colgada en la pared detrás de mí. Se mueve hacia ella, estudiando el lienzo. Mi respiración se aloja en el centro de mi pecho mientras lo observo absorber la gran representación abstracta de plumas plateadas, agua azul turbulenta y cielo naranja lleno de llamas.

Gira la cabeza hacia mí, con un destello de sorpresa en su expresión. —*Ícaro*.

La pintura es más que el mito, y ambos lo sabemos. Lo reconozco con un asentimiento.

No la ha visto antes, aunque comencé a trabajar en esta obra poco después de nuestra primera escapada juntos. Nuestro viaje en velero por los Cayos de Florida a bordo del hermoso barco de Nick, *Ícaro*, parece que fue hace cien años. Tantas cosas han pasado desde entonces. Tantas mentiras entre nosotros, tanto dolor.

—La he estado llevando conmigo durante el último año. Pensé que finalmente era hora de dejarla ir.

Tiempo de dejarnos *a nosotros* ir. No tengo que decir las palabras en voz alta. La mirada de Nick sostiene la mía, penetrante e intensa, todavía lo suficientemente poderosa como para abrirme completamente si no tengo cuidado. Pero soy cuidadosa. Tengo que serlo, especialmente con él.

Ha pasado un año desde que hablé con él, desde que estuve lo suficientemente cerca como para sentir el calor de su cuerpo y respirar el embriagador y picante aroma que, incluso ahora, parece activar todos mis sentidos. Un año desde que he conocido el tacto de Nick, pero siento el recuerdo como si hubiera estado en sus brazos apenas ayer.

Ya no quiero los recuerdos. Él no puede saber lo duro que he trabajado para superarlos, para seguir con mi vida después de que destrozó mi corazón con su traición.

Pero lo sabe.

Puedo ver ese conocimiento en cada matiz de su apuesto rostro. Veo cien preguntas en sus ojos, cien cosas que ambos deberíamos haber dicho en París. Cosas que necesitamos decirnos ahora, pero que probablemente nunca diremos.

—Te ves bien, Avery —Me estudia mientras habla, y no estoy segura si es sorpresa o decepción lo que escucho en su tono contenido—. Me alegro por todo tu éxito. Las exposiciones en galerías, los elogios de la prensa y los críticos. La adquisición de seis

cifras de tu último cuadro. Felicitaciones, por cierto. Te diriges a cosas aún más grandes, no tengo ninguna duda. Estoy impresionado.

Y estoy asombrada. No puedo negar que su elogio me afecta, pero estoy más sorprendida al escuchar que está al tanto de todo lo que ha sucedido con mi carrera este último año. Evidentemente, ha estado prestando atención.

Me estaría mintiendo a mí misma si pretendiera que no he sentido curiosidad por él también. No es que haya facilitado averiguar ni siquiera la más pequeña información desde que nos separamos. La reputación de Nick por la privacidad en su vida personal es casi tan notable como su asombroso patrimonio neto. El "magnate de las sombras" ha estado prácticamente invisible el último año. Ni una sola foto en los medios, ni un indicio de chismes en las páginas de sociedad o en Internet.

En ausencia de hechos, me he permitido innumerables fantasías rencorosas sobre él. Imaginando a Nick demacrado y abatido, con una barba descuidada y sobrecrecida, y barriga en la sección media. Deleitándome con la idea de que podría estar sufriendo tan profundamente como yo después de regresar sola a casa desde París, un desastre desconsolado y destrozado.

Pero Nick nunca se ha visto mejor. Todavía perfectamente en forma, devastadoramente apuesto. Y me está mirando como si pudiera ver cada imperfección en mí, cada fisura en mi fachada cuidadosamente construida. Como si todavía fuera la mujer con el corazón roto y tonta que trató como su juguete.

La mujer que una vez afirmó que amaba.

—¿Eres feliz, Avery?

—¿Feliz? —La pregunta me toma por sorpresa, otra de sus especialidades. Fuerzo una sonrisa y un encogimiento de hombros despreocupado—. Como tú mismo señalaste, las cosas nunca han estado mejor.

—Esa no es realmente una respuesta.

Una burla escapa de mí antes de que pueda contenerla. —Por lo que recuerdo, tú eres el que debe las respuestas, no yo.

—Tienes razón —Gruñe, sonando casi contrito—. No parecías lista para nada de lo que tenía que decir entonces. ¿Lo estás ahora?

—Llegas un poco tarde, Nick. Ya nada de eso importa.

—¿Habría importado entonces?

—No.

Es la verdad, aunque me he dicho a mí misma que al menos debería haberlo intentado. Debería haber venido tras de mí aquel día en París o cualquiera de los cientos que siguieron. Alguna parte patética de mí estaba segura de que vendría a buscarme. Dominic Baine no es de los que dejan que algo que le pertenece se escurra entre sus dedos.

Debería haberme obligado a escuchar. Independientemente de mi capacidad para perdonarlo, debería haberme explicado por qué me eligió para manipularme como lo hizo.

Pero no hizo nada de esas cosas.

Me dejó ir.

Me vio salir por la puerta de su apartamento y de su vida, y en todo este tiempo ni siquiera intentó hacerme volver.

Solo eso fue respuesta suficiente para mí.

Todavía lo es.

Me alejo un paso de él, un retroceso que su aguda mirada no pasa por alto. —Ha sido un placer verte, Nick —La mentira suena tan tensa como siento mi sonrisa cuando lo miro—. Disfruta el resto de la recepción.

Extiendo mi mano como lo haría con cualquier otro conocido o colega. Él la toma, pero no hay nada casual en la forma en que sus dedos se cierran alrededor de los míos.

Su agarre es firme, cálido y seguro. Sostiene mi mano como un amante. Como un hombre que recuerda tan bien como yo cuántas veces he puesto mi confianza en él y le he permitido llevarme a cada lugar sensual que quería que exploráramos. Después de todos los meses que hemos estado separados, me toca como un hombre muy

consciente de que me conoce mejor que nadie antes que él, o desde entonces.

Su pulgar acaricia el dorso de mi mano. —¿Ya lista para huir de mí otra vez?

—No estoy huyendo a ninguna parte —me suelto de su agarre aflojado—. Por si no lo has notado, he estado ausente mucho tiempo, Nick. He seguido adelante.

—¿En serio?

La pregunta tiene un tono desafiante que me irrita. —¿Qué quieres de mí? ¿No tienes nada mejor que hacer que tratar de incomodarme?

Un mundo de significados se agita en su mirada, todos oscuros y sensuales. Arrogantemente sensuales. Tan íntimos como una caricia. —No quiero incomodarte, Avery.

—Bien. Porque no voy a hacer esto contigo. Ni ahora. Ni aquí.

—Entonces vamos a otro lugar.

La sugerencia me deja boquiabierta. —¿Irme contigo? No puedes hablar en serio.

Pero sí lo hace. Dominic Baine no ofrece nada sin una cuidadosa deliberación. Y cuando ve algo que quiere, lo persigue con determinación singular. Debería saberlo. Así fue como terminé en su cama en primer lugar.

—Quiero que te vayas ahora, Nick.

Aparto la mirada porque tengo que hacerlo. Porque si no lo hago, podría sentirme tentada a olvidar que esta recepción es importante para mí. Y porque si sigo mirando esos penetrantes ojos azules un momento más, podría sentirme tentada a olvidar el hecho de que vine aquí con otro hombre.

Un hombre bueno y decente que no ha sido más que amable conmigo en las dos semanas que llevamos saliendo. Finalmente localizo a Brandon entre la multitud. Se dirige lentamente hacia mí, con copas de champán en mano mientras se detiene aquí y allá para conversar y reír con sus colegas de la universidad.

—Por favor, Nick. Solo... vete.

Él sigue mi mirada hacia la multitud, donde Brandon ahora se dirige hacia nosotros. Algo oscuro cruza el rostro de Nick cuando vuelve a mirarme. —¿Él sabe lo nuestro?

—No.

La negación se siente como una traición en sí misma, a pesar de que Brandon y yo solo hemos estado saliendo por poco tiempo. No le he confiado nada, y mucho menos los meses que pasé en la cama de Nick. En cuanto al resto de nuestra historia juntos, no tengo intención de compartirla con Brandon ni con nadie más. Solo hay un hombre que conoce cada secreto y faceta irregular de mí, y es el que ahora me mira con una expresión íntima y cruda, viéndome por dentro como lo ha hecho desde el principio.

Tan inquietante como es el escrutinio de Nick, para cuando Brandon llega, su expresión se ha cerrado en una de estudiada indiferencia.

—¡Aquí estás! —Brandon sonríe mientras me entrega una de las copas—. Te he estado buscando durante los últimos diez minutos. Perdona por hacerte esperar por el champán. Me encontré con el decano en el bar y comenzó a mostrarme fotos de sus nietos.

—Está bien —murmuro, tomando la copa sudorosa y observando cómo la atención de Brandon se desvía hacia Nick—. Brandon, ¿conoces a Dominic Baine?

—No, no he tenido el placer. —Extiende su mano, estrechando la de Nick con entusiasmo—. Brandon Snyder, señor. Departamento de Historia del Arte. Es maravilloso conocerlo, Sr. Baine. Mis colegas y yo estamos muy agradecidos por sus generosas contribuciones a nuestra institución a lo largo de los años.

Las contribuciones de Nick. Con razón fue invitado a la recepción. Sonrío y bebo mi champán mientras Brandon continúa entusiasmado hablando sobre Nick y las donaciones que ha hecho a varios departamentos de la universidad.

Antes de darme cuenta, he vaciado mi copa. Brandon también lo nota. Riendo, me atrae bajo su brazo. —Mejor ve con calma con el

champán, cariño. Tienes que subir al escenario para tu discurso en unos minutos.

—Estaré bien. —No puedo evitar mirar a Nick mientras Brandon me besa en la sien. Es un gesto tierno pero posesivo que no debería molestarme, pero todo lo que puedo sentir es el calor evaluador de la mirada de Nick mientras nos observa juntos.

—Deberíamos ir hacia allá —me recuerda Brandon—. El decano Witherspoon me dijo que le gustaría saludarte antes de que todos empiecen a reunirse para sus comentarios finales.

—De acuerdo.

—Si nos disculpa —dice Brandon, extendiendo su mano a Nick una vez más—. Realmente un placer conocerlo, señor. Ahora, si no le importa, voy a tener que robarme a mi chica por unos minutos.

Nick solo gruñe en respuesta.

No me mira, pero ardo bajo la intensidad de su silencio mientras Brandon coloca su mano en la parte baja de mi espalda y me lleva lejos.

3

—AVERY ROSS, ERES UNA perra sin corazón.

Sacada de mi concentración mientras pintaba al día siguiente, levanto la mirada de mi obra en progreso. —¿Disculpa?

Mi compañero de estudio Matt Hollis me dirige una mirada que es cualquier cosa menos seria mientras camina hacia mi mesa de trabajo. —Me escuchaste, rubia. Sin corazón.

Desde el verano pasado, he estado compartiendo espacio con él y otra amiga, Lita Frasier, la escultora de técnica mixta con tatuajes y piercings que es dueña del pequeño estudio tipo loft en el segundo piso en East Harlem.

Matt sostiene un pequeño conjunto de pinceles limpios en la mano, que usa para señalar la caja envuelta para regalo que ha estado sobre el borde de mi mesa de trabajo desde que llegó por mensajero esa mañana. —Me doy cuenta de que es tu regalito del nuevo hombre en tu vida, pero cuando una amiga recibe una caja de chocolates franceses hechos a mano tan decadentes, es costumbre que dicha amiga comparta el amor con los menos afortunados.

—¿De qué estás hablando? Por supuesto que puedes tomar algunos.

Él baja la barbilla, poniendo los ojos en blanco. —Ni siquiera has abierto la maldita caja todavía.

Tiene razón. Miro el papel dorado en relieve con su lazo y moño de satén rojo, todos aún intactos. Hay pocas cosas en este mundo que ame más que el chocolate; sin embargo, esta caja en particular ha estado sin tocar por más de una hora. Por mucho que aprecie el espléndido regalo de Brandon, no puedo pensar en Francia o en lazos de seda escarlata sin pensar en *él*.

No en el hombre que me envió este regalo.

Sino en aquel cuya inesperada reaparición en mi vida anoche me ha dejado más alterada y confundida de lo que me gustaría admitir, incluso a mí misma.

Con Matt esperando ansiosamente su oportunidad de lanzarse sobre mis chocolates, desato el largo lazo rojo y rompo el papel de la bonita caja, extendiéndosela. —Sírvete.

Él toma una trufa y se la mete en la boca. Sus ojos se cierran mientras mastica.

—Oh, Dios mío. —Su gemido suena prácticamente orgásmico—. Es una locura lo bueno que está.

Desde el otro lado del estudio, Lita gira en su taburete para mirarnos. —No sé cómo se supone que alguien trabaje aquí con ustedes dos parloteando y armando escándalo.

Me río, porque es irónico que se queje del ruido considerando que ella prefiere trabajar con una grabadora a todo volumen que toca desde Mozart hasta Metallica en cualquier día.

Lita se levanta de la escultura en la que está trabajando. El complicado enredo de alambre metálico y acero martillado ha sido su obsesión durante varias semanas, un prototipo para la pieza que recientemente le encargaron para el vestíbulo de una oficina corporativa de alto perfil en Brooklyn.

Se acerca con su habitual conjunto negro sobre negro y botas de combate. Desde esta mañana, su corte de pelo pixie está teñido de rubio platino con un toque de rojo cardenal en las puntas, la combinación de colores más tradicional que le he visto en todos estos meses. —¿Hay caramelos ahí?

Me encojo de hombros. —Creo que estos dos podrían ser. —Señalo y ella toma uno, dándole un mordisco.

—¡Puaj! Ni siquiera se acerca. —Su cara se arruga, el pequeño brillante en el costado de su nariz destella mientras retrocede—. ¿Qué clase de animal pone maldita lavanda en un chocolate perfectamente bueno?

Matt se ríe y extiende su mano. —Eres un caso perdido. Dámelo a mí, hereje.

—¿Quieres probar otro diferente? —le pregunto.

—No, gracias. —Todavía está haciendo muecas mientras sacude la cabeza y deposita su mitad sin comer en la palma abierta de Matt —. Dame una barra de caramelo a la antigua cualquier día. Esta mierda elegante no es para mí.

—Como quieras —dice Matt. Se mete el rechazo con infusión de lavanda, saboreándolo lentamente antes de hacerme gestos con las manos pidiendo otra muestra. Deja sus pinceles y se apoya en mi mesa de trabajo, indicando que planea quedarse un rato—. Entonces, ¿cuándo vas a soltar algunos detalles sobre la gran recepción de anoche? ¿Te divertiste codeándote con la élite académica y todos tus críticos admiradores?

No les he contado a mis amigos del estudio que me encontré con Nick. Si supieran que hablé con él, ambos me darían un infierno. Lo odian porque me lastimó, y ni siquiera saben la mitad. Solo mi mejor amiga, Tasha, conoce la verdad, y solo porque fue en su puerta donde caí después de huir de París de regreso a Nueva York.

Me encojo de hombros mientras encuentro la mirada interrogante de Matt. —Estuvo bien.

—¿Solo bien? Evidentemente la noche terminó más que bien si tu cita te está enviando una caja de chocolates de doscientos dólares hoy.

Bajo la mirada, reflexionando sobre cómo mi encuentro con Nick había ensombrecido el resto de la noche. Para cuando conocí al decano e hice mi pequeño discurso, él ya se había ido. Lo sé, porque no pude evitar que mi mirada vagara por la multitud todo el tiempo,

buscando su rostro. Todavía podía escuchar su voz profunda resonando en mi cabeza, mi mano aún caliente por su contacto.

No había mejorado para cuando Brandon me llevó a casa. En lugar de invitarlo a entrar conmigo, lo despedí en la puerta con una excusa tonta sobre una migraña y un casto beso en la boca. Y no era la primera vez. Sin embargo, en lugar de molestarse, Brandon me envió chocolates caros con una dulce nota y una invitación a cenar más tarde en la semana.

Matt se mete otra pieza en la boca, estremeciéndose de placer mientras mastica. —Demonios, estos son mejores que el sexo. Aunque tal vez solo necesito encontrar un novio como tu ardiente profesor nerd. Hazme un favor, Avery, cuando decidas dejarlo, mándamelo a mí.

—¿Qué te hace pensar que voy a dejar a Brandon?

Lita se ríe mientras Matt pone los ojos en blanco. —Por favor. ¿Realmente necesitamos tener esta conversación de nuevo?

—¿Qué conversación?

—¿Cuál crees que es el tiempo máximo que has salido con alguien en los últimos doce meses?

No me gusta hacia dónde va, pero levanto mi hombro en un encogimiento indiferente. —No tengo idea.

—Dieciocho días —me informa—. Normalmente ni siquiera le das a un hombre la mitad de ese tiempo antes de mandarlo a volar.

Dios, ¿tiene razón? Nunca he llevado la cuenta, pero dudo que esté muy equivocado.

—Supongo que no soy muy buena para las citas —ofrezco débilmente.

—No me digas. —Sonríe con suficiencia, pero hay afecto en sus ojos—. Eres prácticamente una monja, Avery. ¿Y por qué? Con tu aspecto y esas curvas matadoras podrías tener a cualquier hombre de esta ciudad, y eso era antes de que te convirtieras en la niña mimada del mundo artístico de Nueva York.

—Estoy segura de que debes tener algún punto en todo eso.

—Sí, tengo un punto. —Me mira con escrutinio—. ¿Cuánto tiempo puedes pasar realmente sin pensar en él? Voy a arriesgarme, pero apostaría que es en algún punto entre una hora y dieciocho días.

—¿Qué importa eso? —No está hablando de Brandon ni de nadie más con quien haya salido recientemente, y no finjo malentenderlo —. Así que mi juego social apesta. Eso no significa que tenga algo que ver con Nick. He seguido adelante. Fin de la historia.

Es un estribillo familiar, un mantra que he usado para fortalecerme durante la mayor parte del último año. Hasta anoche, casi lo había creído.

Ahora, no estoy segura de qué pensar.

¿Eres feliz, Avery?

Las palabras de Nick vuelven a mí, y no es la primera vez. ¿Soy feliz? Es lo único en lo que no me he enfocado desde que rompimos. La única pregunta que me he negado a hacerme porque sé que no quiero escuchar la respuesta.

Como siempre, él sabe exactamente cómo herirme donde más me duele.

—Lo he superado —insisto, ignorando las miradas de duda que estoy recibiendo de mis dos amigos.

Puede que no me crean, pero lo digo con cada fibra de mi ser.

Lo he superado porque tengo que hacerlo.

Tal vez la felicidad llegará más tarde. Ahora mismo, solo necesito sobrevivir. Necesito proteger mi corazón.

Y eso significa mantenerme lo más lejos posible de Dominic Baine.

4

EL TRÁFICO EN MIDTOWN es una pesadilla el viernes por la noche mientras Brandon y yo, junto con lo que parece ser la mitad de las parejas de la ciudad, luchamos por llegar a algún lugar para cenar. Estaciona su Volvo en un garaje público, asegurándome que estamos a menos de dos cuadras del restaurante.

—Espero que no te moleste caminar —me lanza una mirada insegura—. Debería haber preguntado sobre el servicio de valet en el restaurante o haberte dejado primero. Tus pies deben estar matándote con esos zapatos.

—Estoy bien —camino con cuidado sobre mis nuevos tacones, haciendo lo posible por mantener su paso mientras evito las rejillas y grietas en el concreto—. ¿No íbamos a ese steakhouse en la Cincuenta y uno?

—Pequeño cambio de planes —sonríe, con entusiasmo iluminando sus ojos—. Surgió otra oportunidad hace un par de días. Creo que te gustará. El steakhouse es perfectamente agradable, pero quería sorprenderte con algo diferente esta noche.

—Está bien —no le digo que odio las sorpresas. O, mejor dicho, las odiaba antes de conocer a Nick. Él me enseñó a disfrutar muchas cosas que nunca imaginé que haría. Incluyendo algunas que

probablemente harían arder en llamas el cabello del apacible Brandon—. ¿Cuánto falta?

—Ya casi llegamos —señala hacia adelante, donde una multitud bien vestida desborda la acera frente a un restaurante cálidamente iluminado. El zumbido de emoción alrededor del lugar es palpable incluso antes de acercarnos.

—Parece un lugar popular.

Él sonríe ampliamente.

—Esta noche es la gran inauguración. Uno de mis colegas del departamento de historia consiguió reservaciones hace tres meses, pero él y su esposa han estado enfermos toda la semana con esa cosa respiratoria que anda circulando. Suerte para nosotros, me cedió la reservación.

Extiende su brazo, guiándome delante de él mientras pasamos entre la gente hacia las puertas. Un par de iniciales estilizadas entrelazadas —una G y una C— brillan en acero forjado en el centro del vidrio pulido.

Mis pasos se detienen cuando me doy cuenta de dónde estamos.

—Este es el nuevo restaurante de Gavin Castille.

—Sí, lo es —Brandon me sonríe radiante, alcanzando la puerta—. No te veas tan preocupada. He oído que su comida es excepcional, a diferencia de algunos otros chefs famosos.

No es la comida lo que me hace dudar. Sé de primera mano que el chef australiano crea obras maestras culinarias. También resulta ser un amigo cercano de Nick.

—¿Estás decepcionada? —la mirada entusiasta de Brandon se torna confundida, abatida—. Porque si prefieres ir a otro lugar...

—No, por supuesto que no —después de todo, no hay razón para que no disfrute de una cena en lo que claramente es uno de los lugares más populares de la ciudad. No voy a dejar que los pensamientos sobre Nick arruinen mi velada con Brandon. Especialmente cuando él se está esforzando tanto por complacerme.

Parte de mi determinación se desvanece cuando entramos al restaurante y veo a Gavin saludando personalmente a los clientes de

su gran inauguración. Como el anfitrión consumado que es, el apuesto australiano con su sonrisa fácil y su melena rubia playera se toma un momento para hablar con cada persona que llega y se presenta en el podio de recepción. Hay dos parejas delante de Brandon y yo, pero no me pierdo el breve vistazo de los ojos de Gavin en mi dirección.

No parece sorprendido de verme sin Nick, aunque estoy segura de que a estas alturas está bien consciente de que su amigo y yo ya no nos vemos. Me estremezco al pensar que Gavin también podría estar al tanto de las razones. ¿Nick le habría confiado cómo me había usado? Dios, ¿habría sabido Gavin todo el tiempo lo que había hecho, incluso aquella noche cuando apareció y preparó una cena gourmet privada para nosotros a petición de Nick?

Mis mejillas se calientan al recordarlo, particularmente el postre de fresas con crema y salsa de chocolate, todo lo cual Nick me sirvió más tarde esa noche mientras yo estaba con los ojos vendados y desvestida, mis manos atadas a mi espalda con un largo collar de perlas.

Cuando es nuestro turno de conocer a Gavin, él no me da ninguna razón para sentirme incómoda. De hecho, se presenta como si fuera la primera vez que me ve. ¿Para mi beneficio o el de mi cita? No puedo estar segura, pero estoy agradecida de todos modos.

Estrecha la mano de Brandon, luego toma la mía en un breve y cálido apretón.

—Buenas noches. Bienvenidos a GC.

—Gracias —mantengo su pálida mirada verde sin decir nada más, y él astutamente capta mi incomodidad. Me pregunto si la comparte, porque solo pasa un momento con nosotros antes de llamar a una de las anfitrionas.

—Shelly, por favor ubica a esta señorita y al caballero en la sala biblioteca.

Brandon levanta la mano en señal de duda.

—En realidad, creo que la reserva que tengo es para la sala galería.

—Acaban de obtener una mejora, amigo —el guiño de Gavin y su amplia sonrisa con hoyuelos son puro encanto—. Te prometo que les encantará aún más su mesa en la biblioteca.

Brandon ríe.

—Bueno, en ese caso, gracias.

—Es un placer —dice Gavin, con su mirada deteniéndose en la mía apenas un segundo más mientras un grupo de cuatro personas se acerca emocionadamente a conocerlo. Me hace un gesto con la cabeza—. Disfruten su velada, ambos.

La anfitriona sostiene dos grandes menús forrados en cuero entre sus brazos.

—Por aquí, por favor.

Caminamos detrás de ella mientras nos guía a través del bullicioso restaurante. La distribución es única, especialmente para Manhattan. En lugar de una pecera elegante o recargada de concepto abierto, el nuevo restaurante de Gavin se compone de acogedoras salas de comedor con ladrillos expuestos, pisos de madera cubiertos con alfombras, paredes de estuco blanco y techos con pesadas vigas.

Es íntimo y elegante, pero también cálidamente acogedor. Pero no hay duda de que también es el lugar para ver y ser visto, especialmente esta noche. El restaurante está lleno de personas de aspecto importante, parejas en citas de viernes por la noche, así como grupos más grandes. En una concurrida sala, las mesas rodean a un pianista que toca música de cámara suave en un reluciente piano de cola. En primera fila, noto al alcalde de la ciudad, Don Holbrook, presidiendo con su esposa en una mesa para seis. Nunca he conocido al alcalde, pero hace casi un año asistí a una de sus galas de recaudación de fondos.

Con Nick, por supuesto.

Gimo internamente ante el recuerdo. ¿Hay algún lugar en esta ciudad donde pueda ir sin que me recuerde a él a cada paso?

Brandon toma suavemente mi mano mientras la anfitriona nos escolta más adentro del restaurante.

—¿Qué te parece? ¿Te gusta hasta ahora?

Asiento.

—Es maravilloso, y la comida huele increíble.

—Solo lo mejor para mi chica —dice, dándome un pequeño apretón en los dedos.

Nos muestran una de las media docena de mesas ubicadas en una romántica sala bordeada por estanterías de cerezo pulido del suelo al techo. Cientos y cientos de libros antiguos llenan los hermosos estantes. Sus suaves lomos de cuero y letras doradas brillan con la luz tenue de los apliques en las paredes y la enorme lámpara de araña que cuelga de un ornamentado medallón central en el techo.

—Wow —no puedo contener mi placer mientras absorbo cada detalle.

Brandon parece igualmente impresionado. Sonríe a la anfitriona mientras nos acomoda y nos entrega los menús.

—Por favor, informe al chef que definitivamente apruebo el cambio de ubicación.

Su sonrisa es plácida.

—Estará feliz de escucharlo, estoy segura. Su camarero estará con ustedes en un momento. Bon appétit.

No nos dejan esperando mucho. A pesar de estar lleno, el personal de Gavin es rápido, educado y profesional sin esfuerzo. Nuestro camarero toma nuestro pedido de bebidas y otro mesero trae pan fresco y aceite sazonado. Otros llevan bandejas cargadas con cócteles, comida y suntuosos postres, todos moviéndose en una sinfonía de elegancia y habilidad pulida.

La cabeza de Brandon gira con cada nueva creación culinaria que pasa.

—¡Dios mío! ¿Viste ese rack de cordero? Si la comida es tan buena como se ve, nos espera un verdadero festín esta noche.

—Sí, así es —estoy de acuerdo, tomando un sorbo de mi vino.

—Sabes, Castille tiene otro lugar en el Upper East Side. Quizás deberíamos ir a conocer ese también.

—Claro. Me gustaría —asiento mientras rompo un pequeño trozo de pan y lo sumerjo en el platito de aceite con hierbas.

He estado en el otro restaurante de Gavin antes, aunque dudo que a Brandon le interese escuchar sobre eso más de lo que querría saber sobre cualquiera de mis otras experiencias con Nick. Dios, ¿qué dice de mí que no puedo pensar en una sola ocasión en la que pude resistirme a ese hombre? Tenía una manera de convertir cada momento en algo ardiente y peligroso, algo demasiado poderoso para ser negado.

Verlo en la recepción de la galería universitaria hace unas noches solo reafirmó ese hecho con renovada claridad. Por mucho que he intentado sacar nuestro encuentro de mi mente durante toda la semana, hay una parte de mí que se pregunta qué habría pasado si hubiera aceptado la sugerencia de Nick de ir a algún lugar para hablar.

Aunque no tengo que preguntármelo.

Demasiados sueños ardientes en las noches desde entonces han llenado todos los espacios en blanco.

Brandon llama a nuestro camarero con un pequeño movimiento de su mano.

—¿Hay alguna posibilidad de conseguir mantequilla para el pan?

Un asentimiento rutinario.

—Por supuesto, señor.

—Gracias, lo aprecio —dice, luego baja la voz cuando estamos solos de nuevo—. Pensarías que un lugar tan elegante como este sabría traer mantequilla a la mesa también.

No está mirando dónde está su mano, y cuando alcanza la canasta de pan, el puño de su saco deportivo se engancha en su copa de vino de tallo largo. Se inclina antes de que cualquiera de nosotros pueda reaccionar, derramando merlot a través del mantel blanco y sobre mi regazo.

—¡Oh, no! —se levanta de su silla y comienza a moverse hacia mí con su servilleta en mano—. Avery, lo siento.

—Está bien —digo, sintiéndome más incómoda por las miradas que estamos atrayendo que por el accidente en sí—. Afortunadamente, mi vestido es de color oscuro. Estará bien.

Frunce el ceño, sacudiendo vigorosamente la cabeza.

—Soy tan torpe. Déjame ayudarte...

—No, está bien, en serio —me pongo de pie, el aroma del vino adhiriéndose a mí—. Creo que iré a buscar el baño de damas para limpiarme.

Parece mortificado, todavía preocupándose y disculpándose mientras me separo de nuestra mesa para buscar el baño. El trayecto me lleva más profundamente en el restaurante, los sonidos de música suave y conversaciones mezcladas filtrándose desde todas direcciones.

Mientras camino, paso por un comedor íntimo con una chimenea de piedra caliza tallada en un extremo y paredes adornadas con una variedad de arte interesante. Docenas de viñetas creativas de pinturas enmarcadas y fotografías impactantes. Estantes de cornisa que muestran esculturas inusuales y tallas rústicas que parecen ser una celebración del arte de todo el mundo.

La sala galería, obviamente.

El arte atrae mi mirada mientras paso. Si mis muslos no estuvieran húmedos y el frente de mi vestido no apestara a vino derramado, estaría tentada a ir más despacio o incluso entrar en la sala para echar un vistazo más de cerca.

No estoy segura de qué atrae mi atención del arte hacia una acogedora esquina de la habitación. Pero una vez que miro en esa dirección, no veo nada más.

Es Nick. Y no está solo.

La mujer rubia sentada frente a él es hermosa, deslumbrante, de hecho. Está vestida con un vestido de espalda baja y stilettos de suela roja. Largos y elegantes dedos sostienen el tallo de su copa de vino mientras se inclina hacia adelante, hablando animadamente con Nick, sus ojos adoradores fijos en él. Él dice algo y ella ríe, colocando su mano sobre la de él.

Mi respiración se detiene en mis pulmones.

Con razón Gavin se aseguró de sentarnos a Brandon y a mí en otra sala. Sabía que Nick también estaba aquí. Con alguien más. Alguien cuya apariencia majestuosa y gracia natural exudan riqueza y sofisticación de vieja escuela.

Alguien que parece pertenecer a su mundo, mucho más de lo que yo podría, sin importar cuán exitosa me haya vuelto en el tiempo desde que nos separamos.

¿Estará usándola a ella también? ¿Otra adquisición para agregar a su larga lista de conquistas? Estoy segura de que no quiero saberlo.

Aparto la mirada y sigo caminando, temiendo la posibilidad de que él también pueda notarme. Por supuesto, no lo hace. Está demasiado concentrado en la nueva mujer frente a él.

Solo puedo estar agradecida por esa pequeña misericordia. Seguro como el infierno que no estoy lista para enfrentarlo así, con el merlot de Brandon por todas partes y Nick con una impresionante cita en su brazo.

Para mi alivio, un grupo de comensales que se marcha se dirige hacia mí desde el extremo opuesto del pasillo. Bordeo el borde más alejado de ellos, poniendo a su grupo entre mi línea de visión y la de Nick mientras paso rápidamente por el comedor galería.

Tan pronto como atravieso la puerta oscilante del baño de damas, me desplomo contra la pared y libero el aire atrapado en mis pulmones.

Respira, Avery. Solo respira. Dios, no es fácil hacerlo.

Está aquí. Después de un año tomando todas las medidas posibles para evitarlo, ahora, está justo en la otra habitación. Disfrutando de una cena romántica con otra mujer.

Debería sentirme aliviada. Demonios, debería estar eufórica de que esté disfrutando de una cena romántica con otra mujer después de tratar de jugar conmigo nuevamente la otra noche en la recepción. Esa parte lastimosa de mí que ha estado atada a lo que tuvimos, esperando que Nick o bien viniera y me rogara perdón o

confirmara de una vez por todas que nada de lo que compartimos fue real, acaba de obtener su libertad.

Entonces, ¿por qué la parte posterior de mis ojos arde con lágrimas calientes mientras me dirijo al lavabo y comienzo a limpiar el vino derramado de mi vestido?

¿Por qué mi reflejo se ve tan miserable cuando debería estar jubilosa de finalmente tener algo de cierre?

Porque, aparentemente, que Dominic Baine me rompiera el corazón no me ha enseñado nada.

¿Soy realmente tan débil? ¿O es su poder sobre mí simplemente tan fuerte, incluso después de todo este tiempo, después de todas las mentiras, la ira y el dolor?

La puerta se abre y una mujer anciana entra, dándome una mirada comprensiva mientras doy toques al frente de mi vestido con una toalla de papel. He hecho todo lo posible para sacar el vino, pero me quedo en el baño, sabiendo muy bien que estoy ganando tiempo.

La mujer mayor se une a mí en los tres lavabos para lavarse las manos.

—He llorado por algunos vestidos arruinados en mi época —dice, sonriéndome amablemente en el espejo—. Deberías probar con agua con gas en eso, querida. Funciona de maravilla.

Asiento y murmuro mi agradecimiento, esperando hasta que se haya ido antes de tirar mis toallas de papel humedecidas a la basura. Luego, preparándome para el desafío que me llevará a pasar nuevamente frente a Nick y su cita, salgo y me dirijo de vuelta a reunirme con Brandon.

No sé si sentirme aliviada o decepcionada al ver que Nick y su acompañante se han ido cuando paso por la sala galería. Su mesa está siendo limpiada, ya haciendo espacio para otros comensales.

Me aseguro de que no siento la más mínima curiosidad sobre adónde han ido. Ni la más mínima punzada al imaginar que la lleva de regreso a su penthouse para una noche de placeres que puedo imaginar demasiado fácilmente.

—¿Todo bien? —Brandon alcanza mi mano después de que me deslizo de vuelta a mi asiento en nuestra mesa.

Asiento, invocando una sonrisa que me duele más de lo que quiero reconocer.

—Sí. Todo está perfectamente bien.

5

A LA TARDE SIGUIENTE, estoy sentada en la barra de Vendange, el restaurante de Madison Avenue donde solía trabajar con mi mejor amiga, Tasha. Aunque el lugar suele estar lleno hasta el tope de banqueros, corredores de bolsa y otros tipos corporativos día y noche durante la semana, la clientela del almuerzo del sábado se inclina más hacia compradores adinerados, turistas y parejas acomodadas que salen a explorar la ciudad.

Tasha ha estado administrando el restaurante por más de un año, y de alguna manera hace que parezca fácil. No puedo evitar sentir orgullo mientras la veo manejar a los clientes y al personal con una mezcla perfecta de profesionalismo fluido y encanto exuberante. Vendange ya era bastante popular cuando yo trabajaba detrás de la barra, pero la gestión de Tasha ha llevado su éxito a un nivel completamente nuevo.

Está sonriendo mientras se aleja de una mesa de clientes satisfechos y finalmente se dirige hacia mí, deteniéndose para hacer un pedido al bartender. —Caleb, ¿me podrías servir una copa de ese Malbec nuevo que acaba de llegar, por favor?

Mientras él asiente y gira para buscar la bebida, ella se acerca y me envuelve en un cálido abrazo. —¡Hola, tú! Perdón por dejarte

sentada aquí tanto tiempo. Hemos estado sin parar desde que abrimos las puertas hoy.

—Ya veo. Las cosas van bien.

—Estamos teniendo un mes récord —dice, colocando algunos de sus suaves rizos marrones detrás de la oreja mientras me suelta. Sus mejillas están sonrosadas, sus hermosos ojos de cierva brillan mientras salta al taburete recién desocupado a mi lado—. A este ritmo, voy a tener que ampliar el personal de cocina otra vez y contratar algunos meseros más. Sin mencionar que voy a necesitar un asistente de gerencia más pronto que tarde.

Me río, levantando las cejas con sorpresa. —¿Un asistente de gerencia para mi mejor amiga, la jefa suprema? Estoy en shock.

—Sí, bueno, no es como si tuviera muchas opciones. —Se encoge de hombros, su sonrisa ampliándose—. Estoy embarazada.

—¡Tasha! Oh, Dios mío, eso es una noticia increíble.

—Lo sé, ¿verdad? Mi pequeña Zoe va a ser una hermana mayor. —Empieza a reírse, y luego yo me río con ella, mi corazón saltando de alegría al ver la pura felicidad en su rostro. Con razón parece estar radiante hoy. Aunque está teniendo cuidado de mantener su voz baja, puedo ver que prácticamente está rebosante de emoción.

—¿Desde cuándo lo sabes? Te vi a ti y a Tony la semana pasada y no dijiste nada.

—No estaba segura. Es decir, tenía la sensación de que podría estar embarazada, pero me hice la prueba esta mañana para confirmarlo. No vamos a anunciarlo oficialmente por un tiempo, solo para estar seguros. Eres la primera en saberlo, aparte de Tony y su mamá, por supuesto.

—Felicidades. Estoy muy feliz por ti. —Le aprieto las manos, sintiéndome eufórica y sin embargo un poco envidiosa.

Cuando salía con Nick, ella solía bromear sobre todos los lugares extravagantes a los que íbamos, todas las cosas románticas que hacíamos. Comparaba su estilo de vida con el mío en broma, como si la fantasía que yo vivía en el ático de Nick en Park Avenue estuviera a años luz de cualquier cosa que ella pudiera tener.

Incluso antes de que mi felicidad con Nick se desmoronara a mi alrededor, yo sabía que lo que Tasha tenía con Tony era bastante cercano a la perfección.

—Aquí está tu vino, Tasha. —El bartender coloca la copa frente a ella. Cuando se aleja para saludar a un nuevo cliente, inclino la cabeza hacia ella en señal de pregunta.

Ella pone los ojos en blanco. —Es para ti. Obviamente, está prohibido para mí ahora. —Desliza la copa junto al té helado que he estado bebiendo desde que llegué—. Estoy pensando en añadirlo a nuestra lista regular. Eres tan buena con el vino, me encantaría tener tu opinión primero. —Una pequeña arruga cruza su frente—. Y a menos que me equivoque, parece que podrías necesitar algo un poco más fuerte que lo que estás bebiendo hoy.

No voy a discutir eso. Ella me observa mientras inclino la copa hacia mis labios y pruebo el suave vino tinto.

—¿Cómo fue la recepción el viernes? ¿Tú y Blandon la pasaron bien con todos sus estirados amigos universitarios?

—*Brandon* —digo, lanzándole una mirada irónica—. La recepción fue genial. Debo haber hablado con al menos media docena de revistas de arte que querían entrevistas y fotos, y me fui a casa con tarjetas de presentación de dos de las mejores galerías de la ciudad. En cuanto a los colegas de Brandon, no eran estirados para nada. Fueron maravillosos. Incluso me presentó al decano.

Los ojos de Tasha permanecen fijos en mí mientras hago una pausa en mi divagación para tomar otro sorbo de vino. —Suena increíble, Ave. Entonces, ¿qué me estoy perdiendo?

—Nick estaba allí.

—¿Qué? —Su exclamación hace que varias cabezas se giren en la barra. Se inclina más cerca, bajando el volumen a un nivel privado—. ¿Qué demonios hacía él allí?

Fruncí los labios. —Tenía una invitación, como todos los demás —digo, recordando su tono ligeramente molesto cuando le pregunté lo mismo esa noche—. Al parecer, Nick ha sido generoso con

donaciones a la universidad a lo largo de los años. Brandon prácticamente se deshizo en elogios cuando los presenté.

—Incómodo.

—Un poco —acepto—. Nick tuvo el descaro de pedirme que me fuera de la fiesta con él.

Tasha se queda boquiabierta. —¿Frente al profesor?

—No. Antes de eso. Nos encontramos mientras Brandon estaba circulando. No creo que Nick estuviera más feliz que yo de descubrir que estábamos en el mismo lugar, pero eso no le impidió actuar como si todavía hubiera algo entre nosotros. Cuando le dije que no quería hablar más con él, especialmente considerando dónde estábamos, sugirió que nos fuéramos juntos.

—Interesante.

—Si por *interesante* quieres decir arrogante, entonces sí. Lo fue. Lo cual es típico de él.

Tasha se encoge de hombros. —No creo que haya llegado donde está en la vida siendo tímido.

—No, llegó allí cuidando de sí mismo y tomando lo que quiere. —Entrecierro los ojos hacia ella mientras levanto la copa de vino a mis labios—. ¿De qué lado estás, de todos modos?

Ella levanta las manos en señal de rendición. —Solo digo.

Aunque sería exagerado decir que Tasha y Nick eran amigos, ella está familiarizada con la forma en que él opera en los negocios, al menos. Él es la razón por la que ella está a cargo en Vendange y ya no trabaja detrás de la barra para el imbécil que solía administrar el lugar.

Nick compró el restaurante después de que habíamos estado saliendo durante varios meses. Si no lo hubiera vendido rápidamente después de nuestra ruptura, deshaciéndose de él casi tan velozmente como pareció purgarme de su vida, Tasha había estado decidida a renunciar en solidaridad conmigo.

Me alegro de que no llegara a eso porque está claro cuánto ama su trabajo. Ella ha invertido más que solo su tiempo en Vendange. Sus toques personales en el restaurante son evidentes en todo,

desde el estilo de ropa elegante y la alta moral del personal hasta los innovadores elementos del menú y las creativas selecciones de vino. Por su parte, Nick pareció entender eso también. Una de las condiciones que puso para la venta fue que Tasha permaneciera al timón.

La saludo con mi copa medio vacía. —Este Malbec es excelente, por cierto. ¿Es de Argentina?

—Francia —dice, haciendo un gesto desdeñoso con la mano—. Olvida el vino. Cuéntame más sobre la fiesta. Aparte de ser tan arrogante como siempre, ¿cómo se veía Nick?

—Bien. —No veo sentido en tratar de negarlo. No con ella. Dejo escapar un suspiro resignado—. Se veía ridículamente bien.

—Ah, mierda. Por supuesto que sí.

Tasha es muy consciente de cuán física y consumidora era mi atracción hacia él. No quiero admitir que su efecto en mis sentidos sigue siendo tan poderoso como siempre, pero ella nunca lo creería si fingiera lo contrario.

—Si acaso, solo se ha vuelto más atractivo —añado, bebiendo mi vino—. Evidentemente, la vida de soltero le ha sentado bien.

—No sabes eso.

—¿No? Bueno, también se veía muy bien anoche, cuando estaba con Brandon en el nuevo restaurante de Gavin Castille y vi a Nick allí teniendo una cena íntima con una rubia despampanante.

Solo decirlo duele más de lo que quisiera. Quiero superarlo. Quiero relegarlo a mi pasado, donde puedo lidiar mejor con su ausencia y todo el dolor que la acompaña.

Verlo en la fiesta desgarró los bordes de demasiadas de esas heridas nuevamente. Verlo en una cita con otra mujer solo un par de noches después me abrió una parte de mí por completo.

Todavía no lo he superado. Probablemente nunca lo haré. Le di demasiado de mí, cosas que nunca podré darle a nadie más.

Lo único que ninguno de los dos parecía capaz de darse realmente era honestidad.

Tasha hace una mueca mientras tomo otro trago del Malbec, uno más grande esta vez. —¿Qué pasó después de que los viste?

—Nada. Iba camino al baño. Se habían ido para cuando salí.

—¿Él te vio?

—No creo. Dios, espero que no.

Su silencio se extiende por un largo momento. —¿Y qué hay de Brandon?

—¿Qué pasa con él?

—¿Sabe que todavía estás enamorada de Nick? De hecho, ¿alguno de los otros tipos con los que has salido brevemente en el último año lo sabía?

La miro, deseando poder rechazar la sugerencia. Si fuera cualquier otra persona lo haría.

—No sé qué siento por Nick además de dolor, traición y confusión. ¿Lo he superado? No. Pero definitivamente no quiero estar enamorada de él. Deberías entender eso mejor que nadie.

Ella asiente lentamente, sin duda recordando el desastre que era durante esas primeras semanas de vuelta en la ciudad. Ella y Tony me acogieron cuando no tenía a dónde ir, haciendo espacio para mí en su ya abarrotado hogar como si fuera de la familia. Ella me acompañó durante los ataques de llanto y la ira, y me ayudó a volver a mi arte como un medio para descargar todo mi dolor en algo más productivo.

—Sí, Avery, lo entiendo. Y odio al bastardo por cómo te lastimó. Pero cómo me siento yo sobre él realmente no importa. Necesitas descubrir qué significa él para ti. Tal vez él también necesita decirte lo que tú significas para él.

Me burlo. —Recibí esa respuesta alta y clara en París, y en los doce meses desde entonces. Todo lo que yo era para él era un objeto a ser adquirido. Manipuló cada aspecto de mi vida: mi trabajo, mi hogar, *todo*, hasta que el único camino que me quedaba era el que me llevaría directamente a él. Es decir, ¿cuán frío tienes que ser para hacerle eso a alguien? ¿Cómo podría perdonarle eso alguna vez?

—Tal vez deberías hacerle esa pregunta a él, no a mí. —Sus ojos se vuelven suaves, comprensivos—. Llámalo, Avery. Ten la conversación que ambos han estado evitando durante el último año.

—De ninguna manera. No va a suceder. —Me tomo el resto del vino y coloco la copa en la barra—. No tengo interés en dejarlo entrar en mi vida otra vez. No puedo hacerlo, Tasha.

Ella arquea una ceja. —Entonces olvida la charla y solo ve a acostarte con él como quieres hacer. Sácalo de tu sistema y obtén algo de cierre, si eso es posible. Le serviría bien ser él quien reciba un mal trato por una vez.

—Oh, por Dios. —La miro boquiabierta porque claramente ha perdido la cabeza al sugerirlo siquiera—. Das consejos terribles a veces, ¿lo sabes?

Ella sonríe, sin ninguna vergüenza. —Oye, solo estoy tratando de ayudar. Tú misma me has dicho que no te has acostado con nadie desde él, y eso es demasiado tiempo para que una mujer esté sin nada. Además, no hay nada malo en tener algo de buen sexo de venganza a la antigua, incluso si tienes que conseguirlo con él.

Sacudo la cabeza, horrorizada. No solo de ella, sino de mí misma por la forma en que mi cuerpo reacciona a la idea de acostarme con Nick de nuevo, incluso bajo las dudosas condiciones que Tasha propone. A pesar de los mejores esfuerzos de mi intelecto para apagar incluso la idea, el deseo me recorre. Como una corriente viva de electricidad, se desliza por mis venas, resbaladiza, caliente e intensa, alimentada por el conocimiento de lo bien que Nick y yo estábamos juntos.

Éramos más que buenos juntos. Él fue el mejor amante que he tenido, y no importa cuán mal terminaron las cosas, sé que él estaba tan atrapado en mí como yo en él. Verlo la otra noche en la recepción casi me hace creer que aún podría estarlo.

Casi.

Afortunadamente, mi orgullo demostró ser más fuerte que cualquier debilidad que aparentemente sigo teniendo en lo que a él respecta. No quiero pensar en lo idiota que me sentiría hoy si

hubiera dejado que nuestro encuentro escalara en la recepción, o, mucho peor, si hubiera sido lo suficientemente tonta como para dejar que me persuadiera de irme con él, aunque solo fuera para hablar.

Tasha me estudia mientras paso mi pulgar por el borde de la copa de vino vacía, mis pensamientos en conflicto y mi corazón latiendo pesadamente en mi pecho. Ella extiende su mano, colocándola suavemente en mi antebrazo, sus ojos marrones suaves con preocupación.

—Olvida toda esa mierda que dije hace un momento. Tienes razón, es un consejo terrible. Solo estaba tratando de hacerte reír. —Le ofrezco una débil sonrisa y ella se ríe—. Dios mío, ¿tan mal está?

—No te preocupes. Te quiero de todas formas.

—Yo también te quiero. —Exhala un suspiro lento, su mirada bajando a su reloj—. Creo que debería volver al trabajo.

Asiento. —Claro, está bien. Quiero ir al estudio un rato.

Si hay algo con lo que puedo contar para aclarar mi mente y devolverme a la normalidad, es sentarme frente a mi caballete con un pincel en la mano. Me deslizo del taburete y Tasha me sigue, bajando del suyo para abrazarme en otro cálido abrazo.

Se aleja, señalándome con el dedo. —Si estás libre el domingo, la mamá de Tony está haciendo su famosa cacciatore de pollo. ¿Quieres venir? Sabes que es para morirse.

No puedo recordar la última comida casera que he tenido, y la suegra de Tasha hace algunas de las mejores. Mi estómago prácticamente gruñe en acuerdo. —Me encantaría. Gracias.

—Genial. Inez estará feliz de verte en la mesa con nosotros de nuevo. Zoe también. Extraña a su tía Avery.

—No puedo esperar a estar allí.

Nos despedimos y estoy sonriendo con anticipación mientras salgo por la puerta hacia la soleada tarde de verano. Veo el elegante BMW M6 negro parado en la acera frente a mí, pero al principio parece un espejismo. Un truco de esta vasta ciudad, donde no es inusual ver vehículos que valen cientos de miles de dólares

esperando en los semáforos o acelerando a lo largo de la red de bulevares.

Pero este vehículo en particular es uno en el que he estado dentro numerosas veces, uno que conozco demasiado bien.

La puerta del conductor se abre, y mis pies se ralentizan debajo de mí mientras veo a Dominic Baine salir. No está vestido con su armadura de negocios de traje a medida y corbata hoy, pero incluso luciendo una camiseta blanca básica y jeans bien gastados, todavía se comporta como un hombre que podría —y probablemente lo hace — poseer una buena parte de la bulliciosa ciudad que lo rodea.

No dice nada, simplemente me observa desde el otro lado del brillante techo del auto.

Todo el aire en mis pulmones huye mientras me doy cuenta de que este no es un encuentro casual como las otras dos veces que lo he visto en la última semana. No, ha venido a Vendange deliberadamente, posiblemente incluso ha estado esperando afuera por algún tiempo. La forma en que me mira mientras espera mi reconocimiento no deja dudas sobre eso.

Él está aquí ahora mismo por una razón.

Yo.

6

LA SONRISA RADIANTE DE Avery se desvanece en el momento en que sus ojos se posan en mí.

Cualquier alegría que hubiera estado sintiendo desaparece en un instante, apagada y fría. Durante el breve segundo que se detiene en la acera frente a Vendange, todo lo que veo en su hermoso rostro es dolor y confusión, sospecha.

No debería sorprenderme. Después de todo, yo soy quien le ha hecho esto.

No solo aquella mañana en París, sino también más recientemente.

Ni siquiera intenta ocultar su desagrado cuando se aleja de mí sin pronunciar una sola palabra. Comienza a avanzar por la acera en dirección opuesta a mí.

—Avery, espera.

Su paso no disminuye en absoluto. Maldigo entre dientes mientras apago el motor del M6 y cierro la puerta. No hay estacionamiento en esta parte de la calle, pero lo último que me preocupa es una insignificante multa o una grúa. Rodeo el frente del vehículo y la alcanzo en unas cuantas zancadas decididas.

—Avery —me adelanto y luego me giro para enfrentarla. Mi cuerpo bloquea su camino inmediato, lo único que parece hacerla

detenerse—. Maldita sea, no te vayas.

Mi voz suena demasiado áspera, lo suficiente para que su mirada se dirija a la mía con alarma. Me contengo con el ceño fruncido. Es asombroso lo rápido que puede desestabilizar mi autocontrol. Aunque, no debería sorprenderme. Esta mujer me ha hecho un nudo desde el primer momento en que puse mis ojos en ella.

Apretando los dientes contra el impulso de sujetarla físicamente, lo intento de nuevo.

—No huyas de mí. Por favor.

No intenta hacerlo, pero me mira con desafío, sus labios apretados en una línea tensa.

—¿Qué estás tratando de hacer, Nick?

—Quiero hablar contigo.

Se le escapa una leve burla.

—No puedo imaginar por qué.

—Creo que sí puedes.

Está furiosa, y aunque odio ser el blanco de su desprecio, no puedo evitar preguntarme si lo de anoche en el restaurante de Gavin tiene algo que ver. La pregunta me mantuvo despierto durante horas después de salir del lugar. Más de una vez, tuve las llaves en la mano, tentado a buscarla sin importar la hora. En cambio, después de recorrer el ático como un animal enjaulado hasta que salió el sol, no iba a pasar todo el día sin verla.

—¿Cómo sabías dónde encontrarme? —hay desafío en su voz y en la mirada entrecerrada que escudriña la mía—. No intentes decirme que simplemente pasabas por el vecindario.

—No. No pasaba —ante mi confesión, ella cruza los brazos, su expresión perturbada pero lejos de estar sorprendida—. Quería verte. Pasé por tu casa en Forest Hills esta mañana, pero ya habías salido. También te busqué en el estudio de Harlem. Lita dijo que no sabía dónde estabas, justo antes de mandarme al diablo y cerrarme la puerta en la cara.

La mirada de Avery sigue siendo obstinadamente militante.

—Bueno saber que alguien me cuida la espalda.

No dudo que todos sus amigos me detesten. Tienen todo el derecho. Son protectores con ella, como se supone que son las personas que se preocupan unas por otras. Son leales y sinceros. Todas las cosas que yo quería ser para Avery, *intenté ser*, pero fallé.

Es demasiado tarde para retractarme. No puedo deshacer nada. La mirada herida en su rostro me advierte que ni siquiera lo intente, pero nunca he sido bueno siguiendo instrucciones.

—Como no estabas en ningún otro lugar donde busqué, supuse que podrías estar con Tasha en Vendange.

Exhala bruscamente.

—Supones mucho. ¿Y si estuviera en una cita? —me lanza la sugerencia como un disparo sobre mi proa—. ¿También me habrías seguido hasta allí?

No respondo porque no es necesario. Probablemente pueda leer la respuesta en mi mirada ardiente e inflexible.

—Afortunadamente para ambos, no estás en una cita.

Mientras me mira con el ceño fruncido, considero al entusiasta profesor de historia del arte de cara sonrojada que había sido su acompañante en la recepción universitaria a principios de esta semana. Aunque no sabía nada sobre el condenado tipo hasta esa noche, ahora estoy considerablemente más informado.

Brandon Snyder es un hombre decente y trabajador de una sólida familia de clase media del norte del estado. Expedientes académicos y públicos estelares. Ni una sola mancha en su carácter por ningún lado.

Porque, maldita sea, he buscado.

Después de darme cuenta de que estaba saliendo con Avery, hice que mi misión del día siguiente fuera desenterrar cada dato que pudiera encontrar sobre él.

Al final, todo lo que encontré fue a un hombre mucho más adecuado para ella de lo que yo podría ser jamás.

Diablos, si llevo la cuenta, hay innumerables hombres en esta ciudad que merecen a Avery más que yo. Pero ninguno de ellos la

amará jamás de la manera en que yo lo hice... de la manera en que todavía lo hago.

Nunca la complacerán de la misma manera.

Tampoco la lastimarán tan profundamente.

Levanto mi mano antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo, necesitando tocarla. Ella retrocede como si fuera a golpearla en lugar de acariciarla.

—No. No lo hagas —un firme movimiento de su cabeza hace que su cabello rubio suelto se deslice alrededor de sus hombros—. Ya no puedes hacer eso, Nick. No tienes derecho. No es que alguna vez lo hayas tenido.

—Supongo que me merezco eso.

—Y mucho más.

Aparentemente, ha tenido suficiente. Se mueve a la derecha como para rodearme. La enfrento, cortando su escape.

—¿Ya has comido?

—¿Qué?

—Almuerzo. Me muero de hambre, y no tiene sentido estar aquí tratando de tener una conversación en medio de la acera. Entonces, ¿qué dices? Vamos a un lugar más privado y hablemos.

—Déjame adivinar —responde, el sarcasmo impregnando cada sílaba—. ¿Un lugar privado como volver a tu casa? ¿Tal vez piensas que deberíamos tener esta conversación en tu cama?

Cristo. No era mi intención llevarla a casa conmigo hoy, pero mi miembro y todo lo demás masculino en mí responde con rápida aprobación.

—Definitivamente no me opongo a la idea.

El ceño fruncido que arruga su frente se profundiza.

—Eres increíble. Si quieres compartir una comida y una conversación con alguien, o cualquier otra cosa, estoy segura de que tienes muchas otras opciones disponibles. De hecho, ¿por qué no empiezas con la rubia con la que cenaste anoche?

Frunzo el ceño, aunque solo sea para cubrir la satisfacción que siento al ver los celos de Avery surgir incluso después de todo este

tiempo. Incluso después de todo lo que se interpone entre nosotros.

—¿Te refieres a Simone? ¿Qué sabes sobre ella?

Se burla en voz baja.

—Supongo que debería agradecerte por no intentar mentirme en la cara. Te vi con ella en el restaurante de Gavin, no es que me importe. Eres libre de acostarte con quien quieras. No me importa.

—¿En serio? —la estudio, reacostumbrándome a cada matiz de su rostro, a cada emoción que se muestra en sus delicadas facciones por más que intente ocultármelo. Le dolió verme con otra mujer. Todavía le duele, todas estas horas después.

Así como me quemó pensar en ella con otro hombre.

—Si mal no recuerdo, tú también estabas con alguien anoche en GC.

—Entonces, me viste —lo dice con resignación, como si se habría sorprendido más si no hubiera notado su presencia dentro del abarrotado restaurante. Quizás incluso decepcionada.

El hecho es que percibiría a esta mujer en cualquier lugar. No hay un sitio al que haya ido en esta ciudad donde no haya sido aguda y dolorosamente consciente de ella.

Me siento atraído por ella ahora como lo he estado desde el principio, aunque sé que he perdido el derecho a actuar según eso.

No, como ella dijo hace unos momentos, nunca tuve ese derecho.

De cualquier manera, no veo razón para jugar con Avery. Ya he hecho suficiente de eso. Y sé que si ella cree que tiene razón, que me acosté con la mujer con la que me vio cenando apenas un par de noches después de pedirle que dejara su evento de arte conmigo, nuestra conversación terminaría aquí mismo.

—Simone Emmons perdió a su esposo el mes pasado.

Avery inclina la cabeza, lejos de estar convencida.

—No parecía una viuda afligida para mí. Especialmente cuando te estaba manoseando por encima de la mesa y batiendo sus pestañas.

Me encojo de hombros, incapaz de ofrecer alguna defensa por mi acompañante de cena.

—Simone es una mujer coqueta que se casó con un hombre rico lo suficientemente mayor para ser su abuelo. También es mi cliente más reciente. En la cena de anoche, aceptó venderme una de las empresas de su difunto esposo.

Avery resopla.

—Seguro que lo hizo. Apuesto a que fuiste un negociador muy duro también.

—Solo fue negocios, y no fue más allá de la cena —hago una pausa mientras un grupo de peatones pasa junto a nosotros por la acera—. ¿Realmente quieres hablar sobre Simone Emmons?

—No —veo que parte de su sospecha se disipa, pero no lo suficiente como para persuadirla de quedarse—. No quiero hablar de nada contigo, Nick. Voy de camino al estudio. O más bien, iría si no estuvieras en mi camino.

—Déjame llevarte allí.

—No, gracias —algo quebradizo destella en su mirada—. No acepto viajes de personas que no conozco.

Es un golpe bajo, más bajo que cualquier otra cosa que me haya dicho, pero merecido. Si fuera un mejor hombre, dejaría que su golpe bien asestado me pegara y volvería solo a mi auto. Durante el último año he logrado resistir una confrontación como esta, pero después de verla hace unas noches, es en todo lo que he podido pensar.

Tengo cosas que decirle.

Cosas que debería haberle dicho en París o meses antes.

Hay cosas que ella necesita saber. Cosas que necesita ver. Cosas feas que pueden hacer que me odie aún más. O peor, que sienta lástima por mí.

—Está bien, Avery. Entonces camina conmigo un rato. Si decides que todavía no me conoces, te escoltaré hasta la estación de metro más cercana y me iré. Nunca más me volverás a ver.

Me mira fijamente, con un rastro de confusión en su mirada inquisitiva. También veo duda allí. Cuando habla, su voz es tranquila, vacilante.

—¿Realmente quieres decir eso?

Mierda, ¿lo hago? Por difícil que sería mantener una promesa como esa, sé que le debo la elección. La elección que no le di antes. Le debo la verdad... y el porqué.

—Sí, Avery. Lo digo en serio. Tienes mi palabra.

Durante un largo rato, no dice nada. Ni siquiera parpadea mientras sopesa mi promesa en un silencio insoportable. Puede destruirme aquí y ahora, pero me pregunto si realmente comprende su poder. Ver cómo se iba la primera vez fue bastante difícil. Saber lo profundamente que la había lastimado fue un tormento que me ha carcomido como un cáncer desde entonces.

No confía en mí. No cree que pueda cumplir alguna promesa, ni debería hacerlo. Pero haría esto por ella ahora. No solo porque sé que es lo mejor para ella, sino porque también conozco la vergüenza que espera al final del camino por el que le pido que camine conmigo.

No he abierto esa puerta desde el momento en que Avery entró en mi vida.

No estoy del todo seguro de querer hacerlo ahora.

Me observa demasiado de cerca, ya demasiado consciente de las fisuras en mi alma.

—Está bien, Nick —dice en voz baja—. Guía el camino.

7

NICK DEJA SU BMW abandonado en la acera frente a Vendange mientras comenzamos a caminar.

Me había estado felicitando mentalmente por mantenerme firme y negarme a cometer el error de estar a solas con él, pero incluso en medio del bullicio de Manhattan y su constante mar de humanidad en movimiento, lo único de lo que soy realmente consciente es de él.

Mis sentidos se agitan mientras caminamos lado a lado sobre el concreto, nuestros brazos casi rozándose mientras grupos de peatones fluyen a nuestro alrededor. Conozco el aroma, la sensación y el sabor de cada centímetro de su cuerpo perfectamente moldeado, por mucho que quiera fingir que no.

Huele increíble. Picante y cálido, embriagadoramente masculino, algo que no se puede comprar ni fabricar, sino que es únicamente suyo. Todo lo femenino en mí quiere inclinarse hacia ese aroma, llevarlo en mi piel como una marca. Especialmente cuando veo a otras mujeres mirarlo con interés evidente mientras pasamos junto a ellas en la calle.

—¿Cómo está Tasha?

La pregunta casual me toma por sorpresa. Sé que Nick tiene una agenda para esta conversación, y el hecho de que la esté

comenzando con charla trivial solo hace que mis nervios se alteren aún más de lo que ya estaban.

—Está bien —mantengo para mí la noticia del bebé de Tasha, aunque me cuesta no compartirla con Nick. Llamarlo un extraño allá en la acera fue más fácil que tratarlo como uno cuando camina tan cerca de mí que apenas puedo concentrarme en otra cosa—. Tasha está muy bien. Es increíble. Estoy muy orgullosa de todo lo que ha logrado con Vendange.

Nick gruñe en señal de reconocimiento. —El nuevo dueño no podría estar más complacido. Y el bastardo debería estarlo. Consiguió el restaurante por una miseria y el negocio casi se ha duplicado en los últimos meses.

Pensando en lo rápido que se deshizo del negocio —junto conmigo—, no puedo evitar el tono mordaz en mi respuesta. —Lamento mucho tu pérdida, Nick. Sé cuánto te gusta ganar.

Él se encoge de hombros. —Sí, bueno. Lo superaré.

—Estoy segura de que lo harás. Seguro que ya has pasado a cosas más grandes y mejores. Se te da bastante bien eso.

La mirada que me lanza es penetrantemente intensa. —¿Eso es lo que piensas?

—Es lo que sé, Nick.

—¿Ah, sí? —No es una pregunta, más bien un desafío. Pero el hecho de que su cita de anoche fuera una cliente no significa que no haya habido otras mujeres. Con el considerable apetito de Nick cuando se trata de sexo, no dudo que tenga una fila de mujeres disponibles a su disposición en un abrir y cerrar de ojos—. ¿Y qué hay de ti, Avery? ¿Ha sido fácil para ti seguir adelante sin mí?

—Debería serlo. Aprendí del mejor —le lanzo una mirada significativa—. Sin juego de palabras.

Su ceja se arquea, con el pecado jugando en los bordes de su boca sensual. Pero no hay alegría en la mirada que mantiene fija en mí mientras nos acercamos al semáforo al final de la cuadra. —¿Estás diciendo que no ha sido fácil, o que no has seguido adelante?

Porque de cualquier manera, creo que tu enamorado profesor Snyder se sentiría consternado al escuchar eso.

—Esto no tiene nada que ver con Brandon, así que puedes dejarlo fuera.

—No creo que esté en la ecuación en absoluto. Si lo estuviera, me habrías dejado plantado allá en la acera.

Suelto una risa seca. —Dios, eres arrogante. Si pensara que sabes aceptar un no como respuesta, te habría dejado en la acera —le lanzo una mirada de reojo—. Todavía debería hacerlo.

Su sonrisa es sutil, más divertida que amenazada. —Por aquí.

Por un brevísimo segundo siento el calor de su palma flotando en la parte baja de mi espalda mientras doblamos la esquina de Madison, pero Nick no me toca. Su calor está ahí y desaparece tan rápido que podría haberlo imaginado, dejándome a la vez decepcionada y aliviada. Cruzo los brazos mientras caminamos un rato en silencio, aunque solo sea para evitar cualquier contacto inadvertido con él. Mis sentidos ya están lo suficientemente alerta. No necesito ningún recordatorio táctil de lo bien que se siente tocarlo o sentir su tacto sobre mí.

Pasamos tiendas, hoteles boutique y restaurantes, la acera llenándose de peatones a medida que nos acercamos a la esquina de la amplia y concurrida Quinta Avenida. Esperando en el semáforo, una madre sostiene la mano de su pequeña hija y señala hacia la Biblioteca Pública al otro lado de la calle con su par de majestuosos leones de mármol flanqueando la gran entrada. No puedo evitar sonreír ante la emoción en el rostro de la niña mientras Nick y yo pasamos junto a ellas. Él también nota mi distracción.

—Confío en que tu madre está bien de salud, ¿verdad?

Mi mirada salta hacia él, aunque no es la pregunta más extraña que podría hacer. Él sabe más sobre mi mamá que la mayoría de la gente. Cosas que le confié cuando estábamos juntos. Cosas que eventualmente descubrió a pesar de mis esfuerzos por guardar los secretos de mi mamá y los míos.

Y ahora tengo que preguntarme...

—La junta de libertad condicional finalmente decidió liberarla hace unos ocho meses. Nombraron a un nuevo presidente y el caso de mamá fue acelerado para otra revisión —como no reacciona con nada más que un ligero asentimiento, mis sospechas sobre su repentina liberación de la prisión en Pensilvania después de una década de pocas esperanzas quedan prácticamente confirmadas—. ¿Tuviste algo que ver con eso?

Hace un gesto vago mientras seguimos caminando. —Da la casualidad de que Beck fue a la facultad de derecho con el Fiscal General del estado.

Beck siendo Andrew Beckham, el abogado personal de Nick y buen amigo. He conocido al apuesto afroamericano algunas veces, lo suficiente como para haber reconocido que probablemente no hay nadie en quien Nick confíe más como colega o confidente.

—Puede que haya habido algunas conversaciones en el campo de golf entre el Fiscal y el Gobernador sobre la necesidad de tener ojos frescos en la junta de libertad condicional —dice Nick—. Afortunadamente, no hizo falta mucho para convencerlos de que tu madre no representa más peligro para la sociedad ahora que hace diez años.

Sé que estoy boquiabierta, pero apenas puedo evitarlo. Aunque Nick una vez me dijo que estaría dispuesto a usar sus conexiones y recursos para ayudar a mi mamá con sus problemas legales, no puedo creer que realmente lo haya hecho. No solo porque le prohibí interferir en mi vida o en la de ella para proteger el terrible secreto que ella y yo compartíamos.

No quería que Nick supiera las mentiras que había enterrado en mi pasado. Quería que el abuso que sufrí quedara atrás, junto con la verdad sobre el asesinato de mi padrastro y el hecho de que mi madre había sacrificado tanto —incluida su libertad— para protegerme.

Pero Nick lo descubrió. Y cuando esos secretos amenazaron con explotar en mi cara con la reaparición de mi hermanastro, Rodney

Coyle, y sus amenazas contra mi madre y contra mí, Nick fue quien lo detuvo. Él salvó mi vida, no tengo duda.

Y ahora me doy cuenta de que me ha dado algo aún más precioso: la libertad de mi madre.

Sacudo la cabeza, prácticamente sin palabras. —Gracias, Nick. Este es un regalo que nunca podré pagar.

—Nunca te lo pediré. Además, el dinero tiene sus ventajas. ¿Por qué no aprovecharlas al máximo?

—¿Así justificaste lo que me hiciste? —La pregunta sale de mi lengua antes de que pueda detenerla. Quiero estar agradecida por los riesgos y los gastos que sin duda ha asumido para ayudar a mi mamá, pero la parte herida de mí todavía está amargada y confundida por la forma en que Nick manipuló mi vida cuando nos conocimos. Ahora que lo he dicho, tiene poco sentido hablar de otra cosa hasta que lo superemos.

Si es que podemos superarlo.

Se detiene a mi lado en la acera. Yo también me detengo, sintiendo como si hubiéramos llegado al final de nuestro camino hoy. Su rostro es tan difícil de leer, sobrio y contemplativo, pero lleno de un tormento que me desconcierta.

—Te debo una disculpa, Avery. Por todo.

Niego con la cabeza. —No, Nick. Me debes respuestas. No necesito una disculpa a menos que puedas hacerme entender cómo pudiste hacer lo que hiciste. Necesito que me hagas entender por qué.

La gente pasa empujando a ambos lados, más de una persona nos mira con recelo mientras mi voz se eleva con el dolor y la confusión que he estado guardando durante casi un año. No me importa si estoy creando una pequeña escena aquí en medio de la Quinta Avenida. Toda la emoción que ha estado atrapada dentro de mí burbujea a la superficie como si las heridas todavía estuvieran frescas.

En muchos sentidos, lo están.

Al igual que la profundidad de lo que todavía siento por este hombre.

—Maldita sea, Nick, necesito saber qué demonios significaba yo para ti, si es que significaba algo.

No dice nada durante lo que parece una eternidad. Su hermoso rostro está sombrío, inseguro. Es solo en ese momento que me doy cuenta de dónde estamos. Dónde nos hemos detenido.

Miro la gran ventana detrás de él, luego el letrero sobre la puerta.

—Dominion —murmuro.

La galería de Nick. Aquella donde alguna vez colgó parte de mi arte antes de que él y yo nos conociéramos. Antes de que supiéramos nada el uno del otro. O eso creía yo.

—¿Me trajiste aquí deliberadamente?

—Si quieres respuestas, Avery, entonces necesitamos empezar por el principio.

8

ESPERO, CONFUNDIDA Y APRENSIVA, mientras Nick abre la puerta de la galería y me hace un gesto para que entre con él. Dominion está cerrada hoy. El acogedor espacio contemporáneo está tenue y sin iluminación excepto por la luz del sol que entra desde la calle, los únicos sonidos son el continuo zumbido del tráfico apresurado interrumpido por el ocasional bocinazo o el aullido de una sirena.

He visitado la galería de Nick más de unas cuantas veces, pero mientras cruzo el umbral con él ahora, siento como si estuviera entrando en territorio extranjero. No puedo imaginar qué pretende al traerme aquí, y algo dentro de mí tiene miedo de adivinar. La mirada grave que me dirige al entrar no hace nada para tranquilizarme.

—¿Qué está pasando, Nick?

No responde. La ansiedad que sentí en la puerta se profundiza hasta convertirse en temor mientras me guía sobriamente a través de la sala principal de exposición de la galería, pasando por docenas de cuadros extraordinarios expuestos en las paredes. Mi mirada se detiene en una obra en particular: un trabajo inquietante y sorprendentemente íntimo titulado *Beauty*. Parece una eternidad desde que vi este retrato de Kathryn Tremont. No desde el inicio de mi tiempo con Nick.

Un recuerdo de aquella noche destella en mi mente. Él y yo parados frente a *Beauty*, hablando por primera vez. Esa penetrante mirada azul cerúlea cautivándome, viendo a través de los rincones más desnudos de mi alma mientras en una sola conversación perversamente, expertamente, despojaba mis secretos, mis deseos y mi autocontrol.

Dejamos la galería juntos esa noche y fuimos directamente a su cama.

Imprudente. Así lo llamé entonces, lo que sé que es con aún más certeza después de todo este tiempo y angustia posterior.

Pero esa noche no es el principio al que Nick me está llevando. Me doy cuenta de esto cuando continúa adentrándose en la galería, hacia un pasillo oscuro lejos del área principal de exposición.

Puedo sentir que hay algo más que no sé, algo más grande. Algo que quizás no quiera ver más de lo que él parece ansioso por mostrarme.

Al final del pasillo llegamos a una puerta cerrada con un pequeño letrero metálico que dice PRIVADO.

Nick se detiene aquí y me mira. —No he estado aquí en casi dos años. Nadie ha entrado.

Por primera vez, veo duda en sus ojos.

Veo vergüenza.

No sé qué acecha detrás de la puerta de este cuarto, pero basándome en su sombría expresión, ya estoy temiendo lo que encontraré. —Nick, por favor. Me estás asustando. Dime de qué se trata.

—La verdad.

Hay un panel de teclado numérico en la pared. Teclea un código de cinco dígitos y escucho un suave clic cuando se libera el cerrojo. No me muevo, apenas puedo introducir aire en mis pulmones mientras él abre la puerta y luego entra en el cuarto completamente oscuro.

Doy un paso vacilante tras él justo cuando enciende las luces.

Los fluorescentes brillantes cobran vida en el techo. Mi visión se vuelve blanca momentáneamente, sorprendida por la repentina explosión de luz en la oscuridad.

Y luego otro tipo de conmoción se apodera de mí.

La habitación es una pequeña oficina privada. Al menos parece que lo fue en algún momento. Un escritorio de madera de cerezo yace roto, volteado en el centro de la habitación. La silla que probablemente solía estar detrás también ha sido destrozada, poco más que un montón astillado de madera en medio de un mar de papeles dispersos, libros y objetos de arte hechos añicos.

La pintura lo cubre todo. En todas partes donde miro, violentas salpicaduras de rojo y negro y una docena de otros colores oscuros se han solidificado y secado donde fueron arrojados. Hay tanta rabia en esta habitación, tanta destrucción, que no puedo contener mi jadeo al absorberlo todo.

Y entonces lo veo.

El caballete inclinado borrachamente en la esquina más alejada de toda esta crueldad.

Un lienzo apenas se aferra a su percha en el soporte de madera. También ha sido brutalizado.

Debajo de las furiosas marcas de pincel que se esfuerzan por ocultarlo hay una pintura realizada con movimientos bruscos y vacilantes. No hay ninguna delicadeza en la obra medio completada, solo frustración. Ha sido abandonada. Abortada.

Despiadadamente destruida.

Justo como el resto de esta habitación.

A mi lado, Nick me observa absorber la totalidad de la destrucción ante mí.

—Tú hiciste esto. —Lo miro cuestionándolo, luchando por reconciliar al hombre fuerte y poderoso junto a mí con la absoluta falta de control manifestada en este espacio.

No puedo comprender la desesperación, la desesperanza.

Él se aleja de mí, adentrándose más en la terrible cápsula del tiempo de violencia y ruina. —No recuerdo qué me hizo decidir venir

aquí esa noche —dice, su voz monótona, su columna rígida—. Era tarde. Estaba borracho.

Mientras habla, noto la botella vacía de licor anidada entre los escombros. No es el distinguido whisky de malta que le he visto beber de vez en cuando, sino una barata botella de aguardiente que probablemente no le costó más de veinte dólares.

Gira, pasando la palma de su mano por encima de su cabello oscuro mientras inspecciona la habitación. —Evidentemente, decidí que era una buena noche para pintar. Puedes ver lo bien que salió.

Se ríe sin humor y levanta su mano derecha con cicatrices, la que casi perdió hace muchos años durante una discusión con su padre. Esa imprudente confrontación cuando Nick tenía dieciocho años —y lo que la provocó— no es algo que haya compartido conmigo con gran detalle. Todo lo que sé es que al final su padre lo lanzó a través de una ventana de vidrio.

Nick podría haber muerto. Fue afortunado en eso, pero sus lesiones fueron lo suficientemente horrorosas. Gran parte de su brazo y la mayoría de los tendones de su mano quedaron destrozados. La mano con la que Nick solía pintar arruinada en un momento irreparable.

Su don artístico perdido antes de que tuviera la oportunidad de elevarse.

Nunca he visto su arte, pero Kathryn Tremont sí. Según ella, el talento de Nick era extraordinario, entre los mejores que jamás había visto. Su rabia por perder esa parte de él era profunda y volátil. Hasta ahora, dado todo su éxito en los negocios y la fortuna que ha acumulado gracias a ello, creía que Nick había llegado a términos con la pérdida de su arte.

Esta habitación dice lo contrario.

Grita el dolor de Nick con una agonía que me tambalea.

—Tenía una pistola conmigo esa noche —dice, sin emoción en su voz profunda. Todo lo que veo en sus ojos es una cruda y aterradora verdad—. Estaba cansado, enojado y... Cristo, tan jodidamente

vacío. Recuerdo que esa noche pensé que solo quería que parara. Necesitaba que todo terminara.

Un nudo de miedo helado se aloja en mi garganta mientras escucho su confesión. Dominic Baine, quien para el resto del mundo tiene todo lo que podría desear o necesitar, me está diciendo que la última vez que puso un pie en esta habitación no podía pensar en ninguna buena razón para vivir.

Trago saliva frente a mi temor, apenas resistiendo el impulso de ofrecerle consuelo. No lo aceptará. Puedo ver eso en la manera estoica en que se mantiene, bien fuera de mi alcance. Si intento acortar la distancia entre nosotros ahora, solo lo empujará más lejos.

Y no ha terminado de decirme todo lo que necesita decir.

—Me desmayé en la galería en algún momento. No recuerdo haber salido de la habitación, pero cuando finalmente desperté, todavía tenía la pistola en la mano. Abrí los ojos y lo primero que vi fue un retrato en blanco y negro colgado en la pared de allá afuera. —Gira lentamente la cabeza en mi dirección—. Tu pintura.

Asiento levemente, porque conozco esta parte de la historia. La primera pintura que completé había estado en exhibición en Dominion meses antes de que conociera a Dominic Baine. Más recientemente, en nuestro camino a París el año pasado, descubrí esa misma pintura colgada en la habitación de Nick a bordo de su avión privado.

—No me di cuenta de que estaba mirando un autorretrato en ese momento. —Su mirada me sostiene con una admiración tan abierta que me roba el aliento—. Todo lo que vi fue una belleza cautivadora, y una melancolía, que se negaba a liberarme. No podía apartar la mirada. No podía apartarla de ti, Avery.

Tan inquietante como fue darme cuenta en París de que fue algún grado de obsesión lo que trajo a Nick a mi vida, ahora mismo la emoción principal que siento es alivio. Alivio de que esté parado aquí frente a mí. Alivio de que haya encontrado alguna razón para seguir adelante esa noche, incluso si el precio fue mi propio corazón.

—Me llevé tu pintura a casa. Durante los siguientes tres días, todo en lo que podía pensar era en el rostro de ese lienzo y en ese jodido cuarenta y cinco en mi mano. Sabía que tarde o temprano, se reduciría a solo uno de ellos. —Camina hacia mí, sus movimientos lentos, pero lejos de ser inciertos—. No puedo decirte todas las cosas que sentí cuando miré tu imagen en la pintura. Fascinación. Adoración. Un poderoso e irresistible deseo por una mujer que pensé que era demasiado increíble para ser real. Cosas que siento cada vez que te miro.

Extiende su mano y contengo la respiración mientras sus dedos rozan suavemente mi mejilla. No vine aquí para ser seducida, tal vez ni siquiera para perdonar, pero las intenciones y los límites siempre han sido difusos cuando se trata de Nick y yo. El suave suspiro que se escapa de mis labios solo confirma esa verdad.

—Quería a la mujer de la pintura más que a nada, Avery. Incluso más que a la muerte. —Su toque me abandona, su mano deslizándose hacia su costado—. En cuanto al talento que vi en esa pintura en particular, me asombró. Tu don era tan crudo, pero inconfundible. Miré tu arte en esa pintura y sentí asombro y respeto. Celos. Incluso rabia. Lo que no sentí fue vacío. Tiré la pistola, y al día siguiente volví a la galería para averiguar todo lo que pudiera sobre la pintura. Cuando Margot me dijo que la artista y la modelo eran la misma, tuve que saber más. Tuve que conocerte.

—Nick... no estoy segura de cómo responder a todo esto. No estoy segura de qué pensar.

Me tomará tiempo procesar todo lo que está diciendo y cómo me siento al respecto. Por dentro me estoy quebrando al saber cuán oscura se había vuelto su vida antes de que nos conociéramos. Me siento humillada al pensar que tuve algo que ver con alejarlo de ese abismo.

Mi vida también había sido oscura antes de Nick. Mi pasado tenía un agarre sobre mí que no había podido romper por mi cuenta. De muchas maneras, él me salvó tanto como yo lo salvé a él. Fueron nuestros secretos mutuos los que nos destruyeron. Si tenemos

alguna posibilidad de superarlos, tenemos que arrastrarlos todos a la luz.

Sacudo la cabeza, tratando de aferrarme a la razón por la que ambos estamos aquí. —Me mentiste. Desde el principio y durante todos esos meses después, me dejaste pensar que nuestro encuentro fue pura coincidencia cuando orquestaste cada faceta de nuestra relación. Te aseguraste de que cada camino que tomara me condujera directamente a ti. Por el amor de Dios, incluso compraste el edificio de apartamentos donde vivía y lo convertiste en condominios caros para asegurarte de que no pudiera quedarme allí.

—Sí, lo hice. —Su expresión es sobria, pero apenas arrepentida —. Me enteré de que estabas viviendo en un basurero a merced de un casero explotador. Era inaceptable, así que te di una razón para irte. Y luego te di un lugar mejor adonde ir.

Le dirijo una mirada irónica. —Contrataste a Claire Prentice para que fuera a Vendange donde yo trabajaba y fingiera que necesitaba alguien que le cuidara la casa. En tu edificio de Park Avenue de alto precio donde casualmente tú también vivías.

—Quería saber que estabas en algún lugar seguro y cómodo. Quería eliminar los obstáculos que se interponían entre tú y el potencial de tu arte. Quería ver tu talento liberarse para convertirse en lo que ahora es. Sobre todo, te quería cerca de mí, para poder conocerte.

—¿Hablas en serio?

—Querías la verdad —dice suavemente—. Ahora, la tienes.

Me había convencido de que me había tomado por tonta, que todas sus manipulaciones y los esfuerzos que tomó para ocultármelas habían sido una especie de juego enfermizo. Pensé que me usó simplemente para su propio entretenimiento, pero es difícil reconciliar todo eso ahora. Es imposible ignorar la sinceridad en sus ojos. Por muy retorcidas que fueran sus acciones, no se puede negar que provinieron de un lugar de genuina preocupación.

—¿Cómo puedes hacer que algo tan jodido suene tan bien intencionado, como si lo que hiciste fuera lo más razonable del

mundo? —Exhalo un suspiro conflictivo—. ¿Por qué no simplemente invitarme a salir como una persona normal?

Me da una sonrisa llena de ironía. —Nunca dije que fuera normal. Lo sabes mejor que nadie.

—No puedo hacer bromas sobre esto, Nick. Jesús, no después de todo lo que me acabas de decir. No después de todo por lo que me hiciste pasar.

—Lo sé, y lo siento por eso. Todo. —Su mirada busca la mía, tierna pero firme—. Te dije al principio que no estaba preparado para lo mucho que te anhelaba, lo mucho que significabas para mí. Quería a la mujer que vi en tu pintura. Quería ayudar a moldear el talento que vi en tu arte, el talento que yo ya no tenía. Pero no estaba preparado para ti, Avery. Seguro que no estaba planeando enamorarme de ti.

Cierro los ojos contra el anhelo que esas palabras abren dentro de mí. Ahora, a esta distancia, con esta nueva claridad, recuerdo las cosas que dijo mientras estábamos juntos. Todas las pistas que me dio en el camino. Las advertencias de que no era un buen hombre, que nunca quiso hacerme daño.

Me lo había estado diciendo todo el tiempo, pero estaba demasiado envuelta en él —en la fantasía de en quién me convertí con él— para escucharlo.

—Sé que nada excusará lo que hice, Avery. Mis razones no justifican nada. Ninguna disculpa puede arreglar esto entre nosotros. Pero lamento haberte lastimado, haberte engañado. —Acaricia mi rostro con una caricia tan suave que arranca un pequeño gemido desde lo más profundo de mí—. Siempre lamentaré el daño que te he causado. Y no importa a dónde vayamos desde aquí, siempre te amaré.

—No. —Me cuesta toda mi voluntad apartarme de su toque. Mi cabeza está dando vueltas en confusión, mi corazón inundado por demasiadas emociones para ordenarlas, especialmente cuando me está tocando, mirándome con una honestidad tan cruda que apenas puedo respirar.

—¿Qué quieres de mí, Nick? ¿Qué estás tratando de hacer? Ha pasado un año desde que nos vimos y no me digas que eso no fue deliberado. Cortaste todas las conexiones conmigo después de París, incluida la venta de Vendange. Si no fuera por la otra noche en la universidad, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación.

—Tienes razón. —Asiente solemnemente—. Quería darte espacio, libertad. No veía otra forma que eliminarme completamente de tu vida. Si no lo hubiera hecho, sabía que solo te alejaría más.

No puedo discutir su razonamiento. Hubo innumerables veces que pensé en huir de Nueva York. Habría sido más fácil que quedarme en el lugar que contenía tantos recuerdos de nosotros dos. Pero estaba tratando de construir una vida aquí. Me había construido una, incluso si ya no incluía a Nick.

Incluso si mi corazón se rompía un poco más cada día que pasaba separada de él.

—¿Por qué esperaste tanto para decirme todo esto? Podrías haberme perseguido en París. Podrías haberme obligado a escuchar, pero no lo hiciste. Ni siquiera lo intentaste.

—Lo intenté, Avery. —Sus cejas oscuras se fruncen sobre su mirada sobria—. Te perseguí. Llegué hasta el aeropuerto. Intenté abrirme paso a la fuerza por seguridad para tratar de alcanzarte antes de que te fueras. —Exhala una breve respiración—. Le tiré un golpe a uno de los soldados que me bloquearon el paso en la puerta. Él me golpeó en la cara con su puño, luego él y otros tres guardias armados me derribaron. Pasé la noche en un hospital de París con la mandíbula fracturada.

Escucho, dividida entre el asombro de que realmente me siguió hasta el aeropuerto y la preocupación por lo que arriesgó al tratar de alcanzarme. —Los soldados a los que golpeaste podrían haberte enviado a la cárcel en lugar del hospital, Nick. Dios, podrían haberte matado.

Lo descarta con poco más que una mirada inexpresiva. —Te perseguí, Avery. No iba a dejarte ir sin que me escucharas. Pero más tarde, acostado en el hospital después de que estuvieras de vuelta

en Estados Unidos, supe que era mejor para ti que te hubieras ido. París se suponía que sería un nuevo comienzo para nosotros. Pensé que todavía podría serlo para ti, pero eso significaba dejarte libre. Me mantuve fiel a esa promesa este último año. Y luego te vi en esa recepción la otra noche.

Mi corazón late con fuerza en mi pecho mientras él se acerca a mí. Sabe que no lo detendré ahora. Sabe que lo necesito tanto como él me necesita a mí. Con nada más que un aliento para separarnos, lleva su mano hacia arriba, asentándola cálida e íntimamente alrededor de mi nuca.

No estoy segura si él me atrae hacia él o si me deslizo allí por instinto y anhelo. Apenas importa, porque en ese próximo momento, su boca desciende sobre la mía. Gimo mientras me besa, incapaz de negar la expresión visceral de mi anhelo... y mi alivio.

Su toque se siente demasiado bien en mi piel, sus labios sobre los míos tan dolorosamente familiares y bienvenidos.

Dios, ¿qué estoy haciendo?

Ya me ha roto el corazón una vez.

Me ha destrozado.

Sin embargo, aquí estoy, lista para la ruina una vez más.

Gimo de nuevo, pero esta vez es un sonido de dolor. Mis manos se levantan entre nosotros, presionando contra los firmes planos de su pecho.

—No puedo hacer esto. —Me alejo de él, mis labios todavía hormigueando y húmedos por su beso. Quiero más de él. Lo quiero con una ferocidad que me aterroriza—. Nick, no estoy lista para esto de nuevo. T-tengo que irme.

Giro y doy un paso hacia la puerta abierta. Los dedos de Nick se cierran suavemente alrededor de mi muñeca. —No huyas, Avery. Por favor. —Su voz es áspera por la excitación y algo que apenas reconozco en él. Miedo. Vulnerabilidad—. Por favor, no huyas de mí de nuevo.

No se resiste cuando me retiro de su agarre, pero sus ojos azules oscurecidos me imploran que me quede. —Simplemente no puedo,

Nick. No estoy huyendo, pero necesito tiempo. Necesito pensar en todo esto... en lo que todo esto significa. No puedo hacerlo cuando me estás tocando, cuando me estás besando.

—Entonces pararé.

Exhalo una suave risa. —Tú y yo sabemos adónde irá esto si me quedo más tiempo.

—¿Estás diciendo que no puedes resistirte a mí?

Un fantasma de una sonrisa juega en el borde de su boca pecaminosa, la primera chispa real de humor —de luz— que he visto en él desde que llegamos aquí. Es tentador ceder a ello, ceder a él. Pero debo ser cautelosa esta vez. Tengo que proteger mi corazón.

Mi tonto y temerario corazón que me insta a volver a los brazos de Nick y al diablo con las consecuencias.

Pero mi cabeza es más fuerte ahora.

Apenas.

—Tengo que irme, Nick.

Mantiene mi mirada mientras deja caer lentamente sus manos a sus costados. —¿Volverás?

Volver a él, quiere decir. La verdad es que no sé si estoy lista para eso.

No estoy segura de si alguna vez lo estaré.

Pienso en el dolor que me causó. La angustia que vino de amarlo, de creer que podía confiar en él, que no tenía ninguna razón para ocultarme nada. Pensé que era la única con secretos condenatorios que podrían destruirnos.

Pero no puedo pensar en el dolor que Nick me causó sin reconocer el placer también. La pasión que todavía pulsa entre nosotros ahora, solo esperando encenderse.

¿Valdrá el riesgo de volver a lastimarse la promesa de todo lo demás que podríamos tener? No estoy segura. No puedo saber nada con certeza mientras Nick me mire como si fuera la única mujer en el mundo. La única mujer que quiere, necesita... ama.

Me alejo más de él, desesperada por la distancia física.

—No estoy huyendo de ti, Nick. Pero no sé si puedo volver. No como éramos antes.

Asiente gravemente, algo en sus ojos cerrándose ahora. Busco las palabras correctas, pero estoy demasiado conmovida para articular todo lo que estoy sintiendo. Y por encima de todo está la confusión. Miedo. Una necesidad de tierra firme.

—Trata de entender —murmuro débilmente—. Solo... tengo que irme.

Siento su calor detrás de mí mientras salgo al pasillo de la galería, pero no me detiene.

Afortunadamente, se queda adentro mientras camino tranquilamente hacia la puerta. No verá que me pongo a correr apresuradamente tan pronto como estoy fuera de su vista.

No sabrá que hay lágrimas calientes atascando mi garganta y ardiendo en mis ojos mientras la cacofonía de la ciudad me envuelve.

9

TRES NOCHES DESPUÉS, TODAVÍA estoy tratando de decidir cómo me siento acerca de todo lo que Nick dijo. Aún trato de convencerme de que hice lo mejor, lo único sensato, al decirle que necesitaba tiempo separados para pensar, para procesar.

Quizás nunca entienda completamente lo que hizo. Sé que jamás podré comprender por qué fue mi pintura, mi rostro, lo que lo cautivó tan completamente. ¿Alguna vez tendrá sentido para mí que Dominic Baine, un hombre que puede tener cualquier cosa y a cualquier persona que desee, de alguna manera eligiera amarme a mí?

No, estoy segura de que nunca llegaré a entenderlo.

En cuanto al resto, desearía poder fingir que no sé nada sobre ese lugar oscuro en el que Nick estuvo esa noche, borracho y solo en su oficina privada en la parte trasera de la galería. Pero sí lo sé. Sé lo que es sentirse rota. Sentirse irremediablemente dañada. Enojada y sin esperanza. Vacía.

Lo sé porque yo también he estado ahí.

Si Nick nunca hubiera entrado en mi vida, quizás todavía estaría ahí.

De no ser por él, tal vez seguiría perdida, aún huyendo del pasado que casi me destruyó. Aún temerosa de creer que mi vida

alguna vez mejoraría, que alguna vez podría ser feliz.

O digna de ser amada.

Independientemente de sus motivos, Nick me ha dado más que cualquier hombre que haya conocido. Lo amo con cada fibra de mi ser, y sin embargo estoy permitiendo que el miedo y la inseguridad abran una brecha más profunda entre nosotros.

Pensé que el tiempo lejos de él sería más fácil para mí. Debería haber sabido que nunca es fácil estar separada de Nick. Un año entero de práctica no fue suficiente la primera vez. Ahora que sé que todavía se preocupa por mí, después de escucharlo decir que aún está enamorado de mí, el único lugar donde realmente quiero estar es de vuelta en sus brazos.

—Dios, soy una idiota.

De pie junto a mí en un resplandeciente salón de baile de hotel lleno de la élite vestida de gala y esmoquin de Manhattan, mi amiga Lita levanta las cejas mientras me mira por encima del borde de su copa de champán.

—¿Una idiota por traerme como tu cita a esta elegante fiesta? No digas que no te advertí. Esta no es exactamente mi gente.

Es verdad, ella estaba reacia a venir conmigo. Quejándose de que no tenía nada adecuado para usar en la subasta de la fundación de Kathryn Tremont en el elegante hotel de cinco estrellas, Lita está absolutamente hermosa con un vestido negro de estilo vintage hasta la rodilla, con mangas de gasa que cubren sus brazos tatuados en un velo de misterio, y zapatos de tacón delicado. El atuendo, me informó cuando nos encontramos fuera del hotel esta noche, es en realidad un vestuario de teatro que consiguió prestado de un amigo diseñador que trabaja en off-Broadway.

—Tú no eres el problema —le digo—. Y te ves increíble, por cierto. Gracias de nuevo por acompañarme esta noche con tan poco aviso. Realmente no quería venir sola.

Ella me mira con ojos entrecerrados mientras tomo un sorbo de mi copa.

—¿Entonces qué pasa? ¿Estás teniendo dudas sobre terminar con Brandon?

—No, no es eso. Terminar con Brandon es la única decisión inteligente que he tomado en los últimos días.

—Inteligente y atrasada —dice ella—. Parece un buen tipo y todo, pero ustedes dos no tenían mucho sentido juntos si me preguntas.

Concedo con un pequeño asentimiento.

—Tienes razón en ambas cosas. Él lo aceptó totalmente cuando le dije que no quería seguir viéndolo. Y como no parecía sorprendido ni molesto, solo confirmó que estaba tomando la decisión correcta para ambos.

Lita inclina su copa hacia la mía.

—Brindemos por tomar decisiones inteligentes.

Ambas bebemos, pero ella todavía me mira expectante.

—¿Qué?

—Casi me da miedo preguntar dónde entra la parte de la idiotez —sus labios teñidos de rojo rubí se fruncen por un instante—. Ay, mierda. Dime que esto no tiene que ver con Dominic-jodido-Baine.

En ese mismo momento, algunas de las amigas de la sociedad de Kathryn pasan junto a Lita y a mí en su camino para circular entre otros invitados. El grupo de glamorosas mujeres mayores se detiene para saludarme, deteniendo temporalmente la lectura que estoy segura viene de parte de mi amiga.

Lita sonríe y estrecha manos educadamente mientras las presento, pero no pierde el ritmo una vez que estamos solas nuevamente.

—¿Te has vuelto a meter en la cama con ese imbécil? Porque entonces estamos hablando de decisiones idiotas.

—Nick no es un imbécil —suspiro resignada—. Bueno, a veces lo es. Pero ese no es el punto. Y no, no me he acostado con él.

—Pero quieres hacerlo y eso es casi tan malo —entrega su copa vacía a un camarero que pasa y luego cruza los brazos, estudiándome como si hubiera perdido la razón—. Todavía lo amas, ¿verdad?

Me encojo de hombros y bebo el último sorbo de mi champán.

—¿Qué pasó con eso de "lo superé, seguí adelante, fin de la historia"?

—No lo superé, no seguí adelante y... tal vez no es el fin.

—Idiota —Lita pone los ojos en blanco, pero también se está riendo—. Y ahora acabas de costarme cincuenta dólares con Matt.

Mi boca se abre de par en par.

—¿Ustedes dos apostaron sobre si volvería con Nick?

Ella levanta las manos en señal de rendición fingida.

—Oye, lo del dinero fue idea de Matt. Yo quería que él limpiara el estudio durante un mes si yo ganaba.

Resoplo a pesar de mí misma.

—Idiotas.

Lita sonríe.

—Sí, ¿pero qué harías sin nosotros?

Todavía estamos riendo cuando siento que una palma fuerte y cálida se posa en el centro de mi espalda. Una mano masculina, sin duda. Dado el pasado enredado y acrimonioso de Nick con Kathryn Tremont, no espero verlo cerca de este evento, pero eso no impide que mi corazón dé un salto de sorpresa, de esperanza moderada, mientras giro la cabeza para ver quién está detrás de mí.

El hombre alto y de hombros anchos, con el pelo largo y ondulado castaño y la sonrisa lenta y sexy que ahora está dirigida a mí, no es Nick, pero aún así me alegra verlo.

—¡Jared! Hola.

—Avery —se inclina y besa mi mejilla—. Siempre es un placer verte, cariño —dice con su suave acento sureño. Enmarcados por pestañas espesas, sus ojos color melaza me observan sin un rastro de vergüenza—. Kathryn mencionó que vendrías esta noche. Desafortunadamente, también mencionó que estabas viendo a alguien. ¿Cuál de estos monos con esmoquin es el tipo afortunado?

No puedo evitar sonreír ante el encanto relajado de chico malo de Jared. Al mirarlo, sería fácil confundir al hombre musculoso y rudamente apuesto con un modelo de jeans o un vaquero

desplazado en busca de diversión en la gran ciudad, pero el talento de Jared Rush supera con creces su apariencia derrite-bragas.

Un reconocido pintor cuyos retratos atrevidos alcanzan millones, Jared también es un amigo cercano de Kathryn Tremont. De hecho, ella posó para él hace años cuando pintó *Beauty*, el retrato sin concesiones e íntimo de ella que se exhibe en Dominion.

—Supongo que yo soy el tipo afortunado —suelta Lita—. Quiero decir, no que sea un tipo. Y no es que Avery y yo estemos saliendo ni nada. Solo estamos juntas por esta noche. Pero no juntas-juntas. Mierda —hace una mueca, hundiendo los dientes en su labio como para detener el flujo incontrolado de palabras que salen de su boca. Torpemente, aclara su garganta—. Somos amigas.

Jared se ríe. Miro a Lita con los ojos muy abiertos y divertidos. Es raro ver a mi amiga ruda desconcertada. Y aunque Jared tiene ese efecto en la mayoría de las mujeres, sospecho que el asombro de Lita es más de naturaleza profesional.

Todavía sonriendo, hago las presentaciones.

—Jared Rush, esta es mi buena amiga y también artista Lita Frasier. Compartimos espacio de estudio en East Harlem.

Él extiende su mano hacia ella.

—Lita, un honor conocerte. ¿No eres tú la artista comisionada para hacer la escultura del vestíbulo del edificio Dektech en Brooklyn Heights?

Su mandíbula cae.

—Yo... um, sí. Lo soy. Es decir, lo era. Yo, eh, como que renuncié hoy.

La miro boquiabierta.

—¿Qué hiciste? —Sé lo emocionada que estaba por conseguir ese trabajo de alto perfil, lo inmersa que había estado en la obra de arte original que diseñó para el nuevo edificio de oficinas de Derek Kingston—. Lita, ¿qué pasó?

—Digamos que los parámetros del proyecto cambiaron a mitad de camino y no puedo trabajar así —me da una mirada que dice mucho. También me advierte que no quiere discutirlo frente a Jared.

—Lamento oír eso —dice él, y luego esboza una sonrisa arrogante—. No conozco personalmente a Kingston, pero he oído que puede ser un tirano para trabajar con él.

—Cuando no está comportándose como un absoluto niño pequeño —murmura Lita.

Jared se ríe.

—Recuerda, estamos hablando de un hombre que ha pasado de estrella de rock mundialmente famosa a CEO multimillonario de tecnología prácticamente de la noche a la mañana. Supongo que niño pequeño y tirano son dos caras de la misma moneda.

Lita resopla.

—Sí, bueno, Derek tendrá que intentar cobrar esa moneda con alguien más. Yo me retiro.

—Su pérdida, seguramente —dice Jared. Me mira, dirigiendo ahora el impacto total de esa sonrisa de megavatios hacia mí—. ¿Estarás por aquí después de la subasta? Tengo que ir a hacer de maestro de ceremonias para Kathryn ahora, pero me encantaría la oportunidad de ponernos al día. Vendré a buscarte.

No espera a que le responda. Con el típico encanto y arrogancia de Jared, le dice a Lita que fue un placer conocerla, y luego se dirige al escenario, los grupos de asistentes a la subasta abriéndole paso mientras camina por el centro de la multitud reunida.

—Wow —murmura Lita después de que se ha ido—. Así que ese es Jared Rush.

—Ese es él —la miro, frunciendo el ceño—. ¿Quieres contarme qué pasó entre tú y Derek Kingston hoy?

—No realmente —me da una mirada exasperada—. Sabes que lo haré. Pero primero, el baño, ¿de acuerdo? Me va a tomar diez minutos tan solo averiguar cómo hacer pis con este vestido.

Salimos del salón de baile y en lugar de girar a la izquierda fuera de las puertas donde docenas de otras mujeres se dirigen, llevo a Lita en la otra dirección, hacia un pasillo tranquilo fuera del camino habitual.

—¿Estás segura de que vamos por el camino correcto? —pregunta mientras doblamos una esquina y el bullicio de la fiesta se desvanece detrás de nosotros.

—Un beneficio de asistir a este tipo de eventos con Nick es que también aprendí dónde encontrar las mejores opciones de baño —le guiño un ojo mientras abro la puerta color crema del baño de mujeres y entramos a una bendita paz y tranquilidad extendida ante nosotras en tonos suaves de crema y oro. Lo mejor de todo, sin filas.

Lita sonríe.

—Eres una genio. Ahora ayúdame a bajar el cierre de este maldito vestido antes de que revien...

Un gemido bajo nos interrumpe.

Es un sonido débil, pero angustiado, que viene del cubículo más alejado.

—¿Hola? —llamo. Lita trata de detenerme, pero sacudo la cabeza y camino con cautela hacia el sonido mientras se escucha nuevamente, más dolorido esta vez. Tras él, una respiración entrecortada.

La puerta del cubículo está cerrada, sin espacio debajo y las persianas que forman el panel están ahí para dar privacidad, no mostrando nada del ocupante que claramente está en serios problemas.

—¿Hola? —digo de nuevo— ¿Estás bien ahí dentro?

Una voz pequeña y temblorosa me responde.

—¿Avery?

—Dios mío —miro a Lita alarmada—. Es Kathryn.

Agarro el pestillo de la puerta del cubículo, pero está cerrado por dentro.

—Kathryn, ¿qué pasó? ¿Necesitas tu medicina?

Lita está justo a mi lado ahora, su expresión se ve tan ansiosa e impotente como me siento yo. Sacudo el pestillo nuevamente, pero la maldita cosa no cede.

—Malditos baños de alta clase y sus puertas resistentes —murmura Lita por lo bajo—. ¿Quieres que intente derribarla de una

patada?

Ya se está quitando los tacones. Sacudo la cabeza, frunciendo el ceño. Dentro del cubículo, Kathryn gime de nuevo, más débil que antes. Luego vomita violentamente.

—Mierda, Avery. ¿No crees que deberíamos llamar a alguien para ayudar...

"No." Esta vez es Kathryn quien responde. Su grito ronco está lleno de agonía, pero también es agudo con autoridad.—¡Maldita sea, no llamen a nadie!

Detrás de la puerta cerrada está jadeando, todavía respirando con dificultad por la miseria de su enfermedad avanzada. El inodoro se vacía. Después de un momento, escucho el crujido de una larga falda de seda, el arrastre inestable de un tacón alto sobre el suelo de mármol pulido.

El seguro se libera, luego Kathryn Tremont abre lentamente la puerta del cubículo. No la he visto en un par de semanas, sin embargo, la mujer que estoy mirando ahora parece haber envejecido diez años desde entonces. Su cáncer en etapa avanzada es el culpable. El hermoso rostro de Kathryn está demacrado y ceniciento. Su cabello gris acero, todavía elegante en su moño retorcido, está opaco bajo la suave luz del baño de mujeres. Sus sabios ojos oscuros me sostienen la mirada con una expresión afectuosa, aunque suplicante.

—Estoy bien ahora —murmura detrás del trozo arrugado de papel higiénico que sostiene contra su boca—. Solo necesito un poco de agua... y algo de... aire.

Da medio paso fuera del cubículo antes de que sus rodillas cedan y su cuerpo alto y frágil comience a hundirse hacia el suelo. Lita y yo saltamos a la acción, cada una tomando un brazo y ayudando con cuidado a Kathryn a salir hacia uno de los sofás acolchados en el lavabo contiguo.

Me sorprende la magnitud de su debilidad. Con los ojos cerrados y su cuerpo delgado como un raíl desplomado en el pequeño sofá,

es un crudo recordatorio de lo avanzado que está el cáncer de Kathryn. Lita también lo reconoce.

—Traeré un poco de agua —dice, dejándome para intentar razonar con nuestra inesperada responsabilidad.

Presiono el dorso de mi mano contra la frente de Kathryn. Su piel está húmeda, pero su frente arde. —¿Cómo te sientes? —pregunto en voz baja.

Sus labios pálidos y agrietados se estiran en una sonrisa irónica. —Como si estuviera muriendo, querida.

Intenta sentarse, pero apenas logra levantar los hombros del asiento acolchado. —Necesitas descansar, Kathryn. Sé que no quieres oírlo, pero creo que necesitas ir al hospital.

—¿Para qué? ¿Para que puedan hacerme un montón de pruebas y decirme que me estoy muriendo? —Suelta una risa entrecortada—. Soy un viejo pájaro duro. Me iré cuando esté lista.

Sonrío con tristeza, sacudiendo la cabeza. —Creo que tu terquedad es lo que te ha traído hasta aquí.

—No lo olvides —sus párpados se levantan y veo una pequeña chispa de determinación encenderse en su mirada cansada—. Ayúdame a levantarme ahora. Necesito volver al salón de baile.

Soy escéptica, pero no digo nada mientras Lita trae un vaso desechable con agua del grifo y se acuclilla frente a Kathryn para dárselo. Las manos de Kathryn tiemblan terriblemente, pero logra dar unos pequeños sorbos.

—Muy bien, vamos a seguir con esto —dice, empujando el vaso de vuelta hacia Lita—. Me siento mucho mejor ahora.

La mirada de Lita es tan dudosa como la mía, pero hacemos lo mejor que podemos para ayudar a Kathryn a ponerse de pie. Sus extremidades se sienten sin huesos, poco cooperativas bajo ella. Después de un par de intentos fallidos para ponerse de pie, se hunde de nuevo en el sofá con un suspiro profundo.

—Necesitas estar en cama descansando —le digo—. Si no irás a un hospital, entonces debes dejarme encontrar a alguien que te lleve a casa. ¿Dónde está tu chofer esta noche?

—No puedo irme ahora —murmura, ya desvaneciéndose de nuevo—. Dile a mi chofer que tengo que... tengo que llegar al hotel antes de... que comience la subasta...

—Ve a buscar a Jared —le indico a Lita mientras Kathryn se desmaya—. Explícale la situación y hazle saber que me aseguraré de que llegue a casa. Él tendrá que encargarse de todo el evento esta noche e inventar algún tipo de excusa para cubrir la ausencia de Kathryn. Sabrá qué hacer.

Lita asiente. —¿Estás segura de que no deberíamos llamar al 911 o algo así?

—No hay nada que esa gente pueda hacer por ella —exhalo un aliento irónico, sin humor—. Kathryn Tremont preferiría morir antes que crear una escena con una ambulancia y una camilla llevándola fuera de su propia velada —miro de nuevo a la mujer que se ha convertido en una improbable amiga y confidente para mí—. Me aseguraré de que la cuiden.

Lita me lanza una mirada sobria. —Mantenme informada. Llámame si necesitas algo.

Asiento. —Gracias, Lita.

Después de que ella se va, recupero el bolso de noche de Kathryn de donde lo dejó caer en el cubículo del baño. Su teléfono celular está bloqueado con un código, así que no hay manera de llamar a su chofer incluso si pudiera encontrar el número en sus contactos.

—Mierda —no voy a dejarla sola para ir a buscarlo. Vuelvo a donde ella está desplomada en el sofá, su respiración superficial, su fiebre aún ardiendo bajo mis dedos mientras acaricio suavemente su frente.

Delibero solo por un momento antes de alcanzar mi pequeño bolso y marcar el número que todavía conozco de memoria.

—¿Nick? —murmuro tan pronto como escucho su voz profunda responder—. Te necesito. Por favor, ven ahora.

10

—TRÁELA POR AQUÍ, NICK —Avery me mira mientras cargo a Kathryn desde mi auto hacia la mansión de la Quinta Avenida.

Había estado esperando casi cuatro días para tener noticias suyas, intentando con todas mis fuerzas mantener mi promesa de darle a Avery tiempo y espacio para decidir si aún quedaba algo entre nosotros que pudiera salvarse. Habría ido a verla en cualquier momento, bajo cualquier condición que ella estableciera, pero nada podría haberme mantenido alejado una vez que escuché su voz ahogada por la emoción al otro lado de la línea.

Ni siquiera mi pasado conflictivo con la mujer inconsciente que llevaba sin vida en mis brazos.

Puede que tenga mis razones para desconfiar cuando se trata de Kathryn Tremont, pero es obvio que ella significa algo para Avery. Lo que también es dolorosamente obvio es que la salud de Kathryn está aún peor de lo que imaginaba. No es más que un saco de huesos en mis brazos; la vibrante fuerza de la naturaleza que conocí cuando llegué por primera vez a Nueva York, consumida por el cáncer contra el que ha estado luchando intermitentemente durante casi una década.

En la puerta trasera de la mansión, Avery y yo somos recibidos por un par de miembros del personal, uno de ellos un hombre de

piel olivácea que parece lo suficientemente atractivo como para ser un modelo de pasarela y lo bastante joven como para ser el nieto de Kathryn. La otra asistente es una mujer robusta de mediana edad que viste un pulcro uniforme blanco de enfermera, con su cabello pelirrojo grisáceo recogido en un austero moño en la parte superior de su cabeza.

Los ojos del hombre se abren con alarma tan pronto como nos ven, dejando escapar un pequeño sonido indefenso. La enfermera parece igualmente preocupada, pero no pierde tiempo en ponerse a trabajar.

—Mujer testaruda. Intenté decirle que no estaba en condiciones de salir esta noche —apartando al aparente capricho del momento de Kathryn, la enfermera nos indica a Avery y a mí que la sigamos—. Muy bien, vamos a acostarla y ponerla cómoda para que pueda estabilizarla y revisar sus signos vitales.

Avery camina seriamente a mi lado mientras seguimos a la enfermera a través de la extensa residencia. En lugar de subir al segundo piso donde sé que se encuentran diez dormitorios, nos conducen más allá de un par de altas puertas dobles que se abren hacia el opulento salón en la parte delantera de la casa.

La cámara llena de arte donde Kathryn solía entretener a la élite más selecta de la escena social de Manhattan se ha transformado en una suite hospitalaria privada. La fortuna en pinturas y esculturas aún permanece dentro de la habitación de techos altos, pero el nuevo punto focal es una cama king-size ajustable cubierta con un edredón de seda color champán y flanqueada por máquinas médicas con ruedas y soportes portátiles para sueros. Una mesa abarrotada con suficientes frascos de medicamentos y analgésicos como para abastecer a una pequeña farmacia se encuentra a un lado de la cama.

Cristo. Sabía que la condición de Kathryn era grave, pero no estaba preparado para esto. Mantengo mi conmoción contenida mientras la coloco en el colchón. Al menos, creo que lo hago. Avery

percibe mi reacción tan pronto como nuestras miradas se encuentran.

—Kathryn ha estado viviendo aquí abajo por más de seis meses. Las escaleras han estado fuera de consideración durante mucho tiempo, y el ascensor solo empeora sus náuseas —mientras me alejo de la cama para dejar que la enfermera se haga cargo, Avery me da una sonrisa triste—. Va a estar furiosa cuando se entere de que tuvo que ser cargada hasta su casa como una inválida esta noche.

Gruño, sabiendo que es cierto.

—Especialmente por mí.

—Probablemente —admite, levantando el hombro en un vago encogimiento—. Gracias por estar aquí, Nick. No quise apartarte de tus otros asuntos esta noche. ¿Otra noche tarde con un cliente?

Está mirando mi traje oscuro y mi camisa blanca, que está desabotonada en el cuello. Aunque no lo dice, tengo que preguntarme si está imaginándome cenando con otra mujer como Simone Emmons la semana pasada. Si sospecha que no estoy siendo completamente honesto con ella, es difícil saberlo por todo el cansancio que veo en su rostro.

—Estaba en una videoconferencia con mi equipo en Melbourne cuando llamaste. Estamos en medio de la adquisición de una gran torre residencial allá y algunas de las regulaciones australianas están retrasando todo el proceso. Dejé a Beck a cargo de la reunión y conduje directamente para recogerte.

—Lo siento —murmura—. No sabía a quién más llamar.

—No hay nada de qué disculparse. Los negocios pueden esperar. No quiero que llames a nadie más —cedo al impulso de apartar un mechón de pelo dorado que se riza contra su mejilla—. Estoy aquí para ti, Avery. Eso nunca va a cambiar.

El hecho de que no se aparte me envía una cálida corriente de esperanza. No voy a engañarme pensando que me contactó por algo más que necesidad o desesperación esta noche, pero es un comienzo.

Avery mira hacia la cama, donde la enfermera de Kathryn ha comenzado a atenderla.

—Debería ver si hay algo que pueda hacer para ayudar.

Debería ofrecer hacer lo mismo, pero estar en una habitación tan llena de enfermedad y muerte dolorosa y prolongada es casi demasiado para mí.

Antes de que un montón de viejos recuerdos oxidados tengan la oportunidad de cobrar vida en mi cabeza y me hagan sentir aún más cobarde, asiento a Avery.

—Está bien. Tómate todo el tiempo que necesites. Estaré aquí si me necesitas.

—No tienes que quedarte, Nick. Podría pasar un tiempo antes de que me sienta cómoda dejándola.

—Avery, me quedaré aquí.

Me mira durante un largo momento, luego se da la vuelta y va silenciosamente a la cabecera de Kathryn.

No me detengo en la habitación. El empalagoso aroma de antiséptico ya está taladrando mi cráneo, aunque no es lo suficientemente fuerte como para enmascarar el olor de la enfermedad. Todo ello hace que mi garganta se cierre y que un sudor frío brote en la parte posterior de mi cuello.

Salgo al pasillo y respiro el aire más fresco y frío.

Han pasado aproximadamente trece años desde que estuve dentro de esta casa. Era un chico, apenas tenía veinte años cuando Kathryn Tremont me trajo aquí por primera vez. Nuestra relación fue breve y mutuamente ventajosa. Ella buscaba a alguien nuevo para decorar su brazo en eventos sociales y hacerla sentir viva en la cama. Yo me estaba buscando a mí mismo. Estaba tratando de averiguar en quién podría convertirme en una ciudad que estaba tan lejos de la casa de mi padre en los Cayos de Florida como podía llegar con nada más que una mano útil para trabajar y cien dólares en mi bolsillo.

Fue Kathryn quien me introdujo en este mundo resplandeciente que ahora también habito.

Ella me dio un gusto por las cosas finas. Me presentó a personas que me enseñaron sobre dinero y negocios, aunque no como su igual, sino como el juguetito ignorado que rápidamente aprendió el valor de escuchar y observar. Absorbí cada conversación que escuché. Aprendí todo lo que pude de los ricos y arrogantes cabrones que hablaban tan abiertamente a mi alrededor en las fiestas de cóctel como lo hacían con cualquier otro asistente de servicio sin importancia.

Yo también quería ser uno de esos ricos y arrogantes cabrones. Quería ser lo más diferente posible del niño pobre e impotente que era cuando dejé Florida.

Quería pertenecer a esta inmensa e indomable ciudad.

Quería poseerla.

Y estaba tan seguro de que podía hacerlo, hasta el día en que Kathryn, sin darse cuenta, invitó a mi pasado a atormentarme. Para ser justos, sé que ella no se daba cuenta de lo profundamente que odiaba mi arte, especialmente entonces. Era un recordatorio de dónde venía, de lo que había vivido. Un recordatorio de todo lo que había perdido simplemente por el mundo jodido en el que había nacido.

Kathryn conocía mi odio por mi padre. Sabía sobre la pelea borracha que tuve con él y las lesiones resultantes que me costaron todo menos el uso más básico de mi mano.

Gracias a la amistad de Avery con Kathryn, ella también sabe todo esto.

Afortunadamente, ninguna de ellas sabe la razón.

Es una vergüenza que pretendo llevarme a la tumba. Joder, apresuraría el viaje antes de permitir que Avery se acerque a la lamentable realidad de mi pasado.

Pensar en esa parte de mi vida me inquieta. Mis músculos se contraen con la necesidad de moverme, de estar haciendo algo, cualquier cosa, en lugar de estar parado revisitando viejos fantasmas que dejé muertos hace mucho tiempo.

Camino de regreso por donde entramos, recordando que hay una terraza junto al comedor formal al otro lado de la extensa residencia. Fuera de las puertas francesas, el aire de la noche de verano es fresco y reconfortante. Lleno mis pulmones con él, tratando de purgar el hedor medicinal que todavía se aferra a la parte posterior de mi garganta.

No soy el único que huyó de la casa. El joven acompañante de Kathryn también está aquí. Me saluda con un gesto desde donde está recostado en una tumbona en la oscuridad, con el extremo ardiente de su cigarrillo brillando en naranja intenso mientras da una larga calada.

—Esos te matarán, ¿sabes?

Un destello de dientes perfectamente blancos mientras sonríe.

—Tarde o temprano, algo lo hará, ¿no? Soy Michael.

—Nick —digo, cerrando la puerta con paneles de vidrio y apoyando mi hombro contra ella—. ¿La conoces desde hace mucho?

Él niega con la cabeza.

—Un par de meses. ¿Y tú?

No respondo. ¿Cuál sería el punto? Este chico no conoce a Kathryn Tremont, y en otro par de meses será reemplazado por una nueva distracción. Si ella dura tanto. Dudo mucho que lo haga.

Lo que significa que Avery volverá a sufrir cuando eso suceda. Su amistad con Kathryn es un hecho que no puedo ignorar más de lo que puedo controlar.

Una cosa que he aprendido sobre Avery es que no puedo evitar que se preocupe por alguien. Su corazón es demasiado grande, demasiado puro.

¿De qué otra manera podría haberme amado alguna vez?

Permanezco afuera por un buen rato, mucho después de que Michael haya terminado su cigarrillo y se haya alejado en la oscuridad para atender una llamada telefónica en privado. Cuando regreso a la casa, Avery me encuentra en el pasillo. Acaba de salir del improvisado dormitorio de Kathryn, su hermoso rostro cansado y demacrado.

—¿Cómo está?

—Despertó durante un par de minutos, pero ahora está durmiendo. Evidentemente, se ha estado exigiendo demasiado planificando la subasta benéfica, tratando de hacer demasiado cuando realmente necesita tomárselo con calma.

Asiento en señal de acuerdo, aunque dudo que Kathryn vaya a suscribirse a ese plan. Solía bromear diciendo que tendría tiempo para dormir cuando estuviera muerta. Después de ver su condición esta noche, no puedo encontrar mucho humor en la idea.

—Su fiebre sigue bastante alta —añade Avery—. Tiene mucho dolor, más del que ha estado admitiendo. Su enfermera acaba de darle morfina para aliviarla y ayudarla a relajarse durante la noche.

—Lo siento —es todo lo que se me ocurre decir. No soy bueno en estas situaciones bajo circunstancias normales, sea lo que sea eso. Ver a Avery luchar para lidiar con esto solo me hace sentir aún menos capacitado para enfrentar la enfermedad de Kathryn—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Me mira con ojos cansados, llenos de dolor.

—¿Me llevarías a casa ahora?

—Por supuesto, puedo hacer eso —extiendo la mano, ahuecando mi palma contra su mejilla—. Vamos.

Apenas nos subimos al auto cuando el teléfono de Avery suena con una llamada entrante. Me tenso, temiendo que sea la enfermera de Kathryn con peores noticias. La realidad es solo ligeramente mejor.

—Jared, hola. Lo siento, olvidé llamarte.

La voz de Jared Rush es un murmullo bajo e indistinto al otro lado de la línea. No me gustan los celos que se encienden en mí. La sospecha de que uno de mis viejos amigos aparentemente tiene una línea directa con la mujer que amo.

—No está bien —le dice Avery, con un temblor en sus palabras—. Jared, no me di cuenta de lo rápido que está empeorando. No estoy lista para despedirme de ella.

Mis manos agarran el volante mientras me incorporo a la autopista que nos llevará a Queens. Ha comenzado una lluvia constante, golpeando contra el techo. Bajo el golpeteo incesante, oigo a Jared ofreciéndole consuelo silencioso a Avery, garantías indistintas que suenan sinceras y sentidas. Hablan por unos minutos más, su tono sobrio, trémulo de emoción. Luego ella se despide tranquilamente, prometiendo llamarlo nuevamente mañana.

—Ese era Jared.

—Eso entendí —sueno molesto, pero no puedo evitarlo.

—Va a visitar a Kathryn por la mañana y me hará saber cómo está.

Asiento, en silencio mientras giramos en la calle de Avery en Forest Hills. La lluvia ha aumentado ahora, golpeando el parabrisas y creando un ruido estruendoso sobre nuestras cabezas. Estaciono en la calle frente a su casa, pero dejo el motor encendido.

—Vamos. Te acompañaré hasta la puerta.

Ella comienza a protestar, pero yo ya estoy saliendo de detrás del volante. Me dirijo a su lado y la ayudo a salir, quitándome la chaqueta del traje para sostenerla sobre su cabeza mientras corremos por el corto camino hacia su puerta principal.

Se gira para mirarme en el porche, bajo el alero a dos aguas.

De repente, me alegro por el ruido de la lluvia. Llena el vacío de todo lo que quiero decirle ahora mismo. Cosas posesivas y exigentes que no tienen lugar aquí esta noche.

Que ella es mía. Que no puedo esperar ni un maldito minuto más para saber si todavía tengo una oportunidad con ella o si la he perdido para siempre. O peor, ¿podría perderla ante un mujeriego como Jared Rush?

No puedo decirle que estoy perdiendo la cabeza sin ella. Que lo que quiero más que nada es llevarla a su cama y quitarle todo el dolor, el miedo y la pena que está sintiendo, incluso si solo me permite volver por esta noche.

No estoy seguro de tener el honor que va a hacer falta para dejarla ahora mismo. Pero quedarme un momento más sería

aprovecharme de su vulnerabilidad, de su confianza equivocada en mí, algo que ya he hecho bastante.

—Nick —sus ojos nadan con lágrimas no derramadas y confusión mientras me mira.

No espero a que diga nada más. No me atrevo.

—Tengo que irme.

Presiono un beso breve y tierno en sus labios entreabiertos. Luego corro de regreso a mi auto esperando antes de que tenga la oportunidad de cambiar de opinión.

11

CIERRO LA PUERTA Y me apoyo en ella con un suspiro pesado después de que Nick regresa a su auto.

¿Qué dice de mí que pueda pasar dos horas cuidando a mi amiga con enfermedad terminal y sin embargo llegar a casa sintiéndome miserable cuando Nick prácticamente me deja en la puerta de mi casa? Me siento a la deriva en mi propia casa, sola con mis pensamientos y mi preocupación por la amiga que ya siento que se está alejando de mí.

Es demasiado tarde para llamar a Tasha o a mi mamá, y cuando llamé a Lita desde la casa de Kathryn para actualizarla sobre la situación, me informó que había tomado un taxi desde la subasta y se dirigía a dormir.

Ahí es donde yo también debería dirigirme. Eso es, si tuviera alguna esperanza de irme a la cama y no quedarme acostada durante las próximas horas pensando en Nick.

Deseándolo.

Necesitando esa clase de satisfacción y consuelo que solo he sentido en sus brazos.

Tomo mi teléfono, mis dedos pican con el impulso de marcar su número. Podría pedirle que regresara. Sé que lo haría. También sé

que si lo hubiera invitado a entrar a mi casa esta noche, a mi cama, estaríamos cruzando un umbral sin vuelta atrás.

Si intentamos volver el uno al otro de nuevo y fracasamos, será por última vez. Por mi propio bien, por mi cordura, tendría que ser así.

Por mucho que desee tener la fortaleza de Nick para apoyarme, no estoy segura de estar lista para enfrentar tanta finalidad en una sola noche.

En lugar de eso, subo a darme una ducha e intentar relajarme. Unos minutos bajo el agua caliente calman mis músculos cansados. Lava las lágrimas que me negué a derramar frente a Kathryn.

Lo que no calma ni lava son mis pensamientos sobre Nick.

Mi anhelo de estar con él.

Esos sentimientos se aferran a mí mientras me envuelvo en un kimono corto de seda y camino descalza por la alfombra de mi habitación para cerrar las persianas. Afuera todavía está lloviendo a cántaros, la lluvia golpea húmedamente contra las ventanas y barre en oleadas la calle de abajo.

La calle donde el BMW negro de Nick sigue estacionado en mi acera.

—¿Qué demonios?

¿Está aquí? ¿Cuándo regresó? ¿O es que nunca se fue?

No importa. Está aquí. Me aparto de la ventana sorprendida, inundada por una euforia egoísta que no puedo negar.

Luego bajo corriendo las escaleras y salgo por la puerta principal, descalza. Sin aliento.

Los charcos en el pavimento salpican contra mis pies mientras rodeo el frente del auto hasta el lado del conductor. Golpeo con la palma de mi mano contra la ventana, un solo golpe que hace que Nick levante la cabeza bruscamente.

Nuestras miradas se encuentran a través del vidrio rayado por el agua. Está sentado en el auto oscurecido, con el motor apagado. Frunce el ceño, sus labios se abren en una maldición silenciosa mientras corrientes de lluvia resbalan por mi nariz y mentón.

La puerta se abre de golpe. Me hago a un lado mientras sale del auto, con una disculpa en su mirada. —No podía irme. Maldición, lo intenté, pero...

No le doy la oportunidad de terminar. Con mis manos sosteniendo su rostro, lo arrastro hacia abajo para encontrarme con su beso. Su gemido de respuesta es animal, lleno del mismo anhelo que corre salvajemente a través de mí.

Quedamos empapados en segundos. Su camisa blanca de vestir se adhiere contra sus anchos hombros y pecho. Mi delgado kimono prácticamente se derrite a mi alrededor. Ninguno de los dos parece notarlo o importarle. Nada puede enfriar la urgencia de nuestro beso.

La boca de Nick se mueve con hambre sobre la mía, nuestros rostros mojados por la lluvia, nuestros labios fusionados y febriles. Sus grandes manos me mantienen cerca de él, una palma extendida en mi espalda, la otra acunando mi nuca bajo el enredo empapado de mi cabello. Sus músculos se flexionan y en un instante ha girado, volteándome para que quede atrapada entre la puerta cerrada del BMW y el calor firme de su cuerpo. Se acerca más, todavía besándome locamente, nuestros cuerpos aplastados juntos en todas partes donde pueden, fundiendo mis suaves curvas con sus duros planos.

Gimo con la necesidad de un contacto más profundo. No tiene caso tratar de negar lo que él me hace. Con solo un beso y ya estoy a su disposición.

Otra vez.

Siempre.

Dice mi nombre como una maldición, murmurándolo bruscamente contra mis labios antes de retirarse para mirarme. El deseo arde en sus ojos y en la dura línea de su mandíbula.

Veo la pregunta en su mirada. La advertencia.

Asiento con la cabeza, la única respuesta de la que soy capaz cuando mi cuerpo está temblando bajo el diluvio, mis sentidos vibrando con la fuerza de mi necesidad.

Nick me besa de nuevo, duro y rápido y ardiente. Sus dedos se entrelazan con los míos y juntos nos apresuramos de vuelta a la casa. Chorreando agua en el centro de mi pequeño vestíbulo, apenas llegamos a los escalones que conducen al piso de arriba antes de que Nick me haga girar para mirarlo, retomando justo donde lo dejamos. Me besa hasta que me siento mareada, hasta que estoy vibrando de excitación.

Siempre ha sido así entre nosotros desde el principio. Una chispa encontrando yesca. Pasión perpetuamente ardiendo y una vez reencendida, consumiendo rápidamente todo a su paso.

Pero no es solo la lujuria lo que nos atrae una y otra vez.

Es una conexión que va más allá de eso. Nick y yo compartimos una necesidad mutua que nadie más puede satisfacer. Lo siento cada vez que miro en sus ojos atormentados y veo un pedazo de mí misma allí. Por muy fuerte e inquebrantable que sea, sé que hay una parte de Nick que también se reconoce en mí.

Siento nuestra conexión ahora, cuando su mirada se fija en la mía y comienza a quitarme el kimono empapado. Baja la cabeza y su boca encuentra la curva de mi cuello y hombro desnudos. Mi piel está fría, pero se enciende en cuanto sus labios me tocan. Me estremezco con necesidad sin vergüenza, enroscando mis brazos alrededor de él mientras sus labios descienden a mis pechos. El trozo mojado de mi ropa cae, llevándose el resto del mundo y todos mis otros pensamientos conscientes.

Dios. Cómo necesito esto. Lo necesito a él.

Esta noche hay el combustible añadido de nuestra separación, todas las noches y semanas y meses que he anhelado sentir las manos de Nick sobre mí de nuevo, su boca sobre mí... su cuerpo duro y poderoso aplastado contra mí, enterrado dentro de mí.

A pesar de todo lo que hemos pasado, todavía existe esto. Siempre existirá esto. Lo sé con tanta certeza como veo esa misma verdad reflejada en sus tormentosos ojos azules. Siempre nos atraeremos así, incluso si duele.

Incluso si nos destruye.

Ahora mismo no me importa nada de eso.

Ahora mismo, todo lo que necesito es a él.

Nick lo entiende. No necesito decir las palabras. Él tampoco tiene que decirme cuán profundamente anhela esto.

Mis dedos luchan por desabotonar su camisa mojada. La tela blanca hecha a medida está pegada a sus brazos y torso musculosos, ralentizando mi búsqueda para llegar a su piel desnuda. Parece igual de impaciente por tener mis manos sobre él. Tirando de los faldones sueltos de sus pantalones, rasga el frente de la camisa con un agudo movimiento de sus muñecas. Los botones de nácar caen sobre la madera como pequeños guijarros.

Su suspiro es irregular cuando lo toco. Con un suspiro bajo, deja caer la cabeza hacia atrás mientras paso mis dedos por su pecho desnudo y abdomen. Cuando me deslizo más abajo, acariciando la cresta acerada de su excitación, un gemido áspero retumba en el fondo de su garganta.

Agarrando mis caderas, me arrastra contra él, los pantalones a medida humedecidos por la lluvia presionan fríamente mi desnudez. Su pelvis se muele contra la mía. La presión y la fricción de su dura erección rotando contra mí hace que mi centro se contraiga ávidamente. Su boca captura el sonido impaciente que hago, mientras sus manos se aferran a mi trasero y me arrastran más profundamente en su abrazo.

Desliza sus palmas por el exterior de mis muslos.

Lo siguiente que sé es que su mano está entre ellos, provocando la húmeda hendidura de mi cuerpo. Mi columna se arquea cuando sus dedos se adentran en la hendidura de mi sexo. Ha pasado tanto tiempo. Pensar que casi me había convencido de que cualquier impulso sexual que tenía se había extinguido el día que dejé París.

Solo estaba esperando esto. Esperando a Nick.

—Oh, Dios —jadeo, estremeciéndome contra él mientras su toque se desliza a través de mi humedad, su pulgar rodando deliciosa y tortuosamente sobre mi clítoris. Cada caricia me tensa más, llevándome hacia un placer que no puedo ni ralentizar ni contener.

Quiero hundir mi cara en su pecho, pero Nick retrocede, observándome. Estudiando cada matiz de mi respuesta.

Como siempre, estoy completamente desnuda bajo su mirada.

Porque incluso después de un año separados, soy suya.

Mi clímax estalla sobre mí sin advertencia. Grito con la intensidad de ello, con la fuerza asombrosa de todo lo que todavía siento por Dominic Baine.

Abro los ojos un momento después y descubro que todavía está observando, aún buscando en mi rostro. Y entre mis muslos temblorosos, sus dedos siguen moviéndose reverentemente dentro de mí.

—Cristo, Avery. Eres tan jodidamente hermosa cuando te vienes —su voz es irregular, tensa de deseo. Con su mano libre, acaricia suavemente mi mejilla y frente—. Quiero estar dentro de ti.

Me presiono contra él, sonriendo hacia su rostro serio. —Yo también lo quiero, Nick.

—No. No entiendes —retira sus dedos de dentro de mí, luego baja su frente para apoyarla contra la mía—. Quiero más que eso. Quiero ser el único hombre que tomes dentro de ti.

—Lo eres —sostengo su mirada seria, incapaz de fingir con él ahora. No puedo mentir dejándole pensar que ha sido fácil para mí sin él. No después de todo lo que me ha dicho.

Todas las mentiras y fingimientos que hemos tenido entre nosotros son parte de nuestro pasado ahora. Si vamos a avanzar, no hay espacio para nada más que la verdad.

—No ha habido nadie más desde ti, Nick.

Gruñe. —Entonces, el Señor Profesor Amable. ¿Realmente no está en el panorama?

Niego con la cabeza. —Nunca lo estuvo, justo como dijiste. Terminé con Brandon el día que tú y yo hablamos en la galería.

—¿Y Jared Rush?

Frunzo el ceño tanto por la pregunta como por su tono celoso, aunque no debería sorprenderme. Cuando estábamos juntos, Nick

prácticamente me prohibió acercarme al encantador artista, aunque los dos hombres habían tenido relaciones amistosas en el pasado.

—Jared y yo somos amigos, eso es todo. Eso es todo lo que seremos —le aseguro—. No ha habido otros hombres desde ti, Nick. Nadie. Ni una vez. No en todo este tiempo.

Veo el sobresalto de asombro cruzar su rostro. Veo el alivio.

—Maldita seas por dejarme pensar que podría haber sido así —exhala, luego murmura una maldición silenciosa—. ¿Sabes cuánto quería olvidarte? ¿Cuántas veces fui a un bar o una fiesta con el único propósito de encontrar alguna mujer sin nombre, sin rostro con la que pudiera acostarme en lugar de atormentarme cada momento despierto con el pensamiento de desearte?

Contengo la respiración mientras habla, arrastrada involuntariamente de vuelta a la realidad. Estoy aterrorizada por lo que va a decirme. No tenía ningún derecho sobre él este último año, pero si confiesa haberse acostado con la mitad de las mujeres de esta ciudad, no sé qué haré. No puedo excluirlo de mi corazón tan fácilmente, pero si sintió tan poco por mí que pudo hacer lo que está describiendo, no sé cómo podré mirarlo y no sentir que estoy enamorada de un extraño.

Levanta mi barbilla, obligándome a prestarle toda mi atención. —Quería poder sacarte de mi cabeza, Avery. De mi corazón. Pero no pude hacerlo. No quería a nadie más. Todavía no.

La esperanza se aferra a mi pecho. —Entonces no...

—Nadie —dice, rozando sus labios sobre los míos—. Ni una vez —un beso tierno en el lado de mi cuello que hace que mi pulso se acelere y mi corazón salte—. No en todo este tiempo.

La alegría surge dentro de mí, junto con un renovado deseo. No puedo contener ninguno de los dos. Echando mis brazos alrededor de su cuello, me lanzo hacia Nick, mis piernas desnudas rodeando su cintura. Nuestras bocas se encuentran con abandono, con hambre feroz.

Me sostiene en alto, sus palmas y antebrazos soportando mi peso. Y luego de repente estamos en movimiento, ascendiendo por

la escalera que conduce a mi dormitorio en el segundo piso.

Nick nunca ha estado en mi casa antes. Nunca ha estado en la cama de tamaño queen que parece muy pequeña cuando me deja en el borde y se para frente a mí para terminar de desvestirse.

Se desnuda con elegante eficiencia mientras lo observo con ojos ansiosos y boca que se hace agua. Es tan increíblemente guapo que casi me olvido de respirar. Conozco cada cresta y plano musculoso de su cuerpo, pero nunca ha parecido más viril que ahora.

Me empuja hacia abajo en el colchón, su cuerpo cubriéndome. Su peso sobre mí es un consuelo tanto como me excita. Me aferro a él, arqueándome debajo de él y ansiando tenerlo profundamente dentro de mí.

Él sabe lo que me hace, incluso ahora. Un año de distancia entre nosotros, pero todavía sabe exactamente cómo tocarme, cómo besarme. Su lengua se hunde profundamente en mi boca, empujando y retirándose, avivando el fuego que apenas se ha calmado del orgasmo que me dio abajo.

Quiero besarlo toda la noche, pero Nick tiene otros planes.

Moviéndose por la longitud de mi cuerpo con sus perversas manos y boca, deja un rastro de fuego a lo largo de mi cuello y a través de mis pechos, luego hacia abajo hasta la poco profunda hondonada de mi vientre. Gimo con la dicha de ello, mi columna vertebral arqueándose fuera del colchón mientras su recorrido continúa hacia abajo. Se detiene en mi hueso de la cadera, trazando el delicado borde con su lengua.

—He estado soñando con saborearte de nuevo durante demasiado tiempo —murmura ásperamente, su aliento rodando caliente y pesado sobre mi piel sensible—. Ábrete para mí, nena.

Cumplo con una exhalación temblorosa, cada terminación nerviosa pendiente de Nick y la palpitante necesidad que pulsa entre nosotros. Tan pronto como mis muslos se separan, él se hunde entre ellos.

—Oh, Dios.

El primer lametazo fugaz de su lengua contra mi sexo se arremolina a través de mí como fuego líquido. Luego otro beso, uno que se demora mucho más, su lengua partiéndose en mi centro, llevándome al borde de una deliciosa locura. Encuentra mi clítoris y el asalto tierno e implacable que libra sobre ese apretado manojo de nervios casi me deshace.

Pero sabe exactamente cuánto darme y justo cuándo retirarse. Este baile es familiar para nosotros. Dar y tomar. Sumisión y exigencia.

Nick es un maestro en todo cuando se trata de mi placer. Sabe precisamente cómo prolongar mi tormento y cuándo liberarme.

Lo que necesito ahora mismo es tenerlo dentro de mí.

Con un gruñido profundo y aprobador besa mi coño una vez más, acariciando y mordisqueando, luego atrayendo el tierno capullo de mi clítoris contra el calor húmedo y caliente de su lengua.

Su mirada entrecerrada se levanta hacia la mía en perversa promesa mientras se lame los labios, que ahora brillan con mis jugos. —Tan dulce y caliente como recuerdo —murmura oscuramente.

Se mueve hacia arriba ahora, cada centímetro de él duro y hambriento y tan hermoso. Me aferro a la sólida masa de sus hombros mientras me cubre, apoyado sobre sus puños a cada lado de mí, sus muslos encajados entre los míos. Su polla siempre ha sido impresionante, pero esta noche parece inmensa.

—Intentaré tomarlo con calma, pero... —sus palabras se cortan con una maldición siseada—. Solo tengo que estar dentro de ti, Avery.

—Sí. Ahora, Nick.

Me estiro hacia él, metiendo mis dedos en su sedoso cabello negro mientras me penetra. La invasión me estira casi hasta el punto del dolor, aunque puedo sentir cuán rígidamente está manteniendo su control.

—Ah, mierda —gruñe entre dientes apretados, temblando con las primeras embestidas profundas—. Se siente tan condenadamente

bien.

—Tú también —me arqueo para tomarlo completamente, para encontrar cada embestida estremecedora de su cuerpo dentro del mío—. Nick, no te detengas.

—Nunca.

Sus ojos están fijos en los míos, negándose a dejarme ir. Me entrego completamente al ritmo que establece para nosotros, encontrando consuelo en su control. Me siento segura cuando estamos juntos así. Me siento protegida.

Incluso después de todo lo que hemos pasado, me siento querida.

Me abro a su beso, encontrando su lengua con la mía mientras reclama mi boca en una unión más caliente y hambrienta que me deja sintiéndome ebria de placer y necesidad.

Su nombre es un susurro tembloroso en mis labios mientras aumenta su ritmo. Cada empuje largo va más profundo que el anterior, sumándose al fuego que está volviendo a rugir dentro de mí. Su boca cubre la mía mientras el primer grito irregular de mi orgasmo erupciona desde el fondo de mi garganta.

No hay misericordia en él ahora, solo necesidad.

Se mece dentro de mí febrilmente, violentamente. Su cuerpo se tensa, temblando con cada golpe rápido de sus caderas contra las mías.

—Ah, Cristo, nena. Estoy cerca. Necesito venirme dentro de ti.

Asiento, más allá de las palabras ahora.

Su liberación se desgarra de él en un grito áspero y una violenta sacudida de su cuerpo.

"Avery." Sus brazos me sostienen firmemente bajo él mientras se vacía dentro de mí en ola tras ola espasmódica. Cuando dice mi nombre de nuevo, lo pronuncia como un mantra. Tal vez una maldición.

Hay una parte de mí que reconoce lo que he hecho aquí. El umbral que no estaba segura de estar lista para cruzar ha sido ahora obliterado.

No sé si Nick me lastimará de nuevo.
Solo sé que lo necesito. Necesitaba esto.
Esta noche necesitaba que fuéramos nosotros.
La mirada en sus ojos me dice que él también.
Y por ahora, eso es suficiente.

12

ES APENAS EL AMANECER cuando abro los ojos y me doy cuenta de que Nick no está.

La decepción me sacude, más intensa de lo que me gustaría admitir. Me incorporo hasta quedar sentada sobre las sábanas frías, con un vacío repentino en el pecho.

Eso es, hasta que veo la camisa de Nick junto con sus pantalones de traje oscuro colgados en mi sillón de lectura en la esquina. Sus zapatos negros de cuero pulido también siguen aquí, perfectamente acomodados junto a mi cómoda.

Entonces, ¿dónde está?

Una rápida mirada hacia el baño contiguo me dice que también se ha duchado. Dios, ¿qué tan profundo habré dormido? Claro, Nick y yo pasamos gran parte de la noche haciendo el amor. Perdí la cuenta de las veces que uno de nosotros despertó al otro con el deseo insaciable de comenzar todo de nuevo. Lo único que sé es que mi cuerpo está adolorido en varios lugares, cada dolor es un sensual recordatorio de todo lo que había estado extrañando desde que Nick y yo nos separamos.

Me levanto de la cama y camino descalza hasta el baño para revisar mi cabello y cepillarme los dientes. Todavía hay gotas de agua en la mampara de cristal de la ducha. El aire húmedo lleva la

tenue fragancia de vainilla de mi jabón y el aroma frutal de mi champú. Hay algo gratificante y familiar, incluso erótico, en la idea de Nick usando mis artículos de baño como si viviera aquí. Sonrío frente al espejo, tomando probablemente demasiada satisfacción en mi reflejo desaliñado y bien complacido.

Después de refrescarme en el lavabo y recoger mi cabello en un apresurado moño en la parte superior de mi cabeza, agarro la camisa de Nick de la silla y me la pongo. El algodón crujiente está seco ahora, pero no hay forma de arreglar la falta de botones en el frente. Sonrío con el recuerdo, sintiéndome juguetona y sexy mientras me enrollo las mangas demasiado largas hasta los antebrazos y salgo del dormitorio para buscar a Nick.

El bajo timbre de su voz llega desde la cocina.

—Creí haber dejado claro este asunto la última vez que hablamos —aunque está hablando en voz baja, no hay duda de la irritación en su tono. No, está furioso—. Sí, entiendo la situación y me importa un carajo. Entonces dile al hijo de puta que yo dije eso mismo. No. No hay nada más que decir al respecto. Tienes mi respuesta y es definitiva.

Mis pasos se detienen justo fuera de la habitación. Me quedo allí en silencio, sintiéndome incómoda e insegura si debería interrumpir. Él gira en ese mismo momento, quizás sintiendo que ya no está solo. Termina la llamada sin despedirse y deja su teléfono en la encimera.

Siento que frunzo el ceño.

—Lo siento. No sabía que estabas al teléfono. ¿Todo bien?

—Solo algunos negocios que necesitaba atender —su boca se curva en una sonrisa pecaminosamente sexy—. Espero no haberte despertado.

—No. Dormí como una roca hasta hace un minuto.

Está prácticamente desnudo, vestido solo con sus bóxers negros ajustados. Ahora que lo veo a la luz del día, está más delgado de lo que recuerdo. Pero sigue estando en forma y fuerte, cada centímetro de él envuelto en músculo bien tonificado cubierto de impecable piel dorada. El deseo pulsa en mí con solo mirarlo.

Me acerco a él, atraída como siempre por el magnetismo de este hombre, pero también por el recuerdo de otra mañana después —nuestra primera— tras mi pernocta no planeada en su ático. También habíamos terminado en la cocina ese día, con Nick vestido solo con bóxers y yo sintiéndome incómoda y nerviosa, ansiosa por escapar antes de sentirme tentada a caer más profundamente bajo su hechizo. No había esperanza de evitar eso, incluso entonces.

Se apoya casualmente contra la encimera, permitiéndome que lo observe a mi gusto.

—Estás usando mi camisa.

—Sí. Era una camisa muy bonita —miro hacia abajo, al frente abierto que expone tanto como cubre—. Es una lástima que esté arruinada.

—¿Arruinada? No desde donde estoy. Nunca se ha visto mejor —sus ojos azules se oscurecen mientras toma un puñado del algodón finamente tejido en cada mano y me jala contra él. Su excitación es inconfundible, presionándose sin vergüenza contra mi vientre—. Te ves lo suficientemente apetecible con mi camisa. O sin ella.

Baja la cabeza hacia la mía y me besa, sus labios cálidos, decididos y sin prisa. Sus manos se deslizan por mis costados y alrededor del dobladillo suelto que roza la parte posterior de mis muslos. Gimo en su boca mientras acaricia mi trasero, sus dedos firmes y posesivos. Su piel desnuda se siente caliente en todas partes donde nos tocamos, su erección dura frotándose contra mí en un ritmo lento que solo me hace anhelar más.

—¿Hambre? —murmura contra mis labios entreabiertos.

—Dios, sí.

—Bien. Yo también —se ríe oscuramente. No es hasta que abro los ojos que me doy cuenta de que está hablando de comida. Con una sonrisa en los labios y un arco divertido de sus cejas, levanta la cabeza de nuestro beso—. Pensé en preparar algo de desayuno para nosotros. Si no te importa.

—¿Te refieres a tomar el control de mi cocina? —finjo una mirada ofendida—. Eso es bastante atrevido de tu parte, señor Baine.

—Creo recordar que te gusta mi cocina. ¿Necesito recordarte que preparo unos huevos Benedict excelentes?

—Lo recuerdo. Pero mi despensa es un poco más modesta que la tuya. En esta cocina la especialidad del desayuno son los huevos revueltos y las tostadas.

Sonríe.

—Eso sería genial. ¿Confías lo suficiente en mí para encargarme del café?

—Solo si sabes usar una prensa francesa.

—Que si sé usar... —murmura. Con una ligera palmada en mi trasero, me suelta para que pueda ir a buscar lo que necesitará de los gabinetes. Toma la jarra de vidrio y el émbolo enrollado de mis manos con una sonrisa—. Señorita Ross, estás a punto de tomar la mejor taza de café de tu vida.

Me río, encontrando tan natural volver a un estado de normalidad con él. Es inquietante lo fácil que es bromear y jugar con él. Surreal mirar de reojo y encontrarlo trabajando a mi lado en mi cocina después de pasar la mayor parte de la noche en mi cama haciendo el amor.

Pongo el pan en la tostadora, luego me ocupo en la estufa con la sartén de huevos mientras Nick se acerca para recoger la tetera humeante. Después de verter agua caliente en la prensa sobre la encimera, regresa para colocar la tetera en el quemador trasero apagado.

Se queda a mi lado, observándome moler sal y pimienta sobre los huevos.

—¿Cuáles son tus planes para hoy?

—Quiero ver cómo está Kathryn esta mañana. Si se siente lo suficientemente bien para recibir visitas, me gustaría quedarme con ella un rato —asiento en dirección al armario junto a él—. ¿Puedes agarrar un par de platos y tazas?

Coloca los platos en la encimera.

—¿Verás a Jared allí hoy?

—No lo sé. Posiblemente —gruñe con desagrado, pero no dice nada. No puedo imaginar cómo podría estar preocupado por Jared o cualquier otro hombre después de anoche. Pero Nick es un hombre posesivo, y me estaría mintiendo a mí misma si intento fingir que no recuerdo lo que es ser receptora de toda esa atención y enfoque masculino primitivo. Lo miro, más divertida de lo que debería estar —. ¿Cómo va la situación del café?

—Totalmente bajo control —dice sin siquiera revisar—. ¿Cuáles son tus planes después de ver a Kathryn?

—Pensé en ir al estudio. Estoy haciendo buenos avances en una pieza que espero terminar esta semana, pero también espero ver a Lita. Anoche me dijo algo en el evento que me ha estado molestando.

—Lita, tu amiga que había captado la atención de Derek Kingston.

—Así es —digo, sorprendida por el hecho de que recuerde una conversación que tuvimos hace más de un año sobre mi amiga y el ex rockero—. Pero fue su arte lo que captó su atención.

Nick sonríe.

—Estoy seguro de que fue así. ¿Qué le hizo ese idiota?

—No lo sé. Lo que sea que haya sido, fue lo suficientemente malo como para hacer que abandonara el proyecto ayer —apago el fuego de la sartén de huevos cocidos, luego unto mantequilla en las tostadas que saltaron mientras hablábamos—. Lita ha estado viviendo y respirando ese proyecto durante meses. Nunca la había visto tan consumida por ninguna otra cosa en la que hubiera trabajado antes, pero ¿de repente decide abandonarlo?

—El tipo tiene fama de ser difícil —dice Nick—. Lamento si tu amiga recibió lo peor de él.

—Yo también. Solo quiero asegurarme de que esté bien.

Asiente, pensativo.

—Y después de hacer eso, ¿qué sigue en tu lista para el día?

—No lo sé.

—Entonces sal conmigo.

—Salir contigo —digo, inclinando la cabeza hacia él—. ¿Me estás invitando a una cita?

—Estoy tratando —la comisura de su boca se tuerce—. Un poco fuera de secuencia, considerando lo de anoche, pero sí, Avery, me gustaría llevarte a salir. A una cita formal.

—¿A qué hora?

—Tú decides. Puedes llamarme más tarde hoy y avisarme cuándo estarás libre.

—¿Y si decido quedarme hasta tarde en el estudio?

—Esperaré.

Entonces, como si el asunto ya estuviera decidido, camina para accionar la prensa de café y llenar nuestras tazas. Sin tener que preguntarme, agrega crema y azúcar a la mía —justo como me gusta— y me la entrega.

Doy un sorbo y maldita sea, tenía razón. Es como si nunca hubiera probado un buen café antes.

—Oh, Dios mío. Este realmente es el mejor café que he probado en mi vida.

Con un encogimiento de hombros de "te lo dije", choca su taza contra la mía.

—Confianza, señorita Ross.

Es un comentario en broma, pero ambos sentimos su significado también. ¿Cuántas veces Nick me dijo esas mismas palabras después de conocernos? ¿Con qué frecuencia me presionó por honestidad y confianza, aunque sabía todo el tiempo que él no me estaba dando lo mismo?

Imprudente.

Eso es lo que fui con él la primera vez. Hay una parte de mí que teme estar cayendo en la misma trampa ahora, poniéndome demasiado cómoda muy rápido. Justificando el dolor que ambos nos hemos causado por el placer que sentimos al estar juntos.

Hay algo peligrosamente confortable en la manera en que se siente volver a nuestros viejos hábitos como si el último año no

hubiera ocurrido. Como si la noche anterior lo hubiera borrado todo y estuviéramos juntos otra vez.

Es inquietante lo mucho que quiero creer que simplemente podemos retomar y continuar lo que teníamos. Aterrador lo rápido que mi corazón está listo para dejarlo entrar de nuevo.

Dejo mi taza y me giro lejos de él para servir nuestro desayuno, que dista mucho de ser gourmet. Nick se coloca detrás de mí, rozando sus nudillos con ternura a lo largo de mi mejilla.

—Te has quedado callada. ¿Estás bien? —cuando solo asiento, pone su taza en la encimera junto a la mía, luego me da la vuelta para que lo mire. Está frunciendo el ceño, pero no es enojo lo que veo en sus ojos—. Si esto va demasiado rápido para ti... Si te incomoda tenerme aquí, dímelo. Me iré.

—No. No es eso. Y no quiero que te vayas.

—¿Entonces qué? —suena verdaderamente preocupado, como si yo fuera quien tiene el poder de herirlo—. Avery, si crees que lo de anoche fue un error...

—No lo fue —suspiro, negando con la cabeza—. Lo de anoche se sintió demasiado bien para ser un error. Todo esto, estar contigo de nuevo así... se siente demasiado bien para ser un error.

—Porque no lo es —su tono es tan resuelto como su toque es gentil. Acuna mi rostro entre sus palmas, buscando mi mirada—. No dejaré que esto sea un error. No esta vez. No si puedes perdonarme por lo que he hecho.

—Yo también hice cosas terribles. Te mentí sobre muchas cosas y tú me perdonaste.

—Sí. Porque entendí que mantuviste todas esas cosas ocultas para protegerte. De tu pasado. De las personas que aún podían hacerte daño. Y, sí, incluso de mí —su pulgar traza mis labios—. Te perdoné porque te amaba, Avery. Todavía lo hago. Cristo, haría cualquier cosa por ti.

Cierro los ojos por un momento, dejando que las palabras penetren.

—Dime que me crees —dice en voz baja.

—Te creo, Nick —paso mis dedos por su cabello negro como la tinta, incapaz de evitar tocarlo—. Y yo también te amo.

Exhala, un sonido de alivio. De esperanza.

—¿Puedes perdonarme?

—Ya lo he hecho.

—Pero no confías en mí.

—Quiero hacerlo, Nick —mi mente se llena con todas las razones que tengo para ser cuidadosa, para estar alerta con él ahora. Ambos llegamos al otro a través del engaño, sin importar cómo cualquiera de nosotros necesite racionalizar nuestras acciones o justificar nuestros motivos. Ambos tenemos nuestras excusas. Tenemos nuestros demonios por matar. Pero si esto va a funcionar —si tenemos alguna posibilidad de durar— entonces tenemos que reconstruir sobre una base de verdad.

—Avery, dime qué necesito hacer.

—No más secretos. No más juegos o luchas de poder —niego con la cabeza, dándome cuenta de que mi ultimátum podría terminar con esto incluso antes de que vuelva a comenzar. Pero es la única manera. Cualquier cosa menos sería ya una mentira—. Necesito honestidad de tu parte esta vez, Nick. Necesitas dejarme entrar. Necesitas confiar en mí. Si no puedes darme eso...

—Puedo —dice, su voz intensa con emoción—. Lo que sea, Avery. No voy a perderte de nuevo.

—Más te vale decirlo en serio.

Asiente solemnemente.

—Cada palabra.

Entonces me besa, acercándome y manteniéndome allí durante mucho tiempo. Cuando nos separamos, miro hacia arriba, a unos ojos azul océano que se han vuelto tormentosos con el deseo. El mismo deseo que arde dentro de mí.

Nick me besa de nuevo, lento y profundo.

Empuja su camisa de mis hombros y cae sobre el piso de baldosas a cuadros de mi cocina.

Nuestro desayuno estará frío, pero no me importa. Ni siquiera puedo lamentar la fenomenal taza de café que no beberé después de todo.

No cuando tengo la promesa de Nick para aferrarme y sus brazos alrededor de mí.

Ahora mismo no hay nada más que necesite.

13

TODAVÍA ESTOY PENSANDO EN Avery cuando mi abogado personal Andrew Beckham entra a mi oficina y coloca una pila de contratos y un plano enrollado sobre mi escritorio.

Echo un vistazo a la portada de los papeles y luego miro a Beck. —¿Se aprobó el acuerdo del rascacielos australiano?

Asiente, luciendo arrogantemente seguro. —Me dijiste que buscara grietas en el código regulatorio que estaba obstruyendo la venta. Bueno, encontré una.

Intrigado, me recuesto en mi silla mientras él toma asiento al otro lado del escritorio. He trabajado con Beck durante años, lo considero mi mejor amigo en muchos sentidos. Con su piel marrón oscura y sus llamativos ojos verde pálido, es el tipo de hombre que hace que las mujeres volteen la cabeza cada vez que entra a una habitación. Pero detrás de esos pómulos afilados y esa sonrisa suave como la seda hay una de las mentes más agudas que he conocido.

Afortunadamente para mí, trabaja para Baine International.

—La torre actual ya excede las nuevas restricciones de altura que se aprobaron hace unos años —explica—. Como estamos planeando renovaciones extensas y la ampliación de la huella existente, nuestra solicitud para ser incluidos en la antigua regulación fue denegada.

—Por eso acordamos que no construiríamos hacia arriba —le recuerdo—. Pero nuestro equipo en Melbourne parecía bastante convencido anoche en nuestra conferencia telefónica de que tendríamos las manos atadas para cualquier tipo de expansión.

—Tenían razón. —La boca de Beck comienza a curvarse, elevando las esquinas de su pulcra perilla—. Pero podemos eludir las regulaciones si incorporamos un nuevo espacio comunitario en nuestros planes.

Frunzo el ceño, ya considerando nuestras opciones. —¿Estás hablando de construir un pequeño parque o área de juegos para el edificio?

Beck asiente. —Aumentará el costo total del proyecto, pero lo recuperaremos en menos de diez años simplemente basándonos en los ingresos actuales del edificio. Además, mejoraremos la calidad de vida de los residentes.

—Buen trabajo. —Tomo mi bolígrafo y garabateo mi firma en los acuerdos—. Ahora solo tenemos que averiguar cómo hacerlo realidad.

Él se ríe. —Quieres decir que tú tienes que resolverlo. Yo solo conecto puntos y muevo papeles, amigo.

Ambos hacemos una pausa cuando mi asistente, Lily Fontana, aparece en la puerta abierta. —Disculpen la interrupción. Nick, hay un capataz de un sitio de construcción de YMCA en Nueva Jersey al teléfono. Dice que acaba de recibir un envío de tiradores de cajones y perillas de gabinete y no está seguro de qué hacer con ellos.

Beck y yo intercambiamos una mirada confundida. —¿Por qué nos llama a nosotros?

—Porque el envío está dirigido a ti. Debía entregarse en el sitio de construcción del centro recreativo. El proveedor lo envió al lugar equivocado.

—¿Qué tenemos en el sitio ahora?

El rostro de Lily palidece un poco. —Um, nada. Consulté con nuestro capataz antes de molestarte. Rudy dice que nadie se dio

cuenta de que las piezas no habían llegado todavía. Alguien las marcó como recibidas por error.

No contengo la dura maldición que sale de mi lengua. El centro recreativo es lo primero que he construido desde cero, no adquirido y mejorado o derribado para comenzar de nuevo. Es personal. Más importante para mí que cualquier cosa que haya hecho en los negocios antes.

Así que incluso un error menor como este importa.

—Dile a Rudy que pida las piezas de nuevo. Las recogeré yo mismo si es necesario.

—Ya ha intentado conseguir más. Están en pedido pendiente. No llegarán hasta el próximo mes.

—Increíble. Más de un millón en equipamiento de cocina instalado en ese lugar pero ¿a nadie se le ocurrió revisar los gabinetes? Maldita sea. —Me paso la mano por la cabeza—. Mañana vamos a tener una veintena de reporteros allí para un recorrido privado de prensa antes de la inauguración en unos días. ¿Me estás diciendo que existe la posibilidad de que no tengamos tiradores en los cajones o gabinetes?

—Iré a recogerlos del lugar en Nueva Jersey —ofrece Lily.

—No. Está bien —le digo. Aunque siempre está dispuesta a ir más allá, este es un problema que debo manejar yo—. Me aseguraré de que las piezas lleguen al sitio. De todos modos quiero recorrer el lugar solo antes de que la prensa descienda sobre él.

Ella frunce el ceño. —Lo siento, Nick.

—No es tu culpa. —No, es mía. Debería haber monitoreado el progreso más de cerca. La verdad es que he tenido una preocupación principal durante la última semana más o menos, y esa es Avery. Aunque solo me estaría engañando a mí mismo si intento fingir que he estado completamente concentrado durante todo el año pasado—. Gracias, Lily. Yo me encargaré de esto.

—Está bien. Te enviaré la dirección por mensaje.

Regresa a su escritorio y unos segundos después, su mensaje llega a mi teléfono.

—¿Algo en lo que pueda ayudar? —pregunta Beck mientras toma los contratos firmados y los desliza en una carpeta.

—Sí. —Le lanzo una mirada irónica mientras me levanto—. Prepárate con el dinero para la fianza en caso de que descubra otros desastres cuando llegue al sitio del centro recreativo.

Él se ríe mientras gira y se dirige hacia la puerta.

—Oye, ¿crees que estoy bromeando?

Salgo de detrás de mi escritorio para recoger mi chaqueta del armario. Me la estoy poniendo cuando suena mi teléfono celular. No necesito mirar la pantalla antes de que mi humor sombrío comience a aliviarse. Es el tono de Avery, el que configuré para ella hace más de un año. El que nunca tuve el valor de eliminar en todo el tiempo que estuvimos separados.

—Hola, hermosa. —Hay una pausa al otro lado de la línea—. ¿Avery?

—Hola. —Otra pausa, seguida de su risa suave—. Creo que me va a tomar un poco de tiempo acostumbrarme a escuchar tu voz en mi oído. Especialmente escuchándote decir eso.

Así es como solía saludarla cuando me llamaba, y se siente asombrosamente normal volver a hacerlo. Asiento a Lily mientras paso por su escritorio camino al ascensor.

—¿Dónde estás?

—En el estudio. Llegué hace unos minutos.

Miro mi reloj y presiono el botón para el garaje ejecutivo. Todavía es temprano, aún no son las once. La dejé en casa de Kathryn alrededor de las nueve. —¿Cómo fueron las cosas esta mañana?

—Kathryn estaba despierta cuando llegué. Se sentó en la cama un rato y hablamos durante unos cuarenta y cinco minutos antes de que comenzara a cabecear. —Escucho el optimismo en la voz de Avery, pero también percibo la preocupación—. Pauline, su enfermera, me dijo que hoy se está negando a tomar sus medicamentos para el dolor. Kathryn dice que solo le dan más sueño. Ya sabemos lo que piensa sobre perderse algo.

Gruño en reconocimiento. —Eso es algo que nunca cambiará.

—Espero que no —dice, poniéndose callada y sombría—. En el minuto en que Kathryn deje de preocuparse por no estar en el centro de toda la acción, sabré que es momento de prepararme para lo peor.

Tiene razón en eso. Salgo del ascensor y activo mi auto con un toque del control remoto. El M6 negro emite un pitido en su lugar de estacionamiento cerca del ascensor. —¿Has tenido oportunidad de hablar con tu amiga escultora? Tengo curiosidad por saber qué salió mal con Derek Kingston.

Aunque me resisto a mencionar otra de sus preocupaciones, prefiero alejar a Avery de los temores sobre el avance del deterioro de Kathryn. Diablos, hay innumerables cosas de las que preferiría hablar que no sean enfermedades y muerte.

—¿Qué salió mal? —Avery parece atragantarse un poco con la respuesta—. Se acostaron juntos.

—Ah, carajo. —Me subo al volante de mi auto y enciendo el motor. Luego activo el manos libres, poniendo a Avery en los altavoces. Escuchar su voz envolviéndome es un placer que quiero saborear—. ¿No te dije cuando ella conoció al tipo que no debería involucrarse con él?

—Sí, lo hiciste. De la misma manera que mucha gente que conozco intentó advertirme sobre ti.

Frunzo el ceño mirando el espejo retrovisor mientras salgo del estacionamiento. Aunque tenía que concederle ese punto, eso no significaba que estuviera de acuerdo. —Nuestra situación es diferente. Tú y yo somos diferentes.

—Ella está enamorada de él, Nick. No creo que se dé cuenta todavía, pero puedo verlo. Lo veo en sus ojos cuando habla de él. Incluso cuando insiste en que es el hombre más irritante que ha conocido.

—Tal vez necesito tener una conversación con Kingston, cara a cara —sugiero—. Asegurarme de que entienda que si lastima a esta mujer tendrá que responderme a mí. Di la palabra y me dirigiré a Brooklyn Heights en este mismo momento.

Ella se ríe. —¡Ni se te ocurra! Además, no lo encontrarás en la sede de Dektech. Acaba de salir del estudio con Lita. Fueron a algún lugar para hablar. Al menos, eso es lo que dijeron que iban a hacer. Personalmente, creo que tienen otros planes además de solo hablar.

—Me parece bien. ¿Cuáles son tus planes para el resto del día?

—No lo sé. —Puedo sentir la sonrisa en su voz—. ¿Tienes alguna idea?

—Cientos. —Incluso mientras hablo, ya estoy ignorando la ruta del GPS hacia Nueva Jersey, dirigiéndome en cambio al estudio de Avery en East Harlem—. Pasaré a recogerte en quince minutos.

14

—CUANDO DIJISTE QUE QUERÍAS llevarme a una cita apropiada hoy, Nick, debo admitir que no estaba imaginando herrajes de cocina y Hoboken, Nueva Jersey.

Le lanzo una mirada a Avery en el asiento del pasajero mientras nos acercamos al final del Túnel Lincoln de regreso a la ciudad. Lleva puesta la misma blusa blanca vaporosa con los hombros descubiertos y los shorts de mezclilla que tenía cuando salimos de su casa esta mañana, su sedoso cabello rubio suelto sobre sus hombros. Se ve etérea sentada a mi lado mientras emergemos del túnel y la luz del sol a través del parabrisas la baña en un resplandor angelical.

Mi ángel. Un milagro que sé muy bien que no merezco.

No puedo resistirme a extender la mano para tocar la aterciopelada curva de su mejilla. —Nos ocuparemos de la cita apropiada esta noche. Esto es solo un recado que necesitaba hacer.

Ella arquea una delgada ceja. —No sabía que Dominic Baine, titán corporativo, hacía personalmente sus propios recados.

—Lo hago cuando importa.

—¿Y una caja de tiradores y pomos de acero inoxidable cepillado es uno de esos momentos que importan?

—Absolutamente.

—Interesante.

Sonrío. —Te dejé con la intriga, ¿no?

Ella no me da la satisfacción de una respuesta, pero veo la pequeña sonrisa que intenta ocultarme mientras mira por la ventana el paisaje de la ciudad. Finalmente, giramos hacia la calle Veinticinco en Chelsea y nos dirigimos hacia una cuadra residencial donde grupos de edificios de apartamentos de ladrillo color canela flanquean ambos lados de la concurrida calle.

Situado entre un grupo de ellos, en una sección del vecindario donde solían estar un par de antiestéticas reliquias de viviendas de los años sesenta, hay un nuevo complejo de ladrillo y vidrio recién construido con una pequeña área de estacionamiento a un lado.

Veo a Avery fruncir el ceño, estudiando el edificio y la pancarta que anuncia la gran inauguración para más tarde esta semana. Ella gira para mirarme, con una expresión de deleite bailando en sus hermosos ojos verdes.

—Oh, Dios mío. Nick, este es el centro recreativo juvenil. *Tu* centro recreativo.

Cuando le conté por primera vez sobre mis planes para el proyecto, apenas eran bocetos y esquemas en papel. Un sueño que había estado tratando de hacer realidad durante un par de años antes de conocerla. —¿Te gustaría entrar y echar un vistazo?

Toda su cara se ilumina. —¡Sí!

Estaciono, luego dejo mi saco en el asiento trasero y tomo la caja de herrajes, colocándola bajo mi brazo mientras nos dirigimos hacia la entrada. Avery prácticamente rebota de entusiasmo para cuando logro desbloquear la puerta y dejarla entrar.

Mientras cierro la puerta tras nosotros, ella avanza delante de mí en el espacioso vestíbulo, sus largas piernas bronceadas llevándola al centro de la habitación. Su cabeza gira desde el brillante piso incrustado con citas motivacionales sobre cómo superar la adversidad, hasta las vigas abiertas del techo adornadas con cometas colgantes que parecen velas hinchadas por el viento, hasta

el mural pintado que recorre toda la longitud de las paredes que recibirán a todos los que entren al centro.

La observo mientras asimila todo, todos los detalles que personalmente seleccioné y supervisé. Cuando me mira, es como si mi orgullo fuera también el suyo. —Esto es increíble, Nick. Este lugar, es todo obra tuya, ¿verdad?

Me encojo de hombros con naturalidad, solo porque dentro de mí algo suave, algo alarmantemente vulnerable, se aprieta con fuerza ante su elogio. Aclaro mi garganta y señalo hacia el mural que es una brillante maraña de árboles, flores, animales y personas, todo conectado por una alegre aleatoriedad de color y florituras abstractas. —Trajimos a niños de los vecindarios cercanos para pintar esto. Quería que la comunidad entendiera que este centro les pertenece a ellos, no a mí.

La voz de Avery es tranquila con asombro sin tapujos. —Esto es asombroso, Nick. Es perfecto.

—No del todo. —Agito la caja de herrajes de cocina—. Solo queda una última cosa por hacer. Ven, te mostraré el lugar.

La llevo a través del vestíbulo central hacia el gran gimnasio. Bancas rodean la cancha de baloncesto de tamaño reglamentario, que está equipada con múltiples aros. Carritos rodantes llenos de una docena de balones nuevos están en una esquina. En la otra hay una colección de colchonetas de lucha libre y redes de voleibol.

Avery toma uno de los balones de baloncesto del carrito y lo rebota unas cuantas veces, sonriéndome. —¿Crees que podríamos venir a ver jugar a los niños alguna vez?

Me río. —Claro. Por un segundo pensé que ibas a pedirme que jugáramos aquí y ahora.

—¿Tienes miedo de que te gane?

—Solo si tengo que jugar con una mano sosteniendo esta caja al mismo tiempo.

Ella se ríe. —Eso suena como un desafío, Sr. Baine.

—Si no tienes cuidado, lo será. —Arrebato el balón en medio de un rebote, agarrándolo con la palma y colocándolo de nuevo en el

carrito—. Hay más para ver. Vamos, Srta. Ross.

Salimos del gimnasio por la puerta trasera cerca de los vestuarios y la sala de fitness completamente equipada. Avanzando por el pasillo, le muestro la piscina de seis carriles del centro y otra sala que se utilizará para clases de aeróbicos y yoga.

Ella me mira mientras nos movemos de un área vacía a la siguiente. —¿Somos los únicos aquí hoy? No veo a ningún trabajador.

Asiento. —La construcción finalizó hace unos días. Excepto por uno o dos elementos finales de la lista de verificación, todo está en su lugar y esperando el corte de cinta esta semana. Mañana vendrán algunos periodistas para fotos y comunicados de prensa, pero ahora mismo tenemos todo el lugar para nosotros solos.

Ella sonríe. —¿Quieres decir que podríamos nadar desnudos en la piscina y nadie se enteraría?

Mi miembro se endurece con rápida y completa atención. —Tal vez deberíamos asegurarnos de que las cámaras de seguridad estén apagadas primero.

Señalo los pequeños dispositivos negros montados en las esquinas superiores del pasillo y las salas de actividades. Avery se ríe y saluda a la que está sobre nuestras cabezas.

—Vamos, te mostraré el resto. —Coloco mi mano libre en la parte baja de su espalda. Luego me inclino hasta que mis labios rozan su oreja—. Volveremos a tu excelente idea sobre desnudarnos después del recorrido.

Pasamos al segundo piso, que alberga un laboratorio de computación y una biblioteca, así como salas de estudio donde los niños con llave de casa y otros jóvenes que necesiten un lugar adonde ir encontrarán sillas cómodas y áreas tranquilas para tareas o simplemente un lugar donde escapar.

Avery lo absorbe todo, mirándome con asombro en su suave mirada y su voz. —Nunca he visto nada parecido.

No ha ocultado su entusiasmo en absoluto desde que comenzamos nuestro recorrido, ni parece aburrirse en lo más

mínimo mientras le he señalado los detalles minuciosos de varios aspectos del edificio y las numerosas actividades que el centro proporcionará.

Estamos parados en una de las acogedoras salas de estudio cuando exhala un tierno suspiro y coloca su mano contra el lado de mi rostro. —¿Tienes idea del regalo que has creado para esta comunidad? Has hecho algo verdaderamente extraordinario aquí, Nick.

Su aprobación me conmueve más profundamente de lo que estaba preparado. Aunque no estuvimos juntos para compartir la construcción real del centro recreativo, recorrerlo con ella ahora se siente como si ella fuera parte de esto conmigo. Se siente natural y correcto que ella y yo compartamos esto juntos, solo nosotros dos.

La beso, saboreando su bondad y el dulce sabor de sus labios. Cómo logré pasar todo el año sin sentir sus labios contra los míos, no tengo idea. No es fácil romper el contacto. Es aún más difícil apartar el pensamiento de hacerle el amor cuando todo lo que quiero hacer es soltar la caja en mi mano y hundirme dentro de ella aquí mismo donde estamos.

Pero no estaba bromeando sobre las cámaras. Están instaladas tanto para la seguridad de los usuarios del centro como por requisitos del seguro.

Gimo y me obligo a apartarme de su deliciosa boca.

—¿Quieres ver más? —Mi voz es grava en mi garganta, toda mi sangre evacuada de mi cabeza hacia el enorme bulto que tensa la cremallera de mis pantalones de vestir.

—Quiero ver todo lo que estés dispuesto a mostrarme, Sr. Baine.

Me río y tomo su mano en la mía. Mientras bajamos en el elevador al piso principal, intento distraerme con el discurso de guía turístico que recitaré para la prensa mañana. —Además de atletismo y estudio, también tendremos clases creativas para los niños. Danza, teatro, arte.

—Suena genial —dice ella mientras bajamos del ascensor.

Asiento. —También tendremos un chef gourmet a mano para cocinar comidas para los niños que las necesiten y para instruir a los que quieran aprender a desenvolverse en una cocina.

Las cejas de Avery se elevan mientras la llevo a un par de puertas batientes y las empujo para abrirlas. Ella se queda mirando por un momento, luego con un jadeo camina más allá de mí hacia la cocina profesional de tamaño industrial diseñada según mis especificaciones personales.

—Carajo.

Ella pasea junto a la multitud de estufas de gas de acero inoxidable, parrillas, hornos y mostradores de preparación que dominan un lado entero de la cocina. En otro lado de la enorme habitación hay un congelador tipo cámara con más metros cuadrados que la mayoría de los apartamentos en este vecindario, y una pared de refrigeradores empotrados con espacio de almacenamiento de alimentos amplio suficiente para alimentar a un ejército.

Dejo la caja de herrajes en un mostrador cercano y la sigo mientras examina cada centímetro cuadrado del lugar. —Pensé que todo este metal reluciente podría parecer frío y clínico para los niños que vengan aquí, así que hice que un artesano viniera y construyera todos los gabinetes de teca y estanterías de despensa.

Ella se acerca a uno, pasando suavemente sus dedos sobre las líneas limpias de un armario. Luego deja escapar una suave exhalación y sacude la cabeza. —No hay forma de abrir ninguno de estos gabinetes o cajones.

Levanto el hombro, mi sonrisa sardónica. —¿Sabes cómo usar un destornillador?

Ella me sonríe. —Creo que puedo manejarlo.

—Bien. Estás contratada.

Voy a buscar un taladro manual y las otras cosas que necesitaremos de una caja de herramientas guardada en el armario del conserje, luego Avery y yo nos ponemos a trabajar midiendo e instalando los herrajes.

Se siente bien tenerla junto a mí, completando algo como equipo. Ella es cuidadosa y exacta, su ojo para el detalle incluso más meticuloso que el mío. Pero no es solo la naturaleza de Avery la que hace que trate esta simple tarea como si fuera la cosa más importante del mundo.

Lo está haciendo por mí.

Veo esa verdad en su mirada cuando terminamos el último cajón y nos paramos a contemplar nuestro trabajo completo. Lo que veo en sus ojos me humilla. Me aturde.

Me hace amarla más de lo que lo hacía incluso antes.

—Mira lo que has hecho, Nick. —Su cálida sonrisa llega profundamente dentro de mí, a un lugar que nadie había tocado antes. No antes de ella—. Es increíble, todo. Sé cuánto significa el centro recreativo para ti. Recuerdo lo importante que era para ti ver esta visión hecha realidad y lo lograste.

Mi pecho se aprieta inexplicablemente ante su elogio porque ella entiende que esto no es solo otro proyecto de construcción para mí. No es otro negocio que podría consumir y reinventar en un esfuerzo por obtener ganancias fáciles. Esto es diferente.

Esto es una parte de mí.

—Has creado algo que va a tener una influencia duradera en toda esta comunidad y en cada niño que cruce sus puertas.

Asiento, pero el movimiento se siente tenso.

Esto es más que un gesto altruista para esta comunidad que está a muchos kilómetros de los caminos de tierra y pantanos de mi juventud. Lo construí para mí también.

Este edificio es el lugar que anhelé cuando era un niño problemático con problemas demasiado grandes para manejar. Es el santuario al que desearía haber podido ir cuando cada otra parte de mi vida estaba girando horrorosamente fuera de control. Cuando sentí que no tenía a nadie a quien recurrir y ningún lugar adonde ir.

Avery no entiende todo de lo que estaba huyendo cuando era niño —los monstruos que he enterrado profundamente en mi pasado — pero cuando miro en sus ojos inquisitivos ahora mismo, sé que

puede ver las fisuras en mi fachada. Ella ve más allá de los trajes, los coches y la riqueza.

Demonios, creo que siempre lo ha hecho, desde el principio.

Sus manos son tiernas cuando se estira para sostener mi rostro. Su mirada captura la mía, negándose a soltarla. Suplicándome que la deje entrar.

—Gracias por traerme aquí. Por dejarme compartir esto contigo. —Sonríe, esos gentiles ojos matándome con la profundidad de emoción que veo en ellos—. Estoy feliz por ti, de que todo se haya concretado como lo soñaste. Pero es más que eso, Nick. Estoy orgullosa de ti.

Las palabras me golpean con fuerza. No puedo recordar la última vez que escuché a alguien decírmelas.

Y nunca de la manera en que Avery las está diciendo ahora.

Nunca he visto el tipo de amor que está brillando hacia mí desde la luz en sus ojos.

De repente no puedo encontrar mi voz, no es que sepa cómo responder. Con un gruñido, la atraigo hacia mis brazos, esperando que mi beso le diga todas las cosas que no puedo articular en este momento.

Lo bueno y lo malo.

Incluso las cosas repugnantes que nadie más sabe —nadie que alguna vez se preocupó por mí, es decir.

Como una ola que gana fuerza mientras se precipita hacia la orilla, el impulso de dejarla entrar —de abrir la puerta solo una rendija y ver si ella se mantiene firme o huye— casi me abruma.

No estoy seguro de si estoy listo para probarla de esa manera.

No puedo imaginar un día en que lo esté.

Cuando levanto mi cabeza de nuestro beso, mi respiración está saliendo como un serrucho, mi corazón martillando en mis sienes.

Su frente se arruga mientras sostiene mi mirada. —¿Qué pasa?

Sacudo la cabeza, no queriendo arruinar el día que acabamos de compartir invitando su simpatía. O, Cristo, su lástima. Eso es algo que nunca quiero ver en sus ojos.

Pero ya lo estoy arruinando todo. Mi silencio la está poniendo ansiosa.

Ella da un paso atrás, fuera de mis brazos. —¿Adónde fuiste justo ahora, Nick? —Me estudia, la incertidumbre deslizándose en su voz tranquila—. Te quedaste tan callado. ¿Fue algo que dije?

—¿Qué? —Mi respuesta sale áspera, incrédula—. No. No dijiste nada malo.

—Entonces háblame.

Aparto la mirada de ella y maldigo en voz baja. Estoy jodiendo esto y lo sé. Pero maldita sea, las palabras no salen. Se quedan atascadas a mitad de mi garganta, repugnantes e inmóviles.

Su expresión decae en mi prolongado silencio.

Cuando su teléfono comienza a sonar abruptamente, ambos nos sobresaltamos.

Suena tres veces antes de que ella lo saque de su bolso. —Es Pauline —murmura con voz apagada—. Le di mi número esta mañana y le pedí que me llamara si algo cambiaba hoy.

Asiento, sintiéndome absurdo mientras estoy allí, nuestro repentino callejón sin salida estancado mientras ella atiende la llamada.

El rostro de Avery palidece un segundo después de decir hola. Cuelga un momento después. —Necesito ir al hospital. Kathryn va en una ambulancia camino a la UCI.

15

NICK ME SOSTIENE LA mano mientras bajamos del ascensor en el piso de cuidados intensivos del hospital.

Como no somos familiares de Kathryn, el personal en la estación de enfermería no puede decirnos nada sobre su estado. En cambio, nos dirigen a una sala de espera llena de otras personas ansiosas y afligidas. Nick y yo tomamos los únicos dos asientos vacantes uno junto al otro. Y luego esperamos, entre una pareja de padres que intenta tranquilizar a sus hijos temerosos de que su abuelo volverá a casa una vez que su corazón esté mejor, y un hombre de mediana edad con las mejillas manchadas de lágrimas que mira como un zombi la pantalla plana del televisor silenciado mientras gira distraídamente el desgastado anillo de matrimonio de oro en su dedo.

Aunque hay una pesada puerta batiente que separa el área de asientos del pasillo de la UCI, no hay escapatoria al constante y perturbador bombardeo de ruidos y actividad hospitalaria. Los anuncios por el intercomunicador convocan a médicos y otro personal. El personal de enfermería que transporta camillas y sillas de ruedas ocupadas, conectadas a postes de suero y equipos médicos, navega frente a la estrecha ventana de la sala de espera en un desfile aparentemente interminable.

Cada vez que escucho la repentina alarma penetrante que suena desde la habitación de un paciente, mi garganta se contrae con pánico.

—Ojalá nos dejaran verla.

Nick envuelve mi hombro con su brazo y presiona un beso en mi sien.

—Estoy seguro de que nos dirán algo pronto.

Aunque suena confiado y su abrazo es cálido y tierno, cuando lo miro no estoy segura de que realmente me vea. Hay una tensión alrededor de su boca que no había notado antes. Su humor ha sido sombrío desde que dejamos el centro recreativo. Cada kilómetro que nos acercaba más al hospital parecía hacerlo retirarse un poco más.

Y no he olvidado el extraño silencio que lo había envuelto incluso antes de eso.

Giro la cabeza para mirar su perfil indescifrable.

—¿Está todo bien?

Sus ojos se encuentran con los míos y sé que entiende lo que realmente estoy preguntando. *¿Estás bien? ¿Lo estamos* nosotros*?*

—Sí —su expresión es completamente sincera. En la mirada solemne y honesta de Nick, siento nuestra conexión tan fuerte como siempre. Me está dando eso ahora, tratando de dejarme entrar. Con ternura, atrae mi mano hacia él, entrelazando nuestros dedos—. Estoy aquí contigo, nena. Nunca lo dudes. No me voy a ninguna parte.

Quiero creerlo. Y no dudo que le importo, o incluso que podría amarme tan completa y desesperadamente como yo lo amo a él. Pero hay momentos en que siento que Nick siempre está a un suspiro de mi alcance, existiendo en algún lugar donde nadie puede realmente tocarlo.

Es esa parte de él la que más temo. La parte que me hace preocupar que si lo sostengo con demasiada fuerza, si indago demasiado profundo, se irá.

Reconozco esa elusividad en él porque yo también he pasado la mayor parte de mi vida en ese lugar.

La puerta de la sala de espera se abre y la enfermera personal de Kathryn nos hace un gesto de saludo a Nick y a mí. Nos indica que la acompañemos al pasillo exterior.

—Se ha estabilizado —nos asegura Pauline de inmediato—. Estaba en uno de sus estados de terquedad y se negó a tomar sus medicamentos para el dolor de la tarde. Soy su enfermera y me paga para cuidarla, pero no puedo retenerla y obligarla a tragar esas pastillas.

—No. Por supuesto que no.

Ella deja escapar un suspiro de pesar.

—Veinte minutos después, la encontré en la terraza, desplomada en una de las sillas. No puedo estar segura de cuánto tiempo había estado allí, pero no respondía y su presión arterial estaba bajando peligrosamente, así que inmediatamente llamé al 911.

Nick maldice en voz baja.

—¿Dices que ahora está bien?

—Lo mejor que se puede esperar, considerando la progresión de su enfermedad —ofrece Pauline con suavidad—. Los médicos están administrando líquidos intravenosos y medicamentos para el dolor. La monitorearán aquí en la UCI durante toda la noche probablemente, y luego reevaluarán su estado mañana.

Algo aliviada, al menos temporalmente, trago el nudo de pavor que se había alojado en mi garganta desde que llegamos.

—¿Podemos verla ahora?

Ingresando un código en el teclado de la entrada del ala de cuidados intensivos asegurada, Pauline nos guía pasando habitación tras habitación de pacientes en varios estados de trauma o enfermedad. Nick todavía sostiene mi mano mientras caminamos, nuestros dedos entrelazados. Su agarre es firme, y no me pierdo el sutil apretón de su mano mientras nos adentramos más en la UCI.

Pauline se detiene fuera de la puerta de la habitación tenuemente iluminada de Kathryn.

—Ha estado durmiendo intermitentemente por un rato. Quédense todo el tiempo que quieran. Si se despierta, sé que estará feliz de

ver caras familiares.

Entonces nos deja, explicando que necesita hablar con el oncólogo de Kathryn. Nick y yo entramos silenciosamente a la habitación. Él me dirige hacia el sillón reclinable de vinilo acolchado en la esquina mientras él parece preferir quedarse de pie, ignorando la silla metálica para visitas situada a los pies de la cama. Durante mucho tiempo, simplemente esperamos entre el pitido constante y el siseo de los monitores.

Noto que Nick apenas ha mirado a Kathryn desde que entramos. Su mirada vaga sin rumbo de una cosa a otra en la habitación. Nunca hacia la cama o las máquinas. Nunca hacia ella acostada tan quieta en la cama. Una vez él se preocupó lo suficiente por Kathryn como para ser su amante por un tiempo y aunque tuvieron su desacuerdo hace años, no espero que sea fácil para él verla así.

Reposando en el colchón elevado, se ve pálida y dramáticamente más frágil que cuando la vi esta mañana. Su cabello gris acero es fino y enmarañado contra su cráneo, sus mejillas pálidas y demacradas. Un tubo de oxígeno pasa por debajo de su nariz, y pegadas al dorso de su mano y el pliegue de su codo hay líneas intravenosas que vienen de múltiples bolsas colgadas del poste junto a su cama.

Se agita, gimiendo suavemente en su sueño inducido por medicamentos.

Ante su repentina agitación, Nick comienza a caminar silenciosamente cerca de la puerta mientras yo me acerco a ella y peino suavemente su cabello con mis dedos.

—Está bien, Kathryn —le digo, a pesar de que probablemente no puede oírme. Necesito decir las palabras en caso de que pueda—. Solo descansa ahora y mejórate.

Cuando miro a Nick, lo encuentro observándome. Hay una ternura desgarradora en sus ojos, pero también hay dolor. Hay una ansiedad en él que está luchando por mantener controlada, pero la veo en la cuidadosa posición de su mandíbula. La siento en la sombría tensión que prácticamente emana de él donde está parado.

Dios mío. Está miserable en esta habitación, en este lugar. Y aunque sé que comprende la gravedad de la condición de Kathryn, siento que su angustia viene de un lugar más profundo.

Cuando Pauline aparece en la puerta y entra silenciosamente, él se sobresalta con la intrusión.

—Avery, ¿puedo hablar contigo en el pasillo un momento?

Mi mirada se desliza hacia Nick por un segundo, pero si siente alguna renuencia a quedarse solo en la habitación, no lo demuestra.

No, todo lo que veo en su rostro ahora que no estamos solos es control sereno y confianza. Veo la fachada de indiferencia fría que Dominic Xavier Baine presenta al mundo. La que me presentó a mí también al principio, antes de que aprendiera a ver más allá.

Pero, ¿realmente lo he hecho?

La pregunta me acompaña mientras sigo a la enfermera de Kathryn hacia el pasillo.

16

UNA MALDICIÓN ENTRE DIENTES escapa de mí en el instante en que Avery sale de la habitación.

Jesús. Contrólate de una puta vez.

Ya fue bastante malo que casi me acobardara frente a ella en el centro recreativo con alguna patética historia triste sobre mi infancia menos que perfecta. ¿Y ahora esto?

No me doy cuenta de que estoy caminando de un lado a otro nuevamente hasta que miro por la ventana y la veo mirando en mi dirección mientras habla con la enfermera privada de Kathryn. Es lo único que detiene mis pasos: esa mirada que dice que está tan preocupada por mí como por la amiga que está pereciendo lentamente día a día ante sus ojos.

Sé que percibe mi incomodidad por estar en este maldito lugar.

Odio no poder ocultarle eso como puedo hacerlo con cualquier otra persona.

No, Avery me conoce demasiado bien. Y si no me compongo, solo voy a añadir una preocupación innecesaria a un día que ya es doloroso para ella.

Me obligo a sentarme en la silla metálica para visitas al pie de la cama. Intento ignorar el ruido de los monitores que emiten pitidos con los signos vitales de Kathryn y los diversos diagnósticos que se

ejecutan automáticamente desde una computadora conectada a cables y líneas adheridas a varias partes de su cuerpo enfermo.

Me digo a mí mismo que no debo pensar en otra habitación de hospital, y en otro cuerpo frágil y deteriorado.

Pero los recuerdos ya están resucitados. Me han estado persiguiendo desde que Avery y yo llegamos.

—¿Te vas a morir, mamá?

—Oh, cariño—. Tristes ojos gris paloma me miran desde donde estoy parado al lado de su cama de hospital. —Es lo último que quiero que te preocupe. Estoy enferma, pero estoy luchando contra esto con todas mis fuerzas. Me crees, ¿verdad, mi amor?

Asiento, pero no estoy seguro de lo que creo. Ella nunca me ha mentido antes, pero cada vez que vengo a verla en este lugar, se ve más pequeña. Más débil. Como si estuviera desapareciendo aliento tras aliento.

Sus dedos se sienten fríos cuando los descansa sobre los míos. Venas azul oscuro se extienden como telarañas por el dorso de su mano, viejos moretones de las líneas intravenosas manchan la piel que solía ser de un cremoso color café dorado por los días pasados bajo el sol de Florida.

Gira la cabeza sobre el montón de almohadas que la sostienen en la cama, el escaso gorro post-quimio de borroso pelo caoba recordándome a un pájaro bebé que una vez intenté rescatar después de que se cayó de su nido. No pude salvar a ese pájaro. Desperté una mañana y lo encontré rígido y frío en la caja de zapatos que improvisé como jaula.

Mamá mira la mochila colgada sobre mi hombro, que he traído directamente de la escuela. —¿Tienes algo para mostrarme hoy?

—Sí—. Busco en mi mochila, hurgando entre los libros y tareas de mis clases de cuarto grado, hasta que encuentro el gran cuaderno espiral escondido en el fondo. Lo abro en la página que hice para ella hoy y arranco el dibujo a lápiz.

No quiero notar cómo tiemblan sus manos al sostenerlo. Sus elegantes manos de artista, ahora casi demasiado débiles para

sostener una simple hoja de papel de dibujo. Sus ojos se humedecen mientras contempla mi trabajo por largo tiempo.

—Oh, Nicky. Es hermoso.

Quiero inclinarme hacia ella, anhelando estar cerca, pero me quedo quieto. No me gusta el olor a antisépticos que flota a su alrededor, ni el leve matiz amoniacal del tubo que va desde debajo de su manta hasta la bolsa de líquido amarillo oscuro colgada cerca de mis pies.

Cuando me mira con orgullo brillando en sus ojos, me siento avergonzado de mi incomodidad por estar cerca de ella. Debería ser más fuerte que esto.

Debería ser valiente, pero todo lo que soy es miedo.

—Este es tu mejor dibujo hasta ahora, mi amor—. Sus labios agrietados se extienden en una tierna sonrisa. —¿Tienes idea de lo especial que eres, de lo talentoso que eres?

Me encojo de hombros, consciente incluso a los diez años de que ella es la talentosa. O lo era, hasta que el cáncer le quitó todo eso hace unos meses.

—Prométeme que seguirás con esto, Nicky. Tienes que hacerlo. Eres demasiado dotado para dejar que un don como este se desperdicie.

—A papá no le gusta cuando trabajo en mi arte.

Sueno malhumorado, pero no puedo evitarlo. Él y yo nunca nos hemos llevado bien. Nunca hacemos cosas juntos, lo cual está bien para mí porque cuando lo hacemos, él simplemente parece enojado conmigo. A veces pienso que ni siquiera soporta verme.

—Papá dice que el arte es para niñas. Y para niños maricas.

Ella se burla, un sonido sin aire que parece rasparle la garganta. —No lo dice en serio. Tu padre tuvo una vida difícil, cariño. Su vida sigue siendo difícil, tratando de mantenernos a los tres con lo poco que él y tu abuelo obtienen del barco.

Un barco en el que se niega a dejarme poner un pie. Soy demasiado joven, dice. Demasiado blando para su línea de trabajo. Siempre burlándose de mí.

No sabe de lo que soy capaz porque nunca está ahí para verme intentarlo.

—Él te ama, mi amor. Nunca lo dudes.

Asiento y sonrío, aunque solo sea para permitirle seguir creyendo eso. Una pregunta arde en la boca de mi estómago. Una egoísta que salta de mi lengua antes de que pueda contenerla. —¿Qué voy a hacer cuando ya no estés?

—Mi dulce niño—. Deja que mi dibujo caiga contra su hundido pecho mientras se estira hacia mí. Sus dedos agarran los míos con firmeza ahora, sus ojos grises tormentosos con determinación. —No te voy a dejar. Voy a luchar contra esto y mejorar. Luego estaré en casa y todo volverá a la normalidad.

Cuando empiezo a llorar, ella me jala suavemente hacia abajo, atrayendo mi cabeza a su hombro. Entonces ya no me importan los olores o los sonidos de las muchas máquinas que están conectadas a ella. Lloro como el niño marica que mi padre piensa que soy, aterrorizado de perder todo lo que amo—y la única persona que me ha amado.

—Ya verás— susurra mientras besa la parte superior de mi cabeza. —Voy a vencer a este estúpido cáncer. Voy a salir de este hospital y luego tú y yo convertiremos ese viejo cobertizo del patio trasero en nuestro estudio, ¿qué te parece? Vamos a dibujar y pintar cuando queramos, solo tú y yo. ¿Es un trato?

Asiento temblorosamente, mis lágrimas disminuyendo bajo la ferocidad de su determinación. —Sí. Es un trato.

—Todo va a estar bien, Nicky. Lo prometo.

Al final, fue una promesa que no pudo cumplir. No mejoró. Nunca volvió a casa.

Y después de que el cáncer se la llevó más tarde ese mismo mes y se fue, mi vida en casa se convirtió en el peor tipo de infierno.

Entonces nada estuvo bien nunca más.

—¿Dominic?

La voz áspera me saca del pasado. Mi cabeza se levanta de golpe para encontrar a Kathryn mirándome desde donde está acostada en

la cama. Se lame los labios como si su boca estuviera demasiado seca, luego comienza a toser.

—Espera —le digo, levantándome para servir un poco de agua de una jarra de plástico rosa en una bandeja rodante cerca de la cama —. Aquí tienes. No bebas demasiado rápido.

Sostengo la pajilla cerca de su boca, inclinando el vaso con cuidado mientras ella toma un pequeño sorbo. Es todo lo que puede manejar; cierra los labios y gira la cabeza con un quejido.

—¿Mejor? —pregunto.

—No realmente —murmura, su lengua lenta por los opioides que gotean en sus venas desde la intravenosa—. Estaría mejor si no me estuviera muriendo.

Asiento, sabiendo que no hay necesidad de fingir con Kathryn. Siempre ha sido franca y práctica. Sin miedo.

—¿Puedo traerle algo más ahora?

No responde por un momento, solo parpadea hacia mí con ojos turbios y apáticos. —¿Está Avery contigo?

—Sí. Salió un minuto. —Coloco el vaso de papel en la bandeja junto a la jarra de agua—. Le avisaré que está despierta.

—Dominic... espera. Déjeme decirle algo. ¿Por favor?

Permanecer en esta habitación es lo último que quiero hacer, especialmente ahora que mi mente está inundada de viejos recuerdos que pensé haber dejado atrás en Florida. Pero supongo que le debo a esta mujer escucharla por fin. Demonios, le debo a Kathryn Tremont más de lo que podré pagar jamás.

Una mirada de leve sorpresa —y alivio— se instala en su rostro cuando permanezco de pie junto a la cama. —¿Siempre me va a odiar?

Frunzo el ceño, comprendiendo lo profundamente que mi enojo la lastimó. —Nunca la odié, Kathryn.

—Tampoco me amó nunca. —Lo afirma como un hecho, luego cierra los ojos. Durante un largo momento, simplemente respira—. Bueno... está bien. No soy una mujer fácil de amar.

Me hace un gesto para que le dé más agua. Dejo que beba, luego uso el borde de su sábana para secar el pequeño rastro de líquido que se escapa por su barbilla.

—Era tan joven cuando lo vi por primera vez —murmura, observándome mientras la atiendo—. ¿Tenía siquiera veinte años?

—Apenas —respondo, recordando a la mujer mayor, hermosa y sofisticada que me vio estacionando autos en un evento elegante poco después de que llegué a Nueva York y procedió a engancharme a su brazo como una de sus llamativas baratijas. No es que me quejara. Era mercurial y fascinante estar cerca de ella. Y tenía riqueza y conexiones que yo nunca podría hacer por mi cuenta.

En pocas palabras, nos usamos mutuamente, ambos felices con el arreglo porque servía a nuestros propios objetivos egoístas.

—Tenía tanto por delante, Dominic. Lo sentí desde el principio. Y solo quería ser quien lo ayudara a llegar allí. Quería— Otra tos desgarradora la atrapa, haciendo que su frágil cuerpo convulsione.

Deslizo mi mano hacia su espalda, tratando de ayudarla a encontrar una posición más cómoda. Su columna es una cinta nudosa contra mi palma, su piel fría y húmeda bajo la delgada bata de hospital. Cuando la tos cede, toma otro pequeño trago y luego se desploma contra el colchón.

—Nunca quise lastimarlo. Esa fiesta que organicé en los Hamptons para usted —para su arte— nunca fue mi intención avergonzarlo o incomodarlo. Solo quería que el resto del mundo viera su talento.

—Mi talento se había ido, Kathryn.

Me sorprende oír las palabras salir sin furia. El arrepentimiento sigue ahí, pero no es Kathryn quien tiene la culpa de lo que he perdido. Es mi padre. Y yo.

Levanto mi mano derecha, la que está acribillada y arruinada con cicatrices profundas. —Nunca iba a pintar de nuevo, así que exhibir mi trabajo frente a un montón de personas que solo me mirarían con lástima después no era el tipo de ayuda que necesitaba. Ciertamente no la quería.

—Lo sé —admite en voz baja. Un sonido como un pequeño sollozo se atora en la parte posterior de su garganta—. Lo entiendo ahora. Y quiero que sepa que lamento no haberlo entendido entonces.

Sacudo la cabeza, recordando mi reacción autodestructiva y desquiciada el día de la fiesta cuando descubrí que mi arte estaba a punto de ser mostrado a una sala llena de críticos, medios y un sinfín de otros amigos de la sociedad de Kathryn. En un ataque de ira ciega, lo destruí todo. Cinco pinturas —las únicas existentes, las únicas cosas de valor que me llevé cuando dejé al viejo en mi espejo retrovisor y me dirigí a Nueva York— demolidas en un solo acto estúpido hecho por mis propias manos.

La ironía no se me escapó, ni siquiera entonces.

—Olvídelo —le digo a Kathryn—. Todo eso es historia antigua, de todos modos. No importa.

—No, Dominic. Sí importa. No sabía lo que necesitaba en ese entonces. —Me mira con tristeza, pero sin rastro de amargura—. *Yo* no era lo que necesitaba. Pero esa encantadora chica afuera... ella sí lo es.

Mis ojos se elevan, buscando a Avery en el corredor. Está escuchando a Pauline, asintiendo, su rostro solemne. Mi corazón se contrae ante la vista de ella, sintiéndose demasiado lleno para mi pecho. Sin embargo, no puedo apartar la mirada. Todo lo que quiero está parado en ese pasillo. Todo lo que podría necesitar.

—Sí —dice Kathryn, con una nota de satisfacción en su tono somnoliento—. Usted también lo sabe. Así que no la decepcione de nuevo. Sea bueno con ella, Dominic. Sea el hombre que ella necesita.

Quiero hacer alguna promesa confiada de que Avery nunca necesitará a nadie más que a mí. Que de alguna manera, eventualmente, puedo probar que merezco ese honor.

Pero las palabras no llegan.

Miro a Avery y aunque ella me ancla en tantas formas, también tiene el poder de desenredarme. Lo sentí hoy, después de que casi

abrí otras viejas cicatrices —unas que nunca pueden ser cerradas de nuevo una vez que sus secretos se derraman.

Miro a Avery y me siento a la deriva, necesitando el suave ancla de su cuerpo y el puerto seguro que no he encontrado en ningún lugar excepto en sus ojos.

La miro, milagrosamente de vuelta en mi vida después de estar tan seguro de que la había alejado para siempre, y me estoy ahogando en emociones que nunca conocí antes de conocerla.

Me siento completamente fuera de control con la profundidad de mi amor por ella.

Busco una respuesta adecuadamente tranquilizadora al desafío de Kathryn, pero la confianza fácil con la que normalmente puedo cubrirme se me escapa. Lo único que encuentro es una sinceridad desnuda y vulnerable.

—Espero poder ser lo que Avery necesita.

Kathryn no dice nada. Ni siquiera estoy seguro de que me haya escuchado. Cuando vuelvo a mirar la cama, sus ojos están cerrados y su respiración está soplando suavemente a través de sus labios entreabiertos.

17

—ESTÁ BIEN, PAULINE. GRACIAS por avisarme —termino la llamada y dejo mi teléfono sobre la mesa de centro en la sala de estar de Nick.

—¿Todo bien?

Sale de la cocina descalzo, con su camisa blanca aún metida sin mucho cuidado dentro de sus pantalones de traje con cinturón, pero desabotonada hasta el pecho y con las mangas enrolladas. En su mano sostiene un vaso de cristal tallado con whisky. Llegamos al penthouse hace aproximadamente una hora, nuestros planes para una cita formal esta noche quedaron en segundo plano. Con Kathryn hospitalizada, lo último que tengo en mente es salir a algún lado. Había planeado irme a casa después de pasar horas junto a la cama de Kathryn, pero no tomó mucho esfuerzo para que Nick me persuadiera de quedarme la noche en la ciudad con él en caso de que su situación empeorara.

Afortunadamente, esa preocupación parece haberse disipado, al menos por ahora.

—La trasladarán fuera de la UCI esta noche. Pauline dice que los médicos quieren observarla durante unas horas mañana, asegurarse de que esté lo suficientemente fuerte para ir a casa. Hay buenas

posibilidades de que den de alta a Kathryn después de las rondas de la tarde.

—Suena alentador.

—Supongo que sí, considerando todo —doblo mis piernas debajo de mí en el sofá—. Pauline cree que es hora de que Kathryn comience a pensar en cuidados paliativos.

No dice nada mientras toma asiento a mi lado, solo asiente y luego da un trago del vaso de cristal. —¿Segura que no puedo prepararte algo de beber?

—No, gracias —es su segunda copa desde que llegamos del hospital, y esta parece ser una porción más grande que la primera—. ¿Quieres hablar de ello?

Me mira como si acabara de decir que quería hablar sobre mi período. —¿Hablar de ello?

—El cáncer de Kathryn. El hecho de que está muriendo.

—¿Qué más hay que decir?

Aunque parece bastante resignado en la superficie, incluso tranquilo, estudio su rostro mientras vuelve a llevarse el vaso a los labios y toma otro buen trago de licor. Hay una tormenta de emociones oscuras detrás del control cerrado de su mirada. Un mundo de dolor que mantiene muy lejos de mi alcance.

—Conozco tu historia con Kathryn, Nick. ¿Tienes miedo de decirme que todavía te importa?

Me dirige una mirada dura e interrogante. —¿Eso es lo que piensas?

—No me refiero románticamente. Sé que eso terminó hace mucho tiempo. Me refiero a si estás bien con la manera en que tú y ella han dejado las cosas. Lo que quiero decir es, ¿hay cosas que necesitas resolver con ella mientras todavía tienes tiempo?

Vacía su vaso y lo coloca sobre la mesa. —Hemos hablado — estoy segura de que mi confusión es evidente en mi rostro. Nick se recuesta en el sofá con un suspiro, colocando su brazo detrás de mí. Sus dedos juegan distraídamente con mi cabello, su toque me calma mientras espero a que diga más—. Estabas en el pasillo con Pauline.

Kathryn despertó. Hablamos unos minutos. No sé... supongo que sintió la necesidad de algún tipo de absolución de mi parte. Cerrar el círculo, quizás.

—¿Se la diste?

—Le dije que no había nada que perdonar. Nunca la odié, aunque la dejé creer que lo hice durante demasiado tiempo. Ella no merecía eso.

Alzo la mano y acaricio su mejilla ensombrecida por la barba. —Ha estado esperando años para escucharte decir eso —señalo suavemente, muy consciente de lo profundamente que le dolía a Kathryn sentir que había convertido a Nick en su enemigo solo porque hizo algo motivado por su amor hacia él. Me recuesto contra su costado, atraída por su calor, su fuerza—. Gracias por mostrarle amabilidad hoy, Nick. Ella necesita ese tipo de paz ahora más que nunca.

Su brazo me rodea, acercándome más. —¿Qué necesitas tú?

—A ti. Esto —mis dedos encuentran su camino hacia la parte posterior de su cuello y el borde sedoso de su cabello negro—. Todo lo que necesito es nosotros. Veo a Kathryn tan sola al final de su vida y eso me asusta a veces.

Él frunce el ceño, acariciando el lado de mi rostro con el dorso de sus dedos. —¿Tienes miedo de estar sola?

—No. Miedo de pasar mi vida sin ti.

—Ángel —la palabra es un susurro áspero justo antes de que sus labios se encuentren con los míos. Su beso es profundo y posesivo, con sabor a necesidad y el dulce y ahumado sabor del whisky en su lengua.

No vine aquí esta noche con la intención de hacer el amor, pero cuando Nick me besa así, no hay espacio para nada más. Me hace sentir segura. Me hace sentir querida y protegida, como si nada malo pudiera tocarme mientras esté en sus brazos.

Necesito sentir esas cosas ahora, más de lo que me había dado cuenta.

Después de estar en ese hospital rodeada de tanta conversación sobre enfermedad y muerte, necesito sentirme viva.

Necesito sentirme segura en el amor de Nick.

Su beso se vuelve más ardiente antes de que esté completamente preparada. Con su lengua acariciando la mía, devorando mis suaves gemidos y respiraciones jadeantes, me empuja hacia abajo en el sofá debajo de él. Por mucho que anhele sentirlo contra mí, su necesidad parece aún más urgente. Se aparta con un gemido, luego hace trabajo rápido con mi blusa suelta y mis shorts de mezclilla. Su boca está hambrienta sobre mí, recorriendo cada centímetro de piel descubierta, sus dientes mordisqueándome bruscamente cuando llega a mi cadera.

—Tengo que probarte —gruñe, ya arrastrando mis bragas por mis piernas.

Si anhelaba un ritmo lento esta noche, está claro que Nick tiene otras ideas.

Me abre ampliamente, luego desciende, su cabeza oscura enterrada entre mis muslos. No hay preludio, ni misericordia en el asalto que libra en mi sexo. Es húmedo, caliente y febril.

No hay forma de frenarlo, pero es fácil dejarse llevar por la tormenta de sus intensas pasiones. Y verlo tan consumido por la lujuria por mí es un placer en sí mismo.

Grito en protesta cuando su boca me abandona justo cuando mi clímax estaba construyéndose hacia su punto máximo. A horcajadas sobre mí, con un pie en el suelo y la otra rodilla doblada a mi lado, se quita la camisa y la arroja a un lado. Sus ojos están turbulentos de necesidad mientras desabrocha su cinturón y baja la cremallera de sus elegantes pantalones. Saca su miembro, con la mano envuelta alrededor de la dura longitud, acariciándolo hasta la cabeza hinchada y brillante mientras se acerca a mi rostro.

—Tómalo —su voz es baja y exigente—. Necesito tu boca en mí ahora.

No puedo obedecerle lo suficientemente rápido. La excitación se arremolina a través de mí, tan aguda y convincente como la orden

de Nick. Cierro mis labios alrededor de él y lo succiono profundamente, gimiendo al sentirlo en mi lengua, llenando mi boca. Sus manos se amoldan a la parte posterior de mi cabeza mientras me muevo arriba y abajo sobre él. Me muestra el ritmo que quiere, la presión de sus dedos instándome a ir más profundo, más rápido, más fuerte.

—Mierda —dice tensamente mientras embiste en mi boca.

Sé que está al borde de correrse y quiero llevarlo hasta ahí. Acaricio sus testículos y me encuentro con cada embestida furiosa, aunque es casi demasiado para mí. Con una maldición violenta, me aparta de él y me empuja hacia atrás sobre mi espalda. Sus pantalones y bóxers se amontonan bajos en sus muslos, pero no parece notarlo ni importarle.

Arrodillado entre mis piernas, tira de mis caderas hacia arriba para encontrarse conmigo, su mano cicatrizada guiando su miembro bruscamente hacia los pliegues de mi hendidura húmeda e hinchada. Empuja dentro, penetrando profundo y duro, tan lejos como mi cuerpo le permitirá. Es casi demasiado. Es inmenso y esta noche tiene el hambre sexual para igualarlo. Hay un aire de dominación en él ahora que me inquieta, aunque antes me excitaba.

Los ojos de Nick están fijos en los míos, pero parecen remotos, cerrados mientras se mueve dentro de mí. Sus caderas se balancean urgentemente, violentamente, sin dejar espacio para la ternura que anhelo. No sé qué está impulsando esta necesidad animal en él, si es el alcohol o el hospital o el estado de ánimo oscuro y turbulento que parecía acompañarlo durante la mayor parte del día. Tal vez sea todo eso.

No me da ninguna oportunidad de llegar a él.

Saliendo de mí con un gruñido áspero, me levanta por debajo de los brazos y me da la vuelta, posicionándome de rodillas y luego presionándome hacia abajo sobre el brazo del sofá. Con mis manos atrapadas en su agarre en mi espalda, entra en mí desde atrás, embistiendo con un frenesí aún mayor. No puedo negar el placer

erótico que me atraviesa al estar inmovilizada debajo de él, sometida completamente y totalmente a su merced.

Pero esto no es lo que necesito ahora mismo.

Necesito ver su rostro. Necesito tocarlo, y sentir sus brazos alrededor de mí.

Anhelo una intimidad que no creo que sea capaz de darme esta noche.

—Nick —jadeo, luchando por encontrar mi aliento, y mucho menos las palabras—. Nick, por favor...

No sé si me escucha. Parece demasiado perdido en lo que sea que lo posee en este momento.

Y entonces escucho el suave tintineo de una hebilla de cinturón. Seguido por el susurro fluido del cuero frío envolviendo mis muñecas en mi espalda.

—Nick... no —me estremezco, con una descarga de alarma disparándose en mis venas. La reprimo, sabiendo que nunca me lastimaría ni haría nada que yo no quiera—. Así no, ¿de acuerdo? Esta noche no.

Nick y yo hemos jugado a estos juegos antes, pero algo es diferente en él esta noche. No sé por qué siente la necesidad de este tipo de control en este momento, pero está perdido en ello. Siento una oscuridad en él tan fuertemente que me sobresalta. Me aterra.

Y el cuero no abandona mis muñecas; solo se aprieta más. Todo dentro de mí se congela en un instante.

—¿Nick? —giro mi cabeza para mirarlo por encima de mi hombro, pero sus ojos están salvajes y vacíos—. Maldita sea, Nick. ¡Dije que no!

Me alejo rápidamente de él. Sacando mis manos de su agarre y liberándome del sofá, caigo al suelo en un desplome inelegante. Me siento, desnuda y temblando. Mi respiración entra y sale precipitadamente de mis pulmones mientras lo miro en silencio conmocionado.

No estoy segura de cuál de los dos está más horrorizado.

—Avery—*mierda*.

Extiende su mano para ayudarme a levantarme, pero no la tomo. Me alejo del sofá en un apresuramiento de extremidades y luego me pongo de pie lentamente, fácilmente fuera de su alcance.

—¿Ahora me tienes miedo? —su rostro es una máscara de contrición... y furia apenas contenida—. Jesucristo.

Mueve sus pies hacia el suelo y se levanta, subiendo sus bóxers negros y pantalones y metiendo su miembro aún erecto dentro. Cierra la cremallera tensamente y alcanza su vaso vacío sobre la mesa.

Trago con dificultad, buscando palabras mientras lo veo alejarse de mí hacia la cocina. Poniéndome la ropa apresuradamente, lo sigo.

—¿De qué se trató eso, Nick? ¿Qué diablos estabas haciendo?

—Pensé que era obvio.

Su respuesta despreocupada me detiene en seco. Lo observo desde atrás mientras vierte dos dedos de licor en el vaso. Me estremezco cuando lo bebe de un trago. —¿Realmente crees que más alcohol ayudará?

Gruñe, sin molestarse en mirarme. —Ha funcionado en el pasado.

—¿Ah, sí? ¿Te refieres como la noche en que casi te pones una pistola en la cabeza en la oficina trasera de la galería? —la mirada fulminante que me lanza casi me hace retroceder un paso. Estoy segura de que esa es su intención, pero mantengo mi posición—. Háblame. Dime qué te está molestando. ¿Tiene algo que ver con el cáncer de Kathryn? ¿El hecho de que está muriendo?

—Esto no tiene nada que ver con ella.

No es mucha respuesta, pero al menos está hablando. —¿Fue el hospital, entonces? Noté lo incómodo que estabas allí.

—Por el amor de Dios —dejando de lado el vaso, agarra la botella de malta y pasa a mi lado, de regreso a la sala de estar—. Deja de intentar analizarme, Avery. Si quisiera un terapeuta, lo contrataría.

—Tal vez deberías.

Suelta una risa cáustica. Manteniéndome aún a sus espaldas, camina hacia la gran ventana de la sala de estar que mira hacia el

horizonte nocturno de Manhattan y los dos ríos brillantes que flanquean la isla. La primera noche que me trajo aquí, me paré frente a esa ventana maravillándome de la vista de abajo y del hombre misterioso y apuesto que me había invitado a su mundo.

Dominic Baine había sido un rompecabezas fascinante para mí, uno que no podía esperar a resolver.

Ahora no puedo evitar preguntarme si alguna vez lo conoceré.

¿Alguna vez realmente me dejará entrar?

—¿Qué ibas a decirme hoy temprano en el centro recreativo, Nick? —observo cómo su cuerpo se tensa ante la pregunta. El cambio que lo invade es casi palpable—. Cuando dije que estaba orgullosa de ti, algo sucedió. ¿Tuvo algo que ver con tu pasado? ¿Tal vez algo sobre tu padre, o la pelea que tuvieron ustedes dos que lesionó tu mano?

—Déjalo, Avery —ahora gira para mirarme, con la mandíbula apretada. Finalmente, suelta un breve suspiro—. Estás haciendo de esto algo que no existe.

—¿Lo estoy haciendo? —lentamente sacudo la cabeza—. No lo creo. No creo que la forma en que estás actuando conmigo ahora sea nada.

—¿Cómo estoy actuando? —extiende sus brazos, la red de cicatrices brillando en su antebrazo y su mano derecha, que está envuelta alrededor del cuello de la botella de whisky medio vacía. Noto que no está muy firme sobre sus pies—. Dijiste que necesitabas coger, así que cogimos. Ahora estás buscando razones para pelear conmigo.

La ira y el dolor surgen dentro de mí como una ola negra que no puedo detener. —No necesitaba coger esta noche. Necesitaba ternura de ti, Nick. Necesitaba consuelo. Conexión. Cosas que parecías dispuesto y capaz de darme hace unas noches, así que ¿por qué no ahora? —odio la manera en que mi voz tiembla, la forma en que todo mi cuerpo se estremece con el dolor crudo de mi desilusión —. Te dije que si teníamos alguna posibilidad de lograrlo, no podía

haber más mentiras o secretos... y estuviste de acuerdo. Acordaste que no habría más juegos de control. No más luchas de poder.

—¿Y si no puedo hacer eso?

Doy un paso atrás, casi tambaleándome ante su tranquila respuesta.

Ahora es él quien avanza. Se mueve hacia mí, sosteniéndome en una mirada penetrante que me aterroriza tanto como me rompe el corazón. —¿Y si esas son promesas que no puedo cumplir?

Trago con dificultad, un frío abriéndose en el medio de mi pecho. —Entonces solo estamos perdiendo el tiempo el uno con el otro, Nick.

No dice nada. Ni una maldita palabra. Quiero gritar y enfurecerme contra él, pero no tengo la fuerza para invocar ira cuando todavía estoy tambaleándome por el golpe de todo lo que acaba de decir.

—Debería irme —murmuro.

—Probablemente sea lo mejor —su respuesta es tan rígida como me siento.

Oh, Dios. ¿Está realmente sucediendo esto?

No quiero creerlo.

Mis manos están temblando mientras giro para recoger mis zapatos. Me los pongo, recogiendo mi teléfono y deslizándolo de vuelta en mi bolso.

—Llamaré a Patrick —ofrece Nick desde atrás, su tono tan razonable que quiero gritar—. Él te llevará a casa de manera segura.

Me estremezco ante la idea de que su chofer sea convocado para llevarme de regreso a Queens. —No te molestes. Puedo llegar a casa por mi cuenta.

Miro a Nick y descubro que ya se ha dado la vuelta, mirando hacia la oscuridad al otro lado de la gran ventana.

Cuando salgo por la puerta y la cierro detrás de mí, mi salida es puntuada por el estruendo discordante de una botella golpeando una pared.

18

MI TELÉFONO SUENA POR tercera vez esta mañana, el número de Nick iluminando la pantalla. Ignorando la punzada en mi pecho, silencio la llamada y la envío directamente al buzón de voz, tal como he hecho con todas las otras veces que ha intentado comunicarse conmigo en los últimos días.

Ha dejado mensajes, pero aún no puedo escucharlos. No quiero oír sus excusas o disculpas. Peor aún, no quiero escuchar acusaciones de que exageré o que estoy siendo irrazonable en mi exigencia de que busquemos algo más que solo sexo abrasador y orgasmos increíbles.

Quiero algo real con él.

Quiero que su corazón esté tan abierto para mí como el mío lo está para él.

Pensé que así era, o al menos que estábamos trabajando para lograrlo. La otra noche en su penthouse me di cuenta de que estaba equivocada. Evidentemente, lo que necesito son cosas que él no es capaz de darme.

Tal vez Nick no es capaz de entregarse a nadie de esa manera.

—¿Avery? —La voz de mi madre suena desde algún lugar detrás de mí, dentro de la rústica casa del lago en Pensilvania que alguna vez perteneció a mis abuelos.

Es temprano, ni siquiera son las ocho, pero ya llevo un rato despierta, absorbiendo la soledad de este lugar que tanto amaba cuando era niña. Hay una tranquilidad aquí, consuelo en los recuerdos de estar en el lago con mi abuelo en su pequeño velero, y decorar galletas navideñas con mi abuela cuando era pequeña. Años antes de que mi papá, Daniel Ross, muriera. Y mucho antes de que mi madre conociera a Martin Coyle, el monstruo que se convirtió en mi padrastro.

—¿Avery, cariño? ¿Dónde estás, bebé?

—Aquí afuera, mamá —Sentada en una de las viejas mecedoras en el porche trasero, pongo mi teléfono boca abajo sobre la mesa de mimbre a mi lado e intento borrar la tristeza de mi rostro.

He estado aquí en su casa durante los últimos dos días, después de tomar un autobús desde la ciudad hasta Scranton donde mi madre me recogió. Solo han pasado unas semanas desde mi última visita, pero considerando que tenemos una década de separación que compensar desde que salió en libertad condicional hace ocho meses, creo que nunca podré verla lo suficiente.

Pero no es solo eso. Necesitaba un lugar acogedor donde refugiarme después de mi pelea con Nick.

No estoy lista para llamarlo una ruptura, pero en este momento me resulta difícil ver un camino claro hacia cualquier otra cosa con él.

La puerta mosquitera cruje cuando mi mamá sale para acompañarme en el porche cubierto. —Ah, aquí estás. Te has levantado temprano otra vez hoy. ¿Cuánto tiempo llevas sentada aquí, cariño?

Me encojo de hombros. —Un rato, supongo. Solo quería mirar el lago.

Ella emite un sonido complacido, algo entre un suspiro y un murmullo. —Yo también paso mucho tiempo aquí fuera.

Detenida donde está, simplemente contempla el paisaje frente a ella. Veo que su pequeña sonrisa crece mientras absorbe la colina suavemente inclinada y salpicada de árboles que conduce al

destartalado muelle de madera abajo y al tranquilo lago que brilla como plata líquida bajo la pálida luz de la mañana. Lleva un camisón largo de algodón con pequeñas mariposas estampadas. Está descalza, y no puedo contener mi propia sonrisa cuando veo el esmalte rojo brillante en sus dedos y el color bronceado de su piel.

Su cabello, antes rubio, se ha vuelto gris amarillento y su rostro tiene más líneas de las que corresponderían a sus cincuenta y un años, pero sigue siendo hermosa. Sigue siendo la mujer vibrante y fuerte que admiré toda mi vida.

Después de la década que pasó en una pequeña celda de prisión condenada por matar a mi padrastro abusivo, finalmente está libre.

Gracias principalmente a Nick.

—Pensé que tal vez podríamos ir al mercado de agricultores esta mañana —dice—. Podemos comprar un montón de frutas y algunos pimientos y cebollas para ponerlos en esas brochetas que tenemos marinando para la cena de esta noche —Me dirige una mirada entusiasta—. Incluso podrías convencerme de hacer los dumplings de manzana de la abuela.

Se me hace agua la boca con solo pensarlo. —¿Brownies anoche y dumplings hoy? Me estás consintiendo demasiado.

—Sí, lo estoy haciendo. Y he esperado mucho tiempo para tener la oportunidad, así que vas a dejar que te consienta como yo quiera.

—¿Aunque me ponga veinte libras en las caderas?

Ella se ríe, con una risa plena y alegre. Casi me hace olvidar todo lo que está saliendo mal en mi vida en Nueva York.

Casi.

Camina hacia mí y se inclina, acunando mi cabeza contra su pecho mientras besa la parte superior de mi cabeza. —¿Tienes idea de cuánto te amo?

Asiento. —Sí, mamá. Yo también te amo.

Permanece callada un rato, solo sosteniéndome cerca como solía hacer cuando era niña. —¿Cuánto tiempo planeas esconderte aquí en el lago conmigo?

Me aparto, levantando la mirada hacia ella. —No me estoy escondiendo.

Le he contado sobre Nick, más o menos. Ella sabe que lo amo, y que pasé el último año miserable sin él, a pesar de todos mis otros éxitos personales. Desde anoche también sabe que fue el dinero y las conexiones de Nick lo que ayudó a que su libertad condicional sucediera. Creo que le debía darle ese crédito.

Lo que no le he explicado son los matices más oscuros de mi relación con él. He pasado por alto las cosas que solo la harían preocuparse por mí o cuestionar la solidez de mi juicio cuando se trata de hombres. Pero Nick no es un hombre cualquiera. Y no espero que nadie, quizás especialmente mi madre, sea capaz de entender el tipo de relación que tenemos.

O teníamos.

Suelto un suspiro, sin saber cómo explicármelo a mí misma después de lo que pasó la otra noche.

Ella peina mi cabello con sus dedos, apartándolo de mi rostro. —¿Es un buen hombre, cariño?

—Sí —Aprieto los labios, sacudiendo la cabeza con frustración por todas las cosas buenas que sé que Dominic Baine es—. Es un hombre muy bueno, mamá. El problema es que él no lo sabe.

—No es tu trabajo arreglarlo, bebé —Me mira solemne y sabiamente—. El único que puede hacer eso es él.

Asiento porque ella tiene razón y lo sé.

No puedo arreglar lo que está roto en Nick más de lo que él puede arreglar lo que siempre estará roto en mí.

Pero lo que duele aún más que fracasar es el hecho de que ni siquiera confía lo suficiente en mí como para darme la oportunidad de intentarlo.

Todavía hay una parte esperanzada de mí que cree que él me necesita tanto como yo lo necesito a él. Solo tiene que estar dispuesto a ver eso también.

Solo tiene que amarme lo suficiente para finalmente dejarme entrar.

Tonta de mí, realmente pensé que podría hacerlo.

Sonrío a mi madre. Está preocupada por mí, y no quiero cargarla con mi infelicidad. Ya ha cargado suficientes de mis penas a lo largo de los años. —Vamos al mercado temprano, ¿de acuerdo? Y cuando regresemos, podemos hacer esos dumplings de manzana juntas.

19

—AVERY, PÁSAME ESE TAZÓN de glaseado y la espátula, ¿quieres, cariño?

—Claro. —Mamá está lavando los platos de nuestro horneado mientras yo trabajo en la tabla de cortar, picando verduras para nuestras ensaladas del almuerzo. Dejo el pimiento rojo brillante que estoy cortando en cubitos y me estiro para alcanzar el tazón metálico que está pegajoso con la dulce y mantecosa salsa de vainilla.

—No podemos desperdiciar esto —digo, sonriendo mientras paso la espátula de goma por los lados del tazón, y luego me meto la punta en la boca.

Ella se ríe y sacude la cabeza, haciéndome espacio para que me coloque a su lado y ponga las cosas en el fregadero. Ha sido un buen día con ella. No me di cuenta de cuánto necesitaba ese tipo de compañía tranquila y relajada que siempre hemos tenido juntas.

Con las ventanas abiertas y una cálida brisa veraniega de la tarde entrando desde el lago, trayendo la fragancia de canela caliente y manzanas por toda la casa, me aferro a la simplicidad del momento como el pequeño pedazo de cielo que realmente es.

Pero solo es casi perfecto porque parte de mi corazón está a tres horas de distancia en Nueva York.

Quizás ella escucha mi suspiro mientras vuelvo a mi tabla de cortar y retomo el corte rítmico. O tal vez es solo intuición maternal lo que la hace demasiado consciente de la corriente subyacente de melancolía contemplativa que no he podido dejar de lado durante todo el día.

Se seca las manos, luego me rodea con sus brazos por detrás, con su barbilla apoyada en mi hombro. —Si prefieres volver a casa a la ciudad esta noche en lugar de quedarte a cenar, lo entenderé, ¿sabes?

—¿Qué? —Dejo mi cuchillo y echo los pimientos en un pequeño tazón de preparación—. No quiero irme. Estoy exactamente donde quiero estar, mamá. Estoy donde necesito estar ahora mismo.

—No estoy tan segura de eso. —Soltándome, se mueve a mi lado y se apoya contra la isla de la cocina para que tenga que mirarla—. Creo que lo que realmente necesitas es hablar las cosas con este joven tuyo.

Casi me hace reír escucharla referirse a Dominic Xavier Baine, multimillonario titán corporativo, como mi "joven". Ella nunca lo ha conocido, y no estoy segura de que haya comprendido completamente la magnitud de quién es él en el mundo de la industria global y los meganegocios. Para ella, Nick es simplemente el hombre del que su hija se ha enamorado. El hombre que sigo amando aunque siga rompiendo mi corazón cada vez que creo que está empezando a sanar.

No ha tratado de llamar otra vez desde esta mañana. Después de que mi mamá y yo regresamos a la casa del lago, escuché los mensajes que dejó en mi teléfono. Había estado temiendo escuchar muchas promesas vacías y disculpas, o argumentos de que había exagerado la otra noche. En cambio, los mensajes de Nick fueron breves, concisos.

Te extraño.

Te amo.

Por favor llámame.

He empezado a marcar su número más de una vez, decidiendo finalmente que lo que necesitábamos decirnos es demasiado trascendental para que ocurra en una llamada telefónica.

Y si soy totalmente honesta conmigo misma, estoy aterrorizada de que la próxima vez que hable con él pueda ser la última, que después de unirnos basados en mentiras y engaños, tal vez nunca podamos encontrar nuestro camino hacia un lugar de verdad.

Mi madre suspira, colocándome un mechón de pelo suelto detrás de la oreja mientras recojo el cuchillo y comienzo a descargar mis frustraciones en un puñado de tomates de colores variados—. Bueno, tú conoces tu propio corazón, cariño. Solo quiero que sepas que siempre estaré aquí para ti.

—Lo sé, mamá. —La miro y sonrío—. Te amo.

—Yo también te amo, bebé.

Ella vuelve al fregadero mientras termino la preparación de la ensalada y guardo todo en el refrigerador. Acabo de guardar el último tazón de verduras cuando suena el timbre de la puerta principal.

—Oh, probablemente sea mi nueva vecina —dice, dejando la olla que está lavando—. Le presté mi desbrozadora la semana pasada y sigue prometiendo devolverla.

Sacudiéndose las manos mojadas, alcanza la toalla colgada en la manija de un gabinete.

—Está bien, mamá. Yo atenderé la puerta.

Me dirijo a través de la pequeña casa hacia la puerta mosquitera del frente. Mis pies se detienen bruscamente, y por un segundo solo me quedo allí, congelada en el lugar.

No es la vecina de mamá.

Es Nick, parado en el porche sombreado de la antigua casa de mis abuelos. A pesar del calor, está vestido con jeans y una camiseta azul marino que solo resalta el brillante color cerúleo de sus ojos. Ojos que están fijos en mí con una intensidad impresionante desde el otro lado de la frágil puerta mosquitera con marco de madera.

—Hola —dice.

Solo una palabra. Una sola sílaba que libera toda una ola de emoción dentro de mí.

Trago saliva, buscando mi voz. —¿Qué haces aquí?

No pretendo que suene tan poco acogedor. Veo el destello de duda en su mirada. Lo veo en la forma en que no se mueve en absoluto, parado rígidamente frente a mí, con las manos hacia abajo a sus costados.

Respiro hondo e intento de nuevo. —¿No es hoy la ceremonia de inauguración del centro recreativo?

—Lo era. La postergué.

Lo miro fijamente. —¿La postergaste... para venir aquí?

—Necesito hablar contigo, Avery. Necesito... —Se interrumpe abruptamente y se pasa la mano por el cuero cabelludo—. Ah, mierda. Solo... necesitaba verte. Todo lo demás puede esperar.

Incluso el centro recreativo, el sueño que ha nutrido desde el concepto hasta su finalización.

¿Podría realmente querer decir eso? El hecho de que esté parado aquí deja poco espacio para la duda.

—Nick, no deberías haber hecho eso. El centro recreativo...

—Puede esperar —insiste—. En cuanto a las cosas que no debería haber hecho, esa es una lista larga. Esperaba que pudiéramos hablar de ello.

—Avery, ¿está todo bien? —Mi mamá se coloca a mi lado, con cautela cuando se da cuenta de que hay un hombre esperando afuera.

—Mamá, este es Nick.

—Oh. Hola. —Ella lo examina, su brazo rodeándome como para hacerme saber que no tengo que enfrentarlo sola si no estoy lista.

—Un placer conocerla, señora Ross. —Nick le da un sutil gesto de saludo, y noto que él elige referirse a ella con el apellido de mi padre en lugar de Coyle, el del monstruo indigno con quien ella cometió el error de casarse después de que papá murió—. Acabo de conducir desde Nueva York. Esperaba poder hablar con su hija un rato.

—No es a mí a quien necesitas preguntarle. —Su franca respuesta hace que su boca se curve en apenas una leve sonrisa.

—Sí, señora —está de acuerdo. Me mira y puedo ver la esperanza en sus ojos. También puedo ver el miedo en ellos—. Avery, ¿me dejarías hablar contigo? Por favor.

Alcanzo el pestillo frío de metal de la puerta mosquitera. —Vamos a dar un paseo.

Terminamos en el lago, en el muelle de madera detrás de la casa. No me sorprende que mis pies me guíen allí; a menudo hacía algunos de mis pensamientos más claros sentada en el extremo del largo paseo de tablones con los dedos de los pies colgando en el agua fría y oscura. Hago eso ahora, quitándome las chanclas y hundiéndome en la madera decolorada por el sol.

Nick sigue mi ejemplo, quitándose los mocasines Gucci y doblando las piernas de sus jeans antes de sentarse a mi lado. —Te pareces mucho a tu mamá.

Asiento. —Todos solían decir eso. Aunque ella era mucho más bonita. Parecía un ángel en las fotos de la boda que tengo de ella y mi papá.

—Estoy seguro de que sí. —Nick mira hacia el agua, con una pequeña sonrisa privada curvando sus labios—. ¿Este es el lago que solías visitar con tu abuelo?

—Este es. —Solo le mencioné el lago una vez, compartiendo con él cómo solía disfrutar pasar tiempo en el agua con el abuelo en su pequeño velero. Es surrealista estar sentada junto a Nick en este muelle ahora, incluso si nuestras razones para estar aquí no son las ideales.

—Puedo ver por qué este lugar es especial para ti. Es muy pacífico aquí.

Suspiro, mirando las ondulaciones brillantes que se extienden frente a nosotros. —No importaba lo difíciles que se pusieran las cosas para mamá y para mí, cuando veníamos aquí al lago parecía que nada malo podía tocarnos. Nunca me sentí más segura que cuando estaba justo aquí en el muelle de mis abuelos.

—Eso es algo que nunca tuve mientras crecía.

Su tranquila confesión atrae mi mirada hacia él. —¿No eras cercano a tus abuelos?

—No.

—¿Por qué no?

Se encoge de hombros, mirando al frente pero sin fijarse en nada en particular. —Los padres de mi madre eran del norte. Tenían dinero, por lo que entiendo. No aprobaban su matrimonio con mi padre, pero ella ya estaba embarazada de mí, así que no había mucho que pudieran decir al respecto. Mamá me dijo que la desconocieron poco después de informarles que yo estaba en camino.

—Qué cosa tan horrible para que ellos hicieran. Lo siento, Nick.

—No es una pérdida, ya que nunca los conocí. Nunca vi sus rostros.

Lo dice con indiferencia, pero no puedo imaginar cómo es para un niño tratar de entender por qué su propia sangre no querría tener nada que ver con él sin haberlo visto. —¿Y qué hay de tu papá? ¿Al menos conociste a sus padres?

Le toma un momento responder, como si estuviera buscando las palabras correctas. —Cuando yo todavía era un bebé, mi abuela se puso una escopeta bajo la barbilla y apretó el gatillo. En cuanto al padre de mi viejo, era un borracho violento, así que hice lo posible por mantenerme alejado del bastardo.

Cierro los ojos, tratando de contener mi horror ante la sombría imagen que ha pintado. No quise que nuestra conversación se desviara hacia este terrible territorio, pero es la primera vez que Nick se abre conmigo sobre las personas en su vida temprana o la forma en que creció.

—Pero sí tuviste el agua —le recuerdo suavemente.

Cuando Nick me llevó a Miami el año pasado y pasamos varios días a bordo de su hermoso velero, *Icarus*, me dijo que prácticamente creció en el océano. Ahora me pregunto si el agua fue

más una escapatoria para él que un puerto seguro como lo había sido para mí.

—Navegaba para escapar de la vida que tenía en tierra —dice, confirmando mis sospechas—. Mi padre era pescador. También lo fue su padre antes que él. Todos los hombres Baine durante varias generaciones se ganaron la vida con los pantanos y ensenadas de los Cayos.

—¿Pero tú no?

—Yo no. El viejo ni siquiera me enseñaría cómo sostener una caña de pescar. —Se ríe sin humor—. Prácticamente me odió desde el día en que nací.

Hago una mueca al escucharlo, mi corazón se niega a creer que Nick podría tener razón. —¿Por qué pensarías eso?

—Lo dejó bastante claro, créeme. Desaprobaba todo lo que hacía. Me ridiculizaba constantemente por ser demasiado débil, demasiado inútil para salir en el bote con él. Me llamaba marica porque me gustaba dibujar y pintar como mi madre. Afortunadamente, no estaba mucho en casa. Cuando la mayoría de la buena pesca se agotó, abrió una compañía de botes para pantanos y se ganaba la vida con los turistas.

—Tu padre no podría haber estado más equivocado acerca de ti, Nick. Eres el hombre más fuerte que conozco, en todas las formas que importan. No hay nada inútil en ti.

Me da una leve sonrisa irónica. —Supongo que debería agradecer al bastardo por empujarme a hacer algo de mí mismo. Baine International es el último jódete para ese hijo de puta sádico.

Alcanzo a acariciar la parte posterior de su cabeza. Es la primera vez que lo toco desde que ha estado aquí, y aunque no estoy segura de que encontraremos nuestro camino de regreso al lugar que nuestra relación necesita, ahora quiero que Nick sepa que me importa. Que creo en él y siempre lo haré.

Y por mucho que me duela escuchar sobre el trato imperdonable de su padre hacia él, no puedo evitar aferrarme al único rayo de luz

en medio de toda la desolación que ha descrito. —Tu mamá... ¿también era artista?

—No profesionalmente. Renunció a ese sueño cuando se casó con mi viejo. Pero sí, tenía un don increíble.

—Nunca la has mencionado antes.

—No.

—¿Por qué no, Nick? —Estoy aterrorizada de que me diga que ella también lo trató horriblemente. Pero tengo que saberlo—. ¿Era ella tan cruel como tu padre?

—Dios, no. Era tan amable como hermosa y talentosa. Fue lo único bueno que tuve en mi vida.

Mi alivio se escapa de mí en una profunda exhalación. —Entonces no entiendo. ¿Cómo podía permitir que tu padre te tratara así?

—Ella no sabía lo malo que era. No quería que pensara que yo era débil e inútil también. —Aparta la mirada de mí otra vez, retirando su mirada hacia la gran extensión del lago—. Y luego, cuando tenía diez años, le dio cáncer. Los médicos dijeron que podría vencerlo, pero nada funcionó. Ninguno de los dolorosos tratamientos de quimioterapia. Ninguna de las medicinas que la hacían vomitar y retorcerse como si le estuvieran desgarrando las entrañas. —Exhala pesadamente, luego suelta una maldición en voz baja—. Me senté a su lado todos los días durante siete meses, los últimos pocos pasados en el hospital. La vi morir en agonía, la sentí alejarse respiración tras respiración durante esas últimas semanas.

—Oh, Nick. —Tomo su mano en la mía. Las telarañas elevadas de cicatrices son suaves bajo mi toque mientras froto suavemente mi pulgar sobre el dorso de su mano—. Es por eso que parecías tan incómodo alrededor de Kathryn en su casa. Y en el hospital. Lamento si todo eso trajo recuerdos incómodos.

Levanta el hombro. —No he puesto un pie en un hospital desde que murió mi madre, aparte de la sala de emergencias a la que me llevaron en ambulancia la noche que mi padre me mandó a través de esa ventana ocho años después.

—¿Dónde está tu padre ahora?

Me lanza una mirada sardónica. —No hemos mantenido el contacto.

—¿Todavía está vivo?

—No me importaría de una forma u otra.

Sacude la cabeza, yendo a algún lugar distante ahora en su mente. Puedo ver la forma en que su mirada se desprende de mí. Está sentado a mi lado, pero lo siento empezando a alejarse de mi alcance de nuevo.

Tengo que preguntarme cuánto del hombre inalcanzable y atormentado que vi la otra noche fue moldeado por todo lo que Nick pasó cuando era niño.

Un pensamiento verdaderamente horrible comienza a tomar forma en mi mente mientras lo miro y proceso todo lo que ha dicho sobre la violencia y la degradación que sufrió a manos de su padre.

¿Y si el abuso fue más allá de lo mental y físico? Mi estómago se revuelve ante la idea porque yo también he pasado por eso. Sin mi madre para protegerme, dudo que hubiera sobrevivido.

Y por lo que acaba de describir, no tuvo a nadie después de que su madre murió. Ni una sola persona en su familia a la que pudiera recurrir.

—Nick, esa noche que peleaste con tu padre hace ocho años... ¿cómo empezó?

Se encoge de hombros, demasiado rápido, creo. —No recuerdo. Ambos estábamos borrachos. Empezamos a decir cosas que ninguno de los dos quería oír.

Recuerdo los pocos detalles que me ha contado sobre la confrontación que casi le costó la mano derecha, si no la mitad del brazo. Cualquiera que fueran las palabras dichas fueron lo suficientemente volátiles como para que su padre casi matara a Nick en su ira.

—Me dijiste una vez que tu padre te arrojó por esa ventana porque quería callarte —le recuerdo en voz baja—. ¿Qué era lo que no quería escuchar?

—No lo sé. Algo estúpido, probablemente. —Nick saca su mano de mi agarre suelto. Toma una larga respiración, luego la deja salir bruscamente—. No recuerdo mucho de esa noche. Ya no es importante.

Me está mintiendo. Lo acepto sin sentirme herida, pero me preocupa lo que contarle esta mentira le está haciendo a él. Puedo sentir el borde de desesperación en ella. Está guardando un secreto y lo está consumiendo vivo.

Un escalofrío me recorre porque estoy aterrorizada de saber lo que es. Yo también he sobrevivido a algo igualmente aborrecible.

No quiero presionarlo para que diga palabras que no está listo para decir, pero no puedo dejar que piense que está solo nunca más. Necesito que entienda que ahora soy alguien a quien puede recurrir. Siempre lo seré.

—Nick, ¿tu padre alguna vez...?

Con una maldición, me lanza una mirada salvaje y repulsiva. —No. Nunca. Jesucristo, era un idiota pero nunca me tocó. No de esa manera.

Gracias a Dios. Mi pecho se siente apretado y me doy cuenta de que había estado conteniendo la respiración esperando su respuesta. Busco algún indicio de que no está siendo sincero, pero todo lo que veo en su rostro es indignación de que yo incluso pensara tal cosa.

Tal vez mi percepción estaba equivocada sobre la naturaleza de su abuso por parte de su padre, pero todavía no estoy convencida de que no recuerde cada detalle de la noche en que él y su padre casi se mataron entre sí.

—Lo siento, Nick. Solo... tenía que preguntar.

—Lo sé. —Su expresión se relaja en algo tierno, toda su atención enfocada en mí. Acuna mi rostro en sus palmas—. Cada vez que pienso en lo que tu padrastro te hizo, Avery, desearía haber sido yo quien lo acabara. Lo habría hecho sufrir mucho más de lo que tú o tu madre lo hicieron.

Asiento, sabiendo que lo dice en serio. —Lo que me pasó a mí ya terminó. Lo superé. Mi mamá también lo superó. Gran parte de la

razón por la que puedo decir eso ahora eres tú, Nick.

—¿Incluso después de la otra noche? —Pasa la yema de su pulgar por mis labios—. No tengo excusas, Avery. Dijiste que no y eso debería haber sido suficiente.

—Me dijiste una vez que nunca necesitaría una palabra de seguridad contigo.

—Y no la necesitas. No la necesitarás, nunca más. —Su maldición es suave pero vívida—. Lo que hice estuvo mal. Te fallé. Cristo, te asusté.

Niego con la cabeza. —No tenía miedo. Estaba decepcionada.

Su mirada cae a mi boca como si quisiera besarme pero no se permitiera hacer nada más que simplemente sostenerme. —Odio haber perdido el control de la forma en que lo hice. Con el alcohol y contigo.

—Me pareció que necesitabas ese control. Y no creo que tuviera nada que ver con el whisky que estabas bebiendo.

Él absorbe mis palabras por un largo momento, tan largo que ni siquiera estoy segura de que vaya a responder. Cuando lo hace, su voz profunda tiene un temblor, como si sus emociones fueran casi demasiado para contener. —¿Tienes idea de cuánto te amo, Avery? Nunca me he sentido tan cerca de una mujer antes, de nadie. Te necesito. No puedo funcionar cuando no estás conmigo. Y eso me asusta como la mierda.

Me acerca más, sosteniendo mi rostro como si estuviera hecho de vidrio, pero mirándome con una ferocidad cruda que me sorprende. Todas las cosas que dice que siente, yo las siento por él también.

—Después de París, sentí lo que era perderte, Avery. Ahora que estás aquí conmigo otra vez, estoy muerto de miedo de que te alejes de mí.

Mi sonrisa tiembla en mis labios. —¿Así que en lugar de eso me alejas como lo hiciste la otra noche?

—Lo siento. —Acaricia mi mejilla, luego hunde una mano en mi cabello, con la palma en mi nuca—. Lo siento mucho por la forma en que te traté, las cosas que dije. No las decía en serio. No puedo

ofrecer excusas. Solo puedo prometerte que nunca volverá a suceder.

Cierro los ojos, queriendo creerle. Necesitando creer que puede cumplir esa promesa.

—Todas las cosas que dijiste que necesitabas de mí —susurra ferozmente—. Esas son las cosas que yo también quiero. Simplemente no sé cómo pedirlas. No estoy seguro de saber cómo darlas. Pero quiero intentarlo.

—Tengo que ver esas palabras en acción, Nick. —Trago saliva a pesar del nudo en mi garganta—. Darte esa oportunidad podría requerir más confianza de la que tengo para darte ahora mismo.

Asiente solemnemente. —¿Qué puedo hacer para demostrártelo?

—Esto es un comienzo. El que hayas venido aquí fue un comienzo.

Una mirada de alivio llena su apuesto rostro. —Después de que ignoraste todas mis llamadas, no estaba seguro de que estuvieras dispuesta a escuchar.

—¿Y viniste de todos modos?

—No hay ningún otro lugar donde quiera estar. —Acaricia mi mejilla, con un anhelo apenas contenido en sus brillantes ojos azules —. ¿Estaría bien si te besara ahora, señorita Ross?

Mi corazón está tan lleno y esperanzado, que no puedo contener mi sonrisa. —Me decepcionaría si no lo haces, señor Baine.

20

DESPUÉS DE QUEDARSE A cenar y comer buñuelos de manzana conmigo y mi mamá, Nick pasó la noche en el desgastado sofá a cuadros del living.

Es demasiado pronto para saber si nuestra conversación será el bálsamo duradero que nuestra relación necesitaba, pero en los tres días desde que regresamos a la ciudad, Nick y yo hemos sido prácticamente inseparables. Fiel a su palabra, me está dando todo lo que le pedí, incluso más.

Nunca me he sentido tan valorada, tan adorada. Ha sido tierno y atento cada hora que pasamos juntos, cuidando de no darme ningún motivo para dudar de él. Al hacer el amor ha sido infinitamente paciente, permitiéndome establecer nuestro ritmo, incluso cuando el calor entre nosotros está en su punto máximo. Incluso cuando puedo notar cuánto le cuesta rendirse al control que tantas veces ha usado como un arma y un escudo.

—Hola, hermosa —su voz profunda es como una cálida caricia mientras entra al baño del penthouse, donde acabo de salir de la ducha. La visión de él sin camisa y solo con unos jeans gastados me revuelve el estómago—. He estado en el estudio hablando por teléfono con Beck. ¿Hace mucho que llegaste a casa?

Hogar. No puedo contener la sonrisa que curva mis labios al oírle decir eso. Aunque no tengo planes de mudarme de mi propia casa, ni él me lo ha pedido, el lugar de Nick se siente como un hogar. Estar aquí con él es fácil, lo más natural del mundo, y por un momento simplemente me permito saborear esa sensación.

—Regresé de lo de Kathryn hace unos minutos —le digo, encontrando su sonrisa en el espejo del tocador frente al que estoy sentada. Llevo una bata de seda y el cabello envuelto en una toalla blanca—. ¿A qué hora Patrick nos llevará al centro recreativo?

—A las cuatro y media. El corte de cinta no es hasta las seis, pero habrá fotos de prensa y entrevistas que atender antes —camina detrás de mí y apoya sus palmas en mis hombros, inclinándose para besar el costado de mi cuello—. Hueles delicioso.

Él también. Cierro los ojos y respiro esa mezcla única de piel limpia y cálida con especias masculinas que se ha grabado indeleblemente en mis sentidos desde el momento en que me acerqué a él por primera vez. Si tuviéramos más de una hora antes de salir hacia el centro recreativo, ese aroma y la presión de su boca bajo mi oreja podrían tentarme a volver a la cama con él.

Todavía podrían hacerlo.

Se retira demasiado pronto para mi gusto. Sin embargo, sus manos permanecen sobre mí, acariciándome suavemente mientras su mirada sostiene la mía en el espejo. —¿Cómo se sentía Kathryn hoy?

—Igual. Durmió un poco más hoy que ayer cuando pasé a verla.

—¿Ha habido más conversaciones sobre cuidados paliativos?

Presiono mis labios, negando con la cabeza. —Pauline dice que Kathryn se niega a reconocer esa posibilidad. Cada vez que intenté sacar el tema con ella, lo esquivó.

Nick gruñe. —No es propio de ella evitar un tema incómodo. Siempre ha preferido enfrentarlos directamente —acaricia el costado de mi cara—. Como alguien más que conozco.

Giro en la silla tapizada de terciopelo del tocador y lo miro. —No parecía tener energía para hablar mucho hoy. Todo lo que quería era

que le contara sobre mi arte, en qué estoy trabajando ahora y cuándo será mi próxima exposición. Incluso me hizo anotarlo en su calendario para asegurarse de estar presente.

—Mente sobre materia —sugiere Nick suavemente, apoyando su cadera contra la encimera de mármol—. Tal vez hacer planes le ayuda a sentirse más en control del tiempo que le queda.

—Quizás. Mañana por la mañana se va por un par de semanas a su casa en los Hamptons. Cuando nos despedimos hoy, me abrazó durante muchísimo tiempo.

La mirada que me da está llena de solemne consideración. —Si prefieres saltarte el corte de cinta para pasar más tiempo con ella hoy, lo entenderé.

—No. Quiero estar contigo —tomo su mano y presiono un beso en su palma—. Hoy es un gran día, Nick. Además, Kathryn nunca me permitiría faltar a la ceremonia. Ella sabe que el centro recreativo también es importante para mí.

Asiente, acunando mi rostro. Su mirada se desvía hacia la encimera del tocador, donde he colocado algunas joyas que planeo usar hoy. Una de esas piezas es un reloj de oro y platino incrustado de diamantes. Uno que tiene un precio que nunca podría permitirme, ni siquiera ahora.

Una mirada de leve sorpresa —y placer— ilumina los ojos que vuelven hacia mí. —Todavía tienes el reloj que te di en París.

—Todavía lo tengo.

El impresionante reloj Cartier estaba en mi muñeca el día que dejé el departamento de Nick, devastada después de descubrir cómo había orquestado nuestro encuentro al principio y perpetuado la mentira durante todo el tiempo que habíamos estado juntos. Fue lo único que me llevé de él cuando dejé París, y solo porque no me di cuenta de que el caro regalo seguía en mi muñeca hasta que estaba en la fila de seguridad del aeropuerto de regreso a Estados Unidos.

—No lo he usado desde París. No podía.

Asiente como si ya lo supiera. Por supuesto que lo sabe. Me entiende mejor que nadie.

—¿Ibas a usarlo hoy por mí?

—Sí.

Lo toma, guardando silencio mientras contempla las joyas que brillan en la cara del reloj. Luego lo coloca cuidadosamente en mi muñeca de la misma manera que lo hizo aquella mañana en la terraza de su departamento.

—Quería que París fuera nuestro nuevo comienzo —dice mientras abrocha el delicado cierre. Niega lentamente con la cabeza—. No estaba listo entonces. Quería reiniciar el reloj, pero no estaba preparado para ser el hombre que necesitas. Sabía que no podía ser el hombre que mereces, Avery. No estoy seguro de que alguna vez seré lo que mereces.

—Eso no es algo que tú puedas decidir, Nick —saco mi brazo suavemente de su agarre y me levanto de la silla—. Lo que merezco me corresponde decidirlo a mí. Pero sé lo que quiero. Solo hay un hombre que necesito, y lo estoy mirando.

—Avery —pronuncia mi nombre en un suspiro y me atrae a sus brazos. Su beso es tierno pero profundo, su lengua explorando mi boca aunque puedo sentir el hambre apenas contenida que vibra a través de su poderoso cuerpo.

—Te amo —murmura contra mis labios—. Carajo, Avery. No vuelvas a dejarme nunca.

Cierro los ojos mientras la demanda susurrada con dureza resbala calurosamente por mi mejilla.

Me está pidiendo una promesa que no puedo dar completamente, no cuando mi conciencia me advierte que él y yo todavía tenemos puentes por cruzar. Lo he sentido desde que hablamos en la casa del lago: una molestia en mis entrañas que, por más valientemente que compartió los amargos detalles de su pasado, hay puertas que quizás nunca me permita abrir.

Acunando su firme mandíbula en mis manos, miro su mirada atormentada. —Nunca quiero dejarte, Nick. Te amo. Te necesito. Siempre lo haré.

Con un sonido áspero y quebrado, me abraza fuertemente, hundiendo su cabeza en mi pecho. Durante mucho tiempo, no se mueve. Luego, abruptamente, me suelta.

Girando sin explicación, me deja de pie en el baño, sola, confundida.

Y un poco recelosa cuando regresa un momento después sosteniendo algo detrás de su espalda.

—Hay una cosa más que quiero que uses por mí hoy —sus brillantes ojos azules me mantienen en una mirada incierta—. Cierra los ojos.

Mi respiración se corta porque hemos jugado este juego antes. Siempre con él en control, haciendo las exigencias. Yo en total sumisión.

No puedo recorrer este camino con él nuevamente. No de la manera en que lo hemos hecho en el pasado. Nuestra charla en el lago debería haber dejado eso claro.

Pero cierro los ojos de todos modos, porque necesito saber.

Algo frío y liso baja alrededor de mi cabeza, asentándose en mi cuello y cayendo entre mis pechos.

Perlas.

Bajo la mirada hacia el largo collar que brilla con la suave luz. No es la primera vez que las uso. Generalmente cuando Nick me las colocaba, lo hacía para retenerme. Para hacerme someter a cualquier placer oscuro que tuviera en mente para mí. No es que me quejara. El sexo con Nick nunca fue aburrido, e incluso en sus momentos más dominantes, su atención siempre estaba en mí.

Hasta la otra noche.

—Las he estado guardando para ti, Avery. He estado esperando la oportunidad de verte con ellas otra vez.

Toca las perlas que caen hacia mi escote, sus dedos deslizándose ligeramente sobre las gemas antes de rozar mi piel. No puedo suprimir mi estremecimiento de consciencia, ni la espiral de ardiente necesidad que cobra vida dentro de mí.

—Cuando te las di la primera vez, fue para mostrarte que podías confiar en mí. Pero fue un regalo egoísta. Te lo di para complacerme a mí mismo —levantando mi barbilla con la punta de sus dedos, eleva mi mirada a la suya—. Te las estoy dando ahora para mostrarte que todavía puedes confiar en mí.

La vulnerabilidad escrita en su apuesto rostro es demasiado para soportar. Está tratando de darme todo. Diciéndome que rendirá todo lo que es, todas las cosas que amo de él.

—Nick, confío en ti.

Niega con la cabeza como si no me estuviera escuchando. —Nunca voy a hacer nada que te lastime. Preferiría pegarme un tiro antes que hacerte temerme.

—*No* —enmarco su cabeza con mis manos, acercando su frente a la mía. Miro fijamente a sus ojos, necesitando que me vea. Quiero que entienda que no tengo miedo del hombre que veo frente a mí ahora—. Nick, sé que no me lastimarás. Y no te tengo miedo.

Una expresión miserable inunda su rostro. —La otra noche...

—La otra noche quedó atrás. Mírame. Siénteme —deslizo su mano bajo la suelta seda de mi bata, posando su palma en mi pecho antes de guiarlo hacia mi sexo. Sus dedos se flexionan al encontrar la humedad de mi hendidura—. ¿Eso se siente como miedo? No te tengo miedo. Y no soy un cristal que se va a romper si me tocas.

Lo beso, vertiendo todo mi deseo y necesidad por él en la febril unión de nuestras bocas. Sus brazos me rodean, sus manos deslizándose hacia abajo para descansar en la curva de mi trasero. Doy un paso atrás, desatando el nudo de mi cintura.

Mi fina bata cae, dejándome desnuda excepto por el reloj de Nick y el largo collar de perlas.

Su mirada se enciende con excitación mientras me observa. —Ah, Cristo.

Me alejo más, hasta que la encimera del tocador choca contra la parte posterior de mis piernas. Salto sobre ella y tomo la parte delantera de los jeans de Nick. Su erección se abultaba contra la cremallera. Lo libero, levantando el grueso tallo y los pesados

testículos en mi mano y luego empujando sus pantalones y bóxer hacia abajo por sus musculosos muslos.

Recostándome sobre la fría superficie de mármol, me abro para él, sosteniendo su hambrienta mirada.

El gruñido que escapa de él es animal y salvaje. Me recorre como una llamarada a la gasolina de mi deseo. Mi sexo palpita, anhelando toda la medida de su lujuria.

—Fóllame —le ruego—. Necesito que me folles ahora.

Se acerca, irradiando calor crudo desde su poderoso cuerpo. Una mano se aferra a mi cadera; la otra guía la goteante cabeza de su pene hacia la lista funda de mi cuerpo.

Se inclina hacia mí, tomando mi boca en un beso salvaje mientras me penetra. El empuje largo y duro me estira, adentrándose profundamente y arrancando un grito entrecortado de mis labios.

—Mmm —gimo mientras me llena de nuevo—. Dios, sí. Fóllame, Nick. Necesito que me folles duro.

Su respuesta es un gruñido estrangulado contra mi oído. —Pensé que nunca lo ibas a pedir.

21

—QUE DISFRUTE EL RESTO de su velada, señor Baine —me dice el portero del restaurante mientras me deslizo en la parte trasera de mi limusina privada detrás de Avery.

A las nueve en punto es temprano para dar por terminada la noche, pero después de pasar varias horas en la ceremonia de inauguración del centro recreativo y todo el alboroto mediático que conllevó, ansiaba una cena tranquila con Avery en algún lugar lejos de multitudes parlanchinas y cámaras con flash. El pequeño restaurante italiano del East Village, donde solo aceptan efectivo, no tiene mucho que admirar, pero la cocina casera ha estado atrayendo a la gente durante más de cien años.

—Eso. Fue. Increíble —dice ella una vez que nos acomodamos en el auto y Patrick se aleja de la acera—. Los mejores espaguetis con albóndigas que he probado en mi vida, sin duda. ¡Y el cannoli de chocolate estaba de locura!

Sonrío y tomo su mano entre las mías.

—Recuerdo que disfrutas la comida italiana auténtica, así que pensé que te gustaría este lugar.

—Me encantó —se acurruca contra mí en el amplio asiento de cuero—. Hoy ha sido un día increíble.

—Me alegra que hayas estado conmigo en la ceremonia —le digo, rodeándola con mi brazo y acariciando con mis dedos la suave piel de su brazo—. No habría querido compartir este día con nadie más.

—No me lo habría perdido por nada, Nick. Verte allí frente a la prensa y cientos de niños con sus padres, contándoles sobre tu visión para el centro y lo que esperas que aporte a la comunidad, es algo que nunca olvidaré.

Y yo nunca olvidaré mirar hacia la multitud y verla allí en la primera fila, con su rostro lleno de ánimo y emoción... y orgullo. Por mí. Incluso después de todo lo que le hice pasar hace un año.

Especialmente después de las cosas que he hecho más recientemente.

Me tomará un tiempo purgar la vergüenza por mi comportamiento la noche que regresamos juntos del hospital. Que haya accedido a darme otra oportunidad es nada menos que un milagro, pero entonces, eso es lo que Avery ha sido para mí desde el principio.

Un milagro que nunca esperé.

El ángel que haré cualquier cosa por merecer.

Se mueve a mi lado, acercándose y girando para mirarme de frente.

—El nombre que le diste al centro de artes en el edificio esta noche... no sabía que ibas a dedicarlo a tu madre.

Asiento.

—El Centro Elizabeth Xavier.

—Es un tributo muy apropiado para ella, Nick. Todo el centro recreativo es realmente algo especial. ¿Puedes creer que todas las clases creativas ya están completamente reservadas?

Exhalo un suspiro, pasando una mano por mi mandíbula.

—No esperaba eso, no.

—Eso solo demuestra la necesidad que estás cubriendo en la comunidad. Tal vez deberías considerar expandirte.

Me río porque su mente evidentemente funciona de manera similar a la mía.

—Le mandé un mensaje a Lily antes de que saliéramos al restaurante para programar una reunión de personal y discutir el uso de este centro como modelo para otras áreas de la ciudad.

—¿Por qué detenerse ahí? Cada ciudad del país podría usar un lugar de reunión como el que has creado. Lleva tu concepto a nivel nacional.

La miro fijamente, enmudecido por la profundidad de mis sentimientos hacia esta mujer. Tengo la confianza de gigantes corporativos y personas que valen muchos cientos de millones de dólares, pero la fe que veo en el rostro de Avery es la que me deja sin palabras. Llega hasta mí, hasta un lugar que solo ella ha podido tocar.

Dios, su fe en mí va más allá de la humildad. Me abruma.

También me da una fuerza diferente a cualquier otra cosa en mi vida.

Ella me hace creer que puedo hacer cualquier cosa. Ser lo que sea.

Superar cualquier obstáculo.

—Ha sido mi sueño desde el principio hacer que esto funcione en una gran comunidad y luego algún día ampliarlo. No lo digo por dinero o reconocimiento. Tengo suficiente de uno y no podría importarme menos el otro. Quiero hacerlo por los niños que necesitan un lugar así. Por aquellos que no tienen otro sitio adonde ir.

—Niños como tú —dice ella en voz baja, con ternura.

—Sí. Para niños como yo.

Sus dedos encuentran mi mano, la que está marcada con feas cicatrices. Su toque es ligero, sus yemas siguiendo los fantasmas de las laceraciones irregulares.

Normalmente cuando miro mis cicatrices —cuando apenas pienso en ellas— mi cabeza se llena con todos los recuerdos de esa noche, y los horrores que la precedieron. La voz furiosa de mi padre, las acusaciones que explotaron fuera de mí, todas finalmente

demasiado inmensas para que las siguiera cargando. Sus viciosas negaciones.

Su completo repudio hacia mí, su hijo.

—Eres un buen hombre, Dominic Baine.

—No. No lo soy. Pero quiero serlo. Por ti.

—Eres el único hombre que quiero. El único que amo.

Me atrae hacia su boca y me besa. Es un beso pausado y dulce, pero también puedo sentir la necesidad en él. Cuando se aparta, sus ojos están entrecerrados y oscurecidos en el tenue resplandor del interior de la limusina y el desenfoque de las luces de la ciudad que se deslizan por el otro lado de las ventanas.

—Entonces, en una escala de citas del uno al diez, ¿cómo lo estoy haciendo?

Ella ríe suavemente, la felicidad irradiando en su rostro.

—Fuera de la escala.

Gruño en reconocimiento.

—Si te refieres a esta tarde antes de irnos al corte de cinta, estoy de acuerdo.

Su sonrisa relampaguea.

—Bueno, definitivamente fue un buen comienzo.

—¿Estás sugiriendo que no has terminado conmigo, señorita Ross?

—Oh, estoy más que sugiriendo.

—¿Es así? —Mis cejas se alzan, junto con otra parte de mi anatomía que ya ha tomado ventaja. Miro hacia el espejo retrovisor donde los ojos de mi chofer de toda la vida permanecen debidamente enfocados en el tráfico nocturno—. Patrick, ¿qué tan rápido puedes llevarnos al edificio de Park Place?

Él se ríe.

—Haré lo mejor que pueda, señor.

Avery se incorpora, inclinando su rostro para susurrar en mi oído.

—¿Quién dijo algo sobre esperar hasta que lleguemos a casa?

Mueve mi mano hacia su muslo, donde su falda se ha subido lo suficiente para que deslice mis dedos hacia el calor entre sus

piernas. Su piel es infinitamente suave, ardiendo bajo mis dedos mientras me deslizo más arriba, hacia la unión de sus muslos. No está usando bragas.

Maldita sea.

Un jadeo superficial escapa de entre sus labios cuando acaricio la humedad de su sexo desnudo. Mi sangre late con fuerza, toda precipitándose hacia el sur hacia mi erección repentinamente insoportable.

No es como si no hubiera estado pensando en estar dentro de ella durante todo el maldito día.

Lleva un vestido azul marino de manga corta que de alguna manera logra verse clásico y sofisticado mientras abraza cada curva exuberante y desciende lo suficiente para lucir el largo collar de perlas alrededor de su cuello.

Captó la mirada de cada hombre al alcance de su vista, pero su atención nunca se apartó de mí. Y cada momento que pasó a mi lado sentí que mi pecho se hinchaba de orgullo y asombro de que esta extraordinaria y cautivadora mujer es mía.

Ahora necesito oírla decir las palabras. Necesito oírla decirlas en un grito placentero de liberación que no deje lugar a dudas.

Mi mano libre presiona el botón de la mampara de privacidad sin una palabra de excusa para Patrick.

Tan pronto como quedamos aislados de mi conductor, Avery ataca mi boca en un beso abrasador. Deberíamos estar saciados después de cómo nos unimos antes de salir para la ceremonia esta tarde. Pero ese duro y derretidor polvo fue solo un preludio al deseo que ahora estalla entre nosotros.

Y gracias a Dios por eso.

Ha sido una tortura tratar de ir más lento con ella las últimas noches. Nunca quiero ver miedo en su rostro cuando me mira. Nunca cruzaré esa línea con ella de nuevo —eso puedo prometérselo. Pero mi necesidad por ella es inmensa.

Hoy me hizo saber sin lugar a dudas que ella también quiere esto.

Demonios, sobre la encimera del baño hoy cuando se abrió para mí como una ofrenda dispuesta en el altar, exigió nada menos que todo lo que tenía para darle.

El hambre me desgarra solo al recordarlo. Veo esa misma invitación erótica en su mirada empapada de deseo ahora. Se acerca al centro del asiento de cuero, su falda subiendo por encima de sus caderas desnudas. El collar de perlas rueda con el sutil movimiento del vehículo. La larga hebra desciende, las cuentas cremosas deslizándose contra la hendidura sombreada de su sexo.

—Cristo —la maldición se arranca de mí, oscura y urgente—. Eres tan jodidamente hermosa.

Su boca sensual se curva ante mi elogio. Con sus ojos fijos en los míos, alcanza hacia abajo, sus dedos moviendo las perlas en una lenta caricia entre sus pliegues húmedos. Se arquea bajo su propia mano, sus dientes hundidos en su labio inferior mientras un suave gemido se eleva desde el fondo de su garganta.

Es más de lo que puedo soportar. Desciendo sobre ella, empujando sus muslos más separados mientras mi rostro se encuentra con su sexo y lamo su dulzura. Ella aspira con un jadeo, embistiendo contra mí mientras acaricio su clítoris con la lengua. Las perlas están cálidas y tersas contra mi cara, rodando entre nosotros con cada movimiento hambriento de mi cabeza entre sus piernas. Deslizo mis manos bajo ella y la inclino para que esté completamente a mi merced.

—Oh Dios —susurra, su columna ondulando al ritmo de los latigazos de mi lengua.

Con un gemido bajo, se incorpora para verme devorarla, sin pudor en su disfrute. Sus dedos se hunden en mi cabello en la parte posterior de mi cabeza, aferrándome contra ella en febril exigencia.

—Carajo —jadea mientras mantengo su mirada oscurecida y continúo mi asalto—. Nick... oh carajo.

Pequeños temblores vibran en las perlas que rozan mi boca mientras su clímax comienza a construirse. Cuando tomo el extremo de la hebra con mi lengua y la hago rodar sobre el capullo

endurecido de su clítoris, su cuerpo se estremece, temblando en mis manos.

No me detengo hasta que está llegando, hasta que su jadeo suave y superficial se convierte en un gemido y luego en un grito de placer incontenible.

Solo entonces me detengo el tiempo suficiente para desabrochar mi cinturón y cremallera lo necesario para tomar mi rígido miembro en mi mano y guiarlo hacia ella. Entro profundamente, demasiado perdido para ser gentil. Demasiado consumido por el amor y el deseo por esta mujer increíble para ejercer cualquier grado de control.

Sus brazos me rodean mientras me hundo en su estrechez, su sexo apretándome como un puño húmedo y caliente.

—Eres mía —murmuro contra su boca.

Escucho la súplica en mi voz ronca y sé que ella también debe oírla. Debe sentirla en cada embestida martilleante que me lleva al límite mismo de lo que su pequeño e imposiblemente ajustado cuerpo puede acomodar.

Y aun así no puedo llegar lo suficientemente profundo. Nunca podré, no con ella.

—Mía, Avery.

—Tuya —dice, aferrándose a mí mientras me muevo dentro de ella. Su hermoso rostro está laxo de placer, los labios entreabiertos en un jadeo—. Dios, Nick, sí... solo tuya.

Comienza a llegar al orgasmo nuevamente y sus agudos gritos me impulsan a un ritmo desesperado. Embisto fuerte, furioso en mi necesidad de liberación ahora.

Mi orgasmo estalla en una violenta oleada, inundándola en ráfagas calientes e implacables. Con un gruñido áspero, bajo mi cabeza hacia la curva en la base de su cuello y hombro, mis dientes aferrándose a su suave carne fibrosa mientras su vaina me exprime. Esas pequeñas contracciones me despojan de todo control. Me estremezco y sacudo sobre ella, agotado y completamente poseído.

Dios me ayude, nunca tendré suficiente de esto —de ella.

—Mía —susurro con dureza.

No me importa si ella sabe cuán desesperadamente necesito creer eso. Necesito que ella también lo entienda.

Mi pasado me ha arrebatado tantas cosas. La otra noche casi la aleja a ella también.

Nunca más.

No importa lo que tenga que hacer para asegurarme de ello.

Incluso si significa que tengo que atravesar el mismo infierno para mantenerla.

22

DESPIERTO SOLA EN LA cama de Nick en algún momento de la madrugada.

Habíamos hecho el amor otra vez después de regresar al penthouse, y luego nos quedamos dormidos satisfechos y contentos en los brazos del otro. Mi cuerpo todavía está cálido, mis sentidos aún vibrando por todas las formas en que nos dimos placer, por eso es un sobresalto abrir los ojos y darme cuenta de que él no está.

Las sábanas de su lado de la cama están frías. Su teléfono descansa en la mesita de noche donde lo dejó cuando nos acostamos. La habitación está oscura y silenciosa. No hay luz en el baño contiguo, ni en el pasillo que sale de la gran suite principal.

Un pánico irracional me invade cuando no veo ninguna señal de él por ninguna parte.

—¿Nick? —Mi voz suena hueca en la habitación oscura y vacía.

La aprensión hace que mi nuca se sienta pegajosa mientras me deslizo fuera de la cama y pongo mis pies descalzos sobre la alfombra. Poniéndome la pequeña bata de kimono que está colgada en el banquito acolchado al pie de la cama, salgo del dormitorio hacia el área de estar del penthouse. No está allí. Cuando tampoco lo encuentro en la cocina, camino ansiosamente por el corredor que conduce a su oficina y estudio.

—¿Nick? ¿Estás aquí?

Luego reviso el segundo piso del palaciego penthouse de ocho mil pies cuadrados, con la preocupación aumentando cuando no encuentro rastro de él en la biblioteca o en la sala de entretenimiento. No está en ninguno de los lugares donde podría haber ido a quemar horas de insomnio.

Tampoco salió a una de sus carreras nocturnas. Sus zapatillas para correr están todas organizadas perfectamente en el armario del vestíbulo, sin un solo par fuera de lugar.

Y de todos modos, no es propio de él dejarme a mitad de la noche sin decir una palabra.

Pienso en lo perturbado que ha estado desde que estuvimos separados. Siempre ha tenido sus demonios personales, pero parecía capaz de mantenerlos a raya hasta hace poco. ¿O no?

Recuerdo la habitación privada en la parte trasera de Dominion. Los destrozos que Nick me había ocultado durante todo el tiempo que estuvimos juntos el año pasado. La confesión de que había estado caminando al borde del abismo de la desesperación y el tormento en los meses antes de que nos conociéramos.

Una oscura posibilidad se filtra en mi subconsciente, una que me hiela tan solo de considerarla.

No.

Oh Dios, no.

—¡Nick!

Corro de regreso al dormitorio, mi mente girando con cientos de escenarios horribles, cada uno con un desenlace que estoy demasiado aterrorizada para imaginar. Mi corazón está en mi garganta, mi pulso martillea tan fuerte en mis sienes que casi no escucho el sonido ahogado de lamento que viene de algún lugar cercano. Pero entonces lo escucho nuevamente y me quedo inmóvil, con todas mis facultades concentradas en ese ruido lastimero de animal herido.

—¿Nick? —Cada célula de mi cuerpo se siente estirada hasta el punto de quebrarse mientras me dirijo hacia donde parece venir ese

horrible ruido.

El enorme vestidor de Nick está abierto, pero completamente oscuro en su interior.

No tan oscuro como para no ver la gran figura desnuda acurrucada en el suelo, en la esquina más alejada.

Oh, Nick.

Ahora no hablo. En cuanto entro, reconozco instantáneamente que él no está consciente de mi presencia ni de su entorno. Encogido como un niño con las rodillas dobladas y los brazos fuertemente abrazados a ellas, se mece hacia adelante y hacia atrás, con los ojos abiertos pero sin ver. Soñando aunque parece estar completamente despierto.

Me muerdo el labio para contener el suave grito que brota de mi garganta al verlo así. Desnudo. Aterrorizado. Atrapado en una angustia psíquica lo suficientemente fuerte como para arrancarlo de nuestra cama y arrastrarlo aquí en la oscuridad.

No sé qué hacer. Una parte de mí sabe que despertarlo podría causarle mayor dolor y miedo, pero no puedo apartar la mirada. No puedo dejarlo sufrir así solo.

Me acerco a él, acomodándome a su lado en el suelo. Tentativamente, me acerco a él, mis dedos se posan en su cabello, mi toque es cuidadoso, destinado solo a calmar, no a sobresaltar. El sudor empapa las gruesas ondas negras. Su gran cuerpo tiembla contra mí, pareciendo estremecerse hasta los huesos.

Cuando no se aparta de mi caricia, envuelvo su ancho hombro con mi brazo. Se desploma sobre mí, su respiración es superficial y rápida. El gemido que le escuché hacer antes comienza a formarse nuevamente.

—Shh. Está bien. —Sosteniéndolo contra mi pecho con un brazo, uso mi otra mano para acunar su cabeza, acariciando los mechones húmedos de su cabello—. Estás a salvo conmigo, Nick.

—No. —La negación es aguda, pero susurrada bajo su aliento. Traga saliva, su cabeza moviéndose de un lado a otro bajo mi mano —. Él puede oírme. Me va a encontrar aquí.

El hielo se forma detrás de mi esternón, junto con una rabia como nunca antes había sentido. —¿Quién te va a oír, Nick? —le pregunto suavemente—. ¿Quién te va a encontrar?

Sacude la cabeza otra vez. —Silencio. Tengo que esconderme o me va a encontrar. Me va a lastimar otra vez.

Oh, Dios. Acaricio su hombro voluminoso, mis brazos apenas lo suficientemente largos para abrazarlo por completo. Sin embargo, entiendo que no es a Nick el hombre a quien estoy protegiendo ahora, es al niño que una vez fue. El niño inocente y artístico cuyo padre maltrató y denigró durante tanto tiempo como Nick puede recordar.

Y ahora la enfermiza sospecha que he tenido sobre su pasado —sobre el abuso que sufrió en su infancia— se cristaliza en una escalofriante certeza. La bilis sube por la parte posterior de mi garganta y me cuesta todo lo que tengo para no desmoronarme y empezar a llorar. Tengo que ser fuerte por él ahora. Tengo que ser fuerte por el niño que todavía está roto y angustiado por dentro.

—Nadie puede lastimarte más —susurro, acercando su gran cuerpo lo más posible contra mí—. Nada malo te va a encontrar mientras estemos juntos.

No sé si me escucha. No estoy segura de querer que sepa lo que acabo de presenciar aquí. Solo quiero que se sienta seguro.

Creo que en algún nivel debe sentirlo. Un suspiro desgarrado sale de él mientras entierra su rostro en mi pecho.

Su agarre sobre mí es inquebrantable, como si se estuviera ahogando y yo fuera su única línea de vida.

Pasan largos minutos antes de que su respiración se profundice y se nivele a algo cercano a lo normal. Es aún más tiempo antes de que los temblores finalmente comiencen a disminuir. No sé cuánto tiempo nos quedamos así, acurrucados juntos en el suelo en la oscuridad.

Solo sé que lo sostendré durante el tiempo que sea necesario.

Si me lo permite, me aferraré a él para siempre.

23

EN ALGÚN LUGAR CERCANO suena un teléfono celular. Abro los ojos al mismo tiempo que siento un movimiento detrás de mí y escucho el gemido somnoliento de Nick.

Es de mañana. Y estamos en la cama juntos, yo acostada de lado y él abrazándome por detrás.

El timbre del teléfono se silencia abruptamente, luego su brazo baja alrededor de mi torso y me atrae más hacia el calor de su cuerpo desnudo.

Su voz susurra contra mi oído. —Buenos días.

—Qué... —trago con la garganta reseca, la confusión enredando mis pensamientos—. ¿Cómo llegamos aquí? ¿Había estado soñando anoche?

Pero no, la sensación de náuseas persistente en mi estómago no estaba ahí por ningún sueño, ni siquiera una pesadilla.

La angustia de Nick hace unas horas —el terror nocturno que lo alejó de mí— fue real.

Tan real como su cuerpo ardiente presionando contra mis curvas desnudas ahora. La rígida longitud de su excitación se mueve en un ritmo lento entre mis piernas, preparándome para su entrada.

—Nick, anoche...

Besa mi nuca, el calor de su boca en mi piel sensible cortocircuita mi cerebro ya lento por la mañana. Respiro hondo e intento nuevamente.

—¿Cómo regresamos a la cama anoche?

—Te cargué. —Otro beso, acompañado por el movimiento fluido de sus caderas detrás de mí, su miembro deslizándose distrayentemente a través de mis pliegues húmedos—. Lamento si interrumpí tu sueño.

¿Interrumpir mi sueño? Me muevo en el colchón, liberándome del tentador enredo de nuestros cuerpos. Por mucho que disfrute la sensación de su desnudez contra la mía, no puedo fingir que lo que presencié anoche no sucedió realmente.

Lo cual es aparentemente lo que Nick pretende hacer.

—Nick, deberíamos hablar de eso. —Suspiro cuando la cabeza de su miembro se coloca en la entrada de mi sexo y empuja suavemente hacia adentro. Oh, Dios. Se siente tan bien. Gimo, tratando de aferrarme a mi sentido de la razón, pero él no me lo está poniendo fácil.

—Quédate, nena. —Su voz vibra contra mí mientras comienza a moverse en un ritmo suave y seductor—. No quiero hablar ahora, ¿de acuerdo? Solo quiero estar dentro de ti así por un rato.

Me relajo, amando la sensación de él. Amando cómo se siente estar así juntos.

Él gime, y suena tan contento que es difícil para mí negárselo. O negármelo a mí misma. Después de la aterradora experiencia que tuve con él anoche, yo también necesito este contentamiento. Necesito esta sensación pacífica de intimidad, posiblemente tanto como él.

Pero no puedo ceder sin saber que está bien.

Necesito entender contra qué está luchando porque, en última instancia, yo también estoy luchando contra eso ahora.

Giro mi cabeza y coloco un beso tierno en el musculoso bíceps que me sostiene con tanta ternura. Sé que Nick siente que me

quedo quieta en sus brazos. Él disminuye el ritmo ante mi resistencia, luego se detiene.

—¿Te estoy lastimando?

Su preocupación me desgarra. —No. Pero me duele por ti, Nick.

Me muevo fuera del círculo de su abrazo, cerrando los ojos con pesar mientras nuestros cuerpos se separan. Girando para mirarlo, coloco mi mano contra la sombra áspera de barba que oscurece su mejilla. Sus ojos buscan los míos, pero puedo ver lo mucho que quiere esconderse de mí en este momento.

—Estoy preocupada por lo que pasó anoche —confieso suavemente—. Estoy preocupada por lo que vi.

Sus labios se aplanan con el fruncimiento de su ceño. —A veces camino dormido. Solo es un mal hábito que va y viene a veces.

—Nunca sucedió antes —señalo—. Estuve contigo varios meses, la mayor parte del tiempo durmiendo justo aquí en esta cama contigo. Esto nunca sucedió, Nick.

Él intenta una mirada de incredulidad despreocupada y leve. —Me sorprende que no haya pasado. Me alegra también. Es terriblemente vergonzoso saber que ando tambaleándome en la oscuridad y digo un montón de tonterías sin sentido cuando estoy bajo estrés.

—¿Estás bajo estrés ahora? —El hecho de que no responda con una rápida réplica o una broma evasiva habla por sí solo—. ¿Yo estoy añadiendo estrés a tu vida?

—No. Nunca. —Sostiene la parte posterior de mi cabeza y me clava una mirada solemne—. Tú eres mi piedra angular, Avery. Mi única paz verdadera. Estar contigo hace que todo lo demás sea soportable.

—¿Qué es todo lo demás?

Más silencio, luego su teléfono celular comienza a sonar de nuevo.

Se aleja de mí con una maldición para silenciar la interrupción. Por un largo momento su cabeza cuelga hacia abajo, mirando

fijamente la pantalla. Con otra maldición, más virulenta esta vez, golpea el dispositivo contra la mesita de noche.

Me apoyo en mi antebrazo, mirando su espalda inclinada. —¿Estás teniendo problemas en la oficina? Parece que alguien realmente quiere comunicarse contigo esta mañana.

Gruñe, sentado en el borde de la cama. —Hará frío en el infierno primero.

El veneno en su tono me toma por sorpresa. No hemos terminado nuestra conversación, pero él se levanta, lanzándome una mirada de remordimiento. —Necesito una ducha. Estoy apestando por esos malditos sudores nocturnos.

Un nudo se forma en mi garganta mientras lo miro. Quiero decirle que se quede, gritarle que hable conmigo, que me deje entrar.

Si finge que esto no es importante, si simplemente se aleja —incluso si es solo hacia la habitación contigua— será imposible para mí creer que alguna vez superaremos este momento.

Después de lo que sucedió anoche, todos los avances que hemos logrado juntos no servirán de nada si no puede confiarme su corazón... con el secreto que temo que ha estado guardando desde que era un niño.

—Avery —dice suavemente, tomando mi barbilla con el borde de su mano—. Hablaremos más. Solo... dame un poco de tiempo para ordenarlo, ¿de acuerdo?

Asiento, el alivio escapando de mí en un pesado suspiro. —De acuerdo.

Su palma se curva a lo largo del costado de mi rostro, sus ojos llenos de tierno afecto. —De acuerdo.

Hipnotizada y tan enamorada que mi pecho duele por ello, lo miro caminar hacia el baño. Acaba de desaparecer en el espacioso baño privado cuando su teléfono suena nuevamente.

—Yo lo atiendo. —Me estiro y tomo el dispositivo, pensando que simplemente se lo llevaré al baño y él podrá decidir qué hacer con el persistente interlocutor que aparentemente no está dispuesto a rendirse pronto.

Pero entonces miro la pantalla y mi corazón da un pequeño vuelco cuando veo el código de área de Florida. Podría ser cualquiera, pero dada la forma en que Nick ha estado actuando —dada la terrible forma en que lo encontré anoche— sé que esta llamada no proviene de cualquier persona.

Él ya ha salido del baño cuando doy unos cuantos pasos alejándome de la cama, el teléfono sostenido entumecidamente en mi mano. Levanto la cabeza y nuestros ojos se encuentran. Estoy segura de que los míos se ven confusos, interrogantes.

Su mirada es compungida. Atormentada.

Resignada.

El teléfono todavía está sonando cuando se lo entrego.

Lo silencia sin siquiera mirar la pantalla. —Mi padre tuvo un derrame cerebral hace cinco años. Entiendo que fue debilitante. Nunca se recuperó, y desde entonces ha estado viviendo en un hogar de ancianos al sur de Miami.

La voz de Nick es monótona, como si estuviera hablando del clima, no del hombre que lo crió, lo maltrató... casi lo mata el día que Nick y él pelearon por última vez.

—Me dicen que su demencia ha empeorado en los últimos meses. Al parecer ya no recuerda que nos odiamos. O, diablos, tal vez sí lo recuerda. Durante los últimos dos meses ha estado llamándome, pero como el bastardo ya no puede hablar, simplemente se queda ahí al otro lado de la línea. Respirando. Esperando. Jodiéndome la cabeza.

Camino hacia él, tratando de encontrar una manera de reabrir nuestra conversación anterior sin presionarlo demasiado rápido. No quiero que me excluya. —¿El hogar de ancianos sabe esto?

Asiente con rigidez. —Sus cuidadores en el hogar piensan que le haría bien tener contacto con la familia. Qué suerte la mía, soy yo.

—¿Qué les dijiste?

—Les dije que me importa un carajo lo que podría ser bueno para él. Les dije que le dijeran al hijo de puta que yo lo dije.

Un recuerdo me inquieta en el fondo de mi mente. Algo en lo que apenas he pensado hasta ahora. —Esa mañana en mi casa, Nick... después de que pasaste la noche. Cuando bajé, estabas hablando por teléfono con alguien y esas fueron casi tus palabras exactas. ¿De eso estabas hablando? ¿De tu padre?

Aprieta el teléfono en su puño, su expresión tensa con ira contenida. Y dolor.

Miro el tormento en su apuesto rostro y no hay necesidad de preguntar cuánto tiempo ha estado sufriendo terrores nocturnos nuevamente. No tengo duda de que comenzaron alrededor del mismo tiempo en que su padre empezó a intentar comunicarse con él.

—¿Qué diablos quiere de mí, Avery? Después de todo este tiempo, ¿cree que podemos reparar toda una vida de desprecio? —Se burla con fragilidad—. ¿Realmente espera que después de maltratarme durante los primeros dieciocho años de mi vida pueda venir buscando simpatía porque se está pudriendo en un hogar de ancianos en algún lugar? ¿O no está satisfecho con haberme jodido lo suficiente?

Acorto la distancia entre nosotros mientras habla, anhelando aliviar la agonía que está festejando dentro de él. Quiero eliminar los demonios que están destruyendo al hombre que amo.

Pero para hacer eso, primero Nick tendrá que enfrentarlos.

—Tal vez esas son preguntas que necesitas hacerle a tu padre.

Me mira furioso como si lo hubiera traicionado solo con la sugerencia. —¿Preguntarle?

No es fácil sostener su mirada indignada. Nuestra conexión es demasiado fuerte. Siento su angustia y furia simplemente mirando su rostro. Y sé algo de lo que está pasando porque he estado en un infierno similar. Uno del que Nick me ayudó a salir en un momento en que estaba segura de que nunca sanaría por completo. Yo también tenía un secreto feo, y si no fuera por él, todavía me estaría consumiendo viva.

—Sé lo que es llevar dolor y odio en tu corazón —le recuerdo—. Es corrosivo. Es un veneno autoadministrado, Nick. El único al que daña es a ti.

—No puedo enfrentarlo de nuevo, Avery. No me importa lo que él crea que quiere o necesita de mí ahora que está a las puertas de la muerte. Ya nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos. Tengo las malditas cicatrices para probarlo.

—Nick —digo suavemente—. No quiero que vayas allá por él. Hazlo por ti mismo.

Sacude la cabeza, su mirada cerrándose incluso antes de considerarlo. —No necesito nada del bastardo ahora. Tuvo su oportunidad de ser un padre. Diablos, tuvo su oportunidad de ser un ser humano decente, pero evidentemente incluso eso era pedir demasiado. No necesito respuestas de él, si eso es lo que piensas. Seguro que no necesito sus disculpas.

—Lo sé. —Me acerco a él, apoyando mis palmas contra su pecho —. Pero creo que necesitas perdonarlo. Si tú y yo vamos a tratar de construir un futuro juntos, necesitas encontrar una manera de liberarte del dolor que te causó tu padre.

Algo oscuro parpadea sobre sus rasgos ahora. No puedo nombrar la emoción, y cuando trato de estudiarla más de cerca, Nick parpadea y desaparece. La ha guardado ahora, en algún lugar donde no quiere que la encuentre. Mi corazón duele al ver ese sutil retiro. Si tenemos alguna posibilidad de lograrlo esta vez, él necesita confiar en que puede mostrarme todo lo que es.

Necesita ser capaz de llevarme a los rincones más oscuros de su pasado y saber que nunca lo dejaré.

—Sé que lo que te pido no es fácil para ti. Tampoco será fácil para mí verte sufrir. —Sostengo su rostro, implorándole que vea cuánto significa para mí—. Pero tampoco puedo ver cómo este problema entre tú y tu padre destruye al hombre que amo. Te amo tanto, Nick. Es por eso que te pido que hagas esto. Por ti. Por mí. Necesito que hagas esto por nosotros.

—Si voy... no sé qué encontraré allí.

La sobria confesión es tan vulnerable que me trae el picor de lágrimas a la parte posterior de mis ojos.

—Lo sé. Y sé lo aterrador que debe ser. —Apoyo mi mejilla contra su esternón, escuchando el latido fuerte y constante de su corazón —. Pero no tendrás que hacerlo solo. Iré contigo. Vamos a hacer esto juntos.

24

TRES DÍAS DESPUÉS, LA mano de Avery descansa cálidamente en la mía mientras caminamos juntos hacia el edificio de ladrillo color arena en Homestead donde mi padre ha vivido durante los últimos cinco años.

Por supuesto, *vivido* es un término relativo. Mientras Avery y yo somos recibidos por una recepcionista veinteañera distraída que luego nos dirige hacia el ala de la institución reservada para cuidados de enfermería a tiempo completo, no puedo evitar sentir una pequeña punzada de lástima por el viejo.

Después de pasar toda su vida en el agua en los Cayos, este laberinto de pasillos y habitaciones de enfermos con paredes color topo debe sentirse como una maldita prisión.

Un estado monótono y prolongado del infierno.

No es que no se haya ganado su parte de él en muchos sentidos.

Aunque para ser justos, no es el único hombre Baine que merece una temporada en el infierno.

—Tú debes ser Dominic —dice una mujer corpulenta con un gran peinado y una sonrisa amable cuando llegamos a la estación de atención en el área de mi padre. La mujer me estrecha la mano, luego la de Avery, presentándose como la supervisora de piso de la tarde—. Tengo que decir que nos sorprendió saber que vendrías. Y

tan pronto. Estoy segura de que significará mucho para Bill saber que estás aquí.

Se siente extraño escucharla mencionar a mi padre con tanta familiaridad, como si lo conociera. Como si realmente le importara el malhumorado hijo de puta. Quizás el derrame cerebral lo suavizó.

Aunque William Baine solo parecía tener problemas para llevarse bien con su propio hijo. Solo otra de las razones por las que aprendí a odiarlo desde temprana edad.

La mujer nos hace un gesto a Avery y a mí para que la sigamos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde que vino a verlo, Dominic?

—Nunca he venido. Mi padre y yo no somos cercanos.

—Ya veo —No me pierdo el rastro de juicio en su tono. También está en el movimiento de su mirada, la ligera compresión de sus labios.

Mientras caminamos a lo largo del pasillo, los dedos de Avery se flexionan en mi agarre, un recordatorio tranquilizador de que está conmigo. Que permanecerá conmigo en cada paso de este dudoso viaje.

No me doy cuenta de lo rápido que late mi corazón, de lo húmedas que se han puesto mis palmas, hasta que nos acercamos a una habitación con la puerta cerrada. Su cortina beige transparente está corrida a través del estrecho panel de vidrio, ocultando la habitación sin luz y su único ocupante. A la derecha del marco de la puerta hay una placa removible con el nombre William "Bill" Baine.

Han pasado dieciséis años desde que lo vi; ahora todo lo que nos separa son unos pocos metros de baldosas de linóleo desgastadas y la puerta por la que tendré que caminar por mi propia voluntad.

La encargada baja la voz.

—Antes de que entre, siento que debo advertirle que su padre no está bien. Ha estado decayendo por algún tiempo. Yo, eh, no sé si alguien le ha dicho, pero ahora está en las primeras etapas de insuficiencia renal. Usualmente eso significa que estamos a cuestión de semanas antes de que sus órganos comiencen a fallar.

—Sí —Asiento—. Estoy al tanto.

Siento la tierna mirada de Avery sobre mí, su suave inhalación cuando escucha esta noticia por primera vez. No hemos hablado de lo que implicará este viaje o qué podría esperarme al otro lado de esta puerta. Ella me ha dado paciencia infinita esta semana, permitiéndome todo el tiempo y espacio que necesito para ordenar mis sentimientos en preparación para este viaje.

Más importante aún, me ha dado su amor.

—Solo para que entienda, Dominic, incluso si su padre está despierto, no podrá hablarle. Pero puede escuchar, así que cualquier cosa que quiera decirle, sepa que él entenderá aunque ya no tenga la capacidad de expresarse o responder.

Gruño, impactado por la ironía.

Después de todas las veces que sus palabras me hirieron, ahora es mi turno de devolverle el favor.

La mujer mira su reloj, luego me ofrece una sonrisa cortés.

—Estaré en la estación de enfermería de donde venimos si necesita algo. Tómese todo el tiempo que necesite.

Avery y yo nos quedamos allí por un largo momento una vez que estamos solos. Mis pies se sienten arraigados al suelo. Mis pulmones parecen estar secándose, dificultándome respirar.

—¿Estás bien? —El toque de Avery es ligero como una pluma en mi mejilla—. Si no estás listo para hacer esto ahora, podemos volver...

—Estoy listo —Rozo mis labios contra los suyos en un breve beso mientras suelto su mano.

—Te amo —dice, sosteniendo mi rostro en sus suaves palmas—. Voy a estar justo aquí afuera todo el tiempo.

Mi asentimiento se siente tembloroso. También mi mano mientras alcanzo el pestillo de la puerta. El entramado de cicatrices se vuelve blanco mientras agarro la fría palanca de metal y empujo el panel para abrirlo.

La habitación está oscura. Tan jodidamente silenciosa.

Una cama vacía está más cerca de la puerta, pero apenas la noto mientras me acerco a la otra, la que contiene una forma encogida

envuelta en sábanas blancas y una delgada manta color trigo.

No voy a mentir, la vista de mi padre acostado allí es un shock.

El hombre que alguna vez fue alto y musculoso con cabello negro azabache como el mío está tan disminuido que nunca lo habría reconocido. Cabello gris enmarañado cubre un cráneo envuelto en piel amarillenta y manchada. Los ojos que sé que son del mismo azul brillante que los míos están cerrados en sueño, y la boca que solía gruñir cosas tan explosivas y feas hacia mí ahora cae del lado izquierdo, evidencia duradera del derrame cerebral que lo envió a este lugar hace cinco años.

Me impacta su incapacitación, lo pequeño que parece en comparación con el monstruo furioso de mi juventud. Su cuerpo inmóvil es extremadamente delgado, las largas piernas que solían llevarlo tan ágilmente en la cubierta de su barco de pesca ahora lucen esqueléticas bajo las sábanas, incapaces de soportar incluso su peso disminuido. Extendidos a sus costados, sus brazos están moteados con los moretones de la vejez y medicamentos anticoagulantes.

Los puños poderosos que me golpearon solo una vez —aquella última noche que estuve en su casa— yacen nudosos y huesudos al final de sus muñecas como garras inútiles.

—Jesucristo.

Una sorprendente sensación de tristeza me invade mientras estoy junto a su forma dormida. No quiero sentir compasión por él. Después de todo, él nunca la tuvo por mí. Nunca tuvo nada en su corazón para mí excepto animosidad.

Y duda.

Esto último fue lo que me hirió más profundamente. Es lo que me mueve a hablarle ahora, aunque esté roncando silenciosamente, completamente dormido.

—¿Tienes dolor, viejo? —Mi voz es baja y ronca con una emoción no deseada mientras lo miro en la cama—. Quería pensar que lo tendrías. Pensé que quería verte sufrir.

Tomo aire y me sorprende escuchar el nudo en mi garganta. No quiero sentir nada por el bastardo insensible. Quiero mirarlo con la misma indiferencia, el mismo descuido que él siempre me mostró.

Pero no puedo.

—Eras mi padre, hijo de puta —susurro espesamente—. Se suponía que debías estar ahí para mí. Se suponía que debías protegerme.

Trago saliva pasando el nudo de angustia y rabia que he estado llevando dentro de mí desde que era un niño de once años. Su sabor amargo llena mi boca ahora, tan acre como el veneno.

—Se suponía que debías amarme. Maldita sea, papá. Deberías haberme mantenido a salvo de él.

Ante esa acusación ahogada, mi padre se agita en el colchón. Sus ojos permanecen cerrados, pero puedo ver que su mente está atravesando las telarañas del sueño. En algún lugar dentro de esa cáscara encogida de hombre, él sabe cómo me falló.

No solo cuando era niño, cuando lo admiraba y quería ser como él. Sino también después. Después de que mi madre se fue y yo era un niño afligido que necesitaba bondad. Tan hambriento de consuelo que habría recurrido a cualquiera... y lo hice, solo para descubrir que venía con un costo impensable.

Necesité a mi papá años después, cuando era un adolescente autodestructivo y desordenado. Él tampoco estuvo allí para mí entonces. Siempre alejándome. Siempre asegurándose de que solo tuviera motivos para evitarlo, para odiarlo.

Lágrimas calientes corren por mi rostro. Las limpio con rabia, furioso conmigo mismo porque una vez más —incluso después de todo este tiempo— mi padre me ha reducido al debilucho que siempre creyó que era.

—Mierda.

Esto no es lo que quería hacer aquí. No vine hasta aquí para llorar junto a la cama de mi padre. Desde luego que no vine aquí para llorar por mí mismo.

Miro por encima de mi hombro hacia la puerta cerrada. Avery se apoya contra la pared en el lado opuesto del pasillo, su cara vuelta a un lado, otorgándome la privacidad que prometió.

No tenía un plan para lo que le diría, o incluso lo que esperaba escuchar. Todavía no sé por qué he venido, aparte de demostrarle a ella que podía hacerlo.

Por ella —*por nosotros*— haría cualquier cosa. Quiero hacerlo. Pero no puedo hacer esto.

No frente a él, incluso si no se da cuenta de que estoy aquí.

No puedo hacer esto frente a ella.

Ahora que estoy aquí, todo lo que quiero hacer es salir de la habitación.

—Mierda —Avergonzado, giro mi rostro hacia mi brazo, secando mi mejilla en la manga corta de mi camisa—. Ganaste, papá. Tenías razón. Soy un jodido cobarde, justo como siempre dijiste.

Me alejo de la cama y salgo furioso de la habitación con una dura maldición.

—¿Nick? —La mirada confundida, luego decepcionada de Avery cuando salgo al pasillo casi me mata.

No me detengo a explicar. No puedo.

—Necesito salir de aquí.

—Está bien.

Ella se coloca a mi lado, apresurándose conmigo mientras mis pies me guían en un camino rápido y urgente fuera del edificio. No vuelvo a respirar hasta que estoy en el estacionamiento.

Entonces, una vez que estoy fuera del olor medicinal del edificio, todo el aire de mis pulmones explota fuera de mí en un sollozo violento y desgarrador.

25

LAS MANOS DE NICK parecen congeladas al volante de nuestro auto rentado. El motor del Porsche está en marcha, pero aún no hemos salido del estacionamiento de la residencia de ancianos. Apenas ha pronunciado una palabra desde que entramos al auto.

Yo también he estado callada, dándole tiempo para procesar. Esperando a que decida que es seguro abrirse y dejarme entrar. Todo lo que sé es que su padre durmió durante la breve visita. Nick casi parece aliviado por ese hecho. Basándome en lo angustiado que estaba cuando salió de la habitación, solo puedo imaginar lo difícil que sería para él enfrentar al hombre cuando estuviera despierto.

Mi corazón todavía reverbera con el sonido de su sollozo desgarrador. Quiero abrazarlo, pero todo lo que veo cuando lo miro ahora es su impulso de escapar. Su mente parece fija en un punto que está a un millón de kilómetros de donde él y yo estamos sentados.

O quizás no tan lejos después de todo.

Creo que sigue atrapado en un lugar ubicado en algún punto de los Cayos. Uno que Nick pensó que había dejado atrás cuando tenía dieciocho años.

Lo miro y me aterra que permanezca atrapado en ese horrible lugar para siempre.

—Deberíamos irnos —murmura sin mirarme.

Cuando pone su mano en la palanca de cambios, cubro sus dedos con los míos. —¿Ir a dónde?

—A casa. De vuelta a Nueva York. Llamaré a mi piloto para que prepare un plan de vuelo para nosotros.

—Nick. —Mantengo mi agarre en su mano, no dándole otra opción más que mirarme—. No creo que irnos ahora sea una buena idea.

—Claro que no quiero quedarme aquí.

—Lo sé —ofrezco suavemente—. Pero creo que tienes que hacerlo. Esto no ha terminado. No terminará hasta que pongas a descansar todos tus demonios.

Él se burla. —El único demonio que me queda por enfrentar es ese bastardo encogido que está en esa residencia de ancianos. Por lo que a mí respecta, está justo donde pertenece. Y ahora quiero que volvamos a donde pertenecemos.

—No puedo hacer eso, Nick.

Su rostro se endurece, las cejas se juntan en un ceño fruncido. —Necesito que lo hagas.

—No. —Sacudo la cabeza—. No, eso no es lo que necesitas. Necesitas enfrentar las cosas que te sucedieron en tu pasado. Todas ellas, Nick. Creo que necesitas volver al lugar donde todo comenzó.

La maldición que sale de su garganta es feroz. —No voy a volver allí. No puedo.

—Sí puedes. —Acaricio la mano con cicatrices y los nudillos que se han puesto blancos por su agarre de hierro en la palanca de cambios—. Viniste aquí para tratar de perdonar a tu padre. Si no pudiste hacerlo hoy, entonces quizás necesitas encontrar alguna manera de entenderlo... y lo que hizo.

—¿Lo que hizo?

Busco palabras suaves, aunque sé que no hay forma delicada de sacar a relucir el tema del abuso de Nick. ¿Pero realmente piensa que no he podido ver las señales obvias? Yo también he estado ahí. Veo mis piezas rotas reflejadas en él cada vez que miro en sus ojos.

—Nick... sé que fuiste lastimado cuando eras joven. Puedes decírmelo. Sabes que lo entenderé. Sabes que no disminuirá nada de lo que siento por ti.

Su cabeza se echa para atrás ligeramente, como si su mente estuviera regresando al aquí y ahora. —¿Crees que mi padre me violó? —Mira hacia abajo, frunciendo el ceño. Cuando vuelve a mirarme, hay una desolación en sus ojos que me rompe el corazón —. No fue mi padre, Avery. Fue su padre. Mi abuelo.

~ ~ ~

No he visto la vieja casa en Cayo Largo desde que tenía dieciocho años.

Estacionado en el camino de tierra descuidado y lleno de maleza frente a ella ahora, parece una reliquia de pesadilla de un set de película de terror de monstruos de pantano. Apropiado, pienso, mientras corto el motor del auto rentado y miro mi hogar de infancia a través del parabrisas.

—¿Estás listo? —pregunta Avery desde el asiento del pasajero.

No creo que alguna vez estaré listo para volver a entrar en el escenario de mis propias pesadillas. Pero asiento hacia ella y abro la puerta. Salimos juntos y ella me encuentra frente al vehículo, tomando mi mano.

Puedo sentir su aprensión mientras caminamos hacia el porche hundido del bungaló frente al mar. Todavía es de día, así que la casa es visible en toda su gloria abandonada. En los cinco años desde que mi padre ha estado en la residencia de ancianos, es obvio que nadie ha mantenido el lugar.

El dosel de árboles cubiertos de musgo está escuálido y marrón. Las altas hierbas de pantano en el jardín se han convertido en semillas hace tiempo. El bungaló había sido pintado de un blanco inmaculado por las propias manos de mi madre antes de que enfermara. Ahora la estructura de madera y bloques de hormigón está despellejada y desgastada hasta un gris sucio.

Mientras nos acercamos, noto que Avery se esfuerza por ver más allá del modesto lugar donde me crie, hacia la otra casa más grande

que se alza detrás en una pequeña pendiente. Si todavía se le podía llamar casa. Por mal que se vea mi hogar de infancia, esta otra casa está completamente inhabitable.

Las amplias escaleras que conducen a la entrada de la casa con columnas están hundidas, inaccesibles. El techo ha sido aplastado por un enorme roble, muy probablemente desarraigado durante una antigua tormenta. Las ventanas del frente se abren como una sonrisa desdentada. La casa es monstruosa y, aunque obviamente está vacía, me cuesta permitir que mi mirada se detenga en ella.

—Mis abuelos vivían allí —le digo a Avery antes de que tenga que preguntarme—. La vieja casa del capitán y la tierra sobre la que está construida han estado en la familia Baine por generaciones.

Solo ahora su paso vacila. Su mirada es severa con comprensión. —¿Vivía justo en tu patio trasero?

Me encojo de hombros, pero el movimiento se siente forzado. —Él y mi padre pescaban juntos en su barco todos los días durante más de treinta años.

Ella no se mueve, solo me mira por un largo y doloroso momento. —Nick, ¿tu padre sabe lo que te pasó?

—Lo sabe.

Aunque me disgusta entrar al bungaló, ahora que estamos aquí, no puedo evitar que mis pies me lleven adentro. Avery y yo subimos los dos escalones de cemento hasta la puerta principal. Mi padre nunca la cerró con llave, pero incluso si lo hubiera hecho, el marco podrido no iba a evitar que alguien entrara por la fuerza.

No es que haya alguien aquí de quien preocuparse.

El lodo y el aserrín de las termitas que probablemente han infestado el lugar explotan en una suave nube cuando empujo la puerta para abrirla. Dentro, la casa está húmeda y mohosa, abandonada.

—Cuidado dónde pisas —le digo a Avery mientras entramos en el crujiente suelo cubierto de polvo del vestíbulo.

Un pasillo corto conduce a través del centro de la casa hasta la cocina. A la izquierda está la sala de estar y un comedor formal

conectado que nunca usamos después de que mamá se fue. A la derecha, una escalera conduce a dos dormitorios en el segundo piso y una puerta trampa que se abre al ático.

Noto que la pálida alfombra es la misma que cuando era niño. Debajo de años de descuido, todavía puedo ver la mancha de pintura oscura que derramé en el tercer escalón durante el verano después del quinto grado. La mancha oxidada parece sangre. Sé que eso es lo que está en la mente de Avery cuando la veo mirarla también.

—Estaba pintando en la cocina mientras papá estaba pescando. Perdí la noción del tiempo, y cuando me di cuenta de que pronto llegaría, me apresuré a guardar mis cosas antes de que las viera.

Ella asiente, ya familiarizada con el hecho de que mi padre desaprobaba mi amor por el arte. —¿Alguna vez vio alguno de tus trabajos? Parece que si viera tu talento...

—No le interesaba nada de lo que hacía, y menos aún mi pintura. —Me encojo de hombros, guiándola lejos de las escaleras y más adentro de la casa.

—Dijiste que tu madre era pintora. ¿Desaprobaba también su arte?

—No. La adoraba a ella y todo lo relacionado con ella. Supongo que lo único que hizo que no se ganó su aprobación fui yo. —Cuando Avery inclina la cabeza en cuestión, completo los espacios en blanco—. Me dijo más de una vez que nunca quiso hijos. Tenía treinta y seis años cuando conoció a mi mamá mientras entregaba lubinas a un hotel en Miami. Se juntaron y ella quedó embarazada poco después. Si no fuera por eso, creo que tampoco planeaba casarse nunca.

Terminamos en la cocina, aunque no tengo nada específico que ver en la casa. Me sorprende ver la pequeña mesa de desayuno. Parecía mucho más grande cuando mi papá estaba inclinado sobre ella bebiendo un vaso de Jack como si fuera café de la mañana mientras hojeaba el periódico.

Uno de esos periódicos está doblado pulcramente sobre la mesa, amarillento y curvado en los bordes. Junto a él hay un vaso de jugo vacío, cubierto de una película de sal. Ambos artículos esperando su regreso, como si solo se hubiera alejado por unos minutos, no cinco años.

Por alguna razón, siento lástima por el hombre ahora que estoy caminando por los restos de su vida vacía y enojada. Me acerco para tirar el viejo periódico. Cuando lo dejo caer en el bote de basura abierto al final del mostrador, perturbo a la ratona y sus media docena de crías que han hecho su nido detrás del contenedor.

Avery grita mientras los roedores se dispersan alrededor de sus pies. No puedo contener mi risa mientras ella huye de la cocina hacia la aparente seguridad del comedor como si una manada de animales salvajes la estuviera persiguiendo.

—Está bien, ya se fueron —le digo—. Puedes volver.

Pero ella no regresa.

—¿Avery? —Ahora soy yo quien está dominado por un miedo repentino e irracional. Salgo disparado hacia el comedor.

Y la encuentro parada adentro, su mirada clavada en una pieza enmarcada colgada en la pared.

—¿Es esta una de las pinturas de tu madre?

Cuando me paro a su lado, siento que toda la sangre se drena de mi cabeza. No puedo creer lo que estoy viendo.

—No. No es de ella. Es una de las mías.

—¿Una de las tuyas? —Coloca su mano en mi espalda, boquiabierta tan abiertamente como yo—. Si esta es una de las tuyas, Nick, entonces eso significa que...

—Es la única que queda.

Mi voz es monótona, pero no puedo evitarlo. Solo tenía cinco pinturas de las que estaba lo suficientemente orgulloso como para conservar cuando salí del hospital y finalmente dejé este lugar para siempre. Me llevé esas cinco pinturas conmigo a Nueva York. Un par de años después las destruí todas, consecuencias de mi propia ira sin sentido hacia Kathryn... y hacia mí mismo.

Pensé que esta también había sido destruida.

No por mí, sino por mi padre la noche que peleamos a pocos pasos de donde estoy con Avery ahora.

Estoy completamente en shock al ver mi pintura de nuevo. Más aún, al verla colgada en la casa del viejo.

Miro fijamente la pintura expresionista de un pájaro blanco elevándose sobre la superficie del agua cristalina azul, sus plumas apenas rozando las olas. Sobre las gloriosas alas, una puesta de sol brillante explota en vibrantes tonos dorados. Recuerdo trabajar en esta pieza, mi sensación de logro al ver que mi visión del fuego y el agua y el delgado plano de armonía que existe entre ellos tomaba forma en mi lienzo. Había estado ridículamente orgulloso de esta.

Avery apoya su cabeza contra mi hombro mientras estudia mi trabajo. —Lo pintaste a él también. A Ícaro.

—Sí. —Sonrío, girando mi cabeza para presionar un beso en la suya—. No puedo creer que esté aquí. Que él la guardara. Pensé que la había tirado después de arruinarla esa noche.

Ella me mira, frunciendo el ceño. —¿Qué noche?

—La noche que peleamos allá en la sala de estar.

—¿Esa es la habitación? ¿Esa es la ventana por la que él...

Asiento, mi mano cicatrizada apretándose ante el recuerdo.

—Cuéntame qué pasó, Nick.

Veo la noche desarrollándose en mi mente mientras alcanzo y cuidadosamente quito mi pintura de la pared. La coloco sobre la mesa del comedor, mi aliento saliendo de mí en un largo y pesado suspiro.

—Tenía dieciocho años y había estado bebiendo con un grupo de amigos en la fiesta de un ricachón cerca de Tavernier. Noté que tenía mucho arte en las paredes. Algunas eran una mierda, pero otras eran buenas. Realmente buenas. Comenzamos a hablar y le dije que yo también pintaba. Le dije que tan pronto como ahorrara algo de dinero, me mudaría a Miami e intentaría abrirme camino con mi trabajo, y él dijo que le gustaría ver lo que tenía. Dijo que trajera mi mejor pieza por la mañana y tal vez la compraría.

A mi lado, Avery me mira con cautela. —¿Esta pintura?

—No quería esperar hasta la mañana. No quería arriesgarme a que cambiara de opinión mientras tanto. Así que volví a casa. Papá ya estaba borracho cuando llegué aquí. Comenzó a hablarme sobre dónde había ido y una docena de otras quejas que sentía que tenía que expresar. Le dije que no tenía tiempo para sus pendejadas y corrí escaleras arriba para buscar mi trabajo.

Avery se apoya contra la mesa para quedar frente a mí, su expresión tierna pero grabada con temor.

—Me siguió escaleras arriba, llevando un vaso de bourbon. Por la forma en que hablaba y se tambaleaba, supuse que ya había tomado varios antes de que llegara a casa. Cometí el error de decirle lo que estaba haciendo, el interés que alguien tenía en mi arte. Pensé que podría quitármelo de encima, pero solo lo hizo más desagradable.

—¿Más desagradable, cómo? —pregunta cuando me toma un momento decidir cómo continuar. Cuánto debería decir—. Nick... ¿qué te dijo?

Suelto una risa quebradiza. —Volvió a uno de sus insultos favoritos: que lo último que quería era criar a un hijo que fuera un maricón. Que necesitaba olvidarme de la pintura y endurecerme o la vida me masticaría y me escupiría. Dijo que no quería tener un maricón artístico como hijo, que por mi propio bien necesitaba ensuciarme las manos como un hombre de verdad. Como él y su padre.

Avery se estremece. —Jesús.

—Estaba borracho —digo, sin saber por qué siento la necesidad de defenderlo—. Nunca lo había visto tan borracho. Tan jodidamente beligerante. Pero yo también estaba borracho. Exploté. Antes de darme cuenta, estaba diciendo cosas que nunca le había dicho antes. "¿Quieres que sea un hombre de verdad, eh? ¿Un hombre de verdad como tú, un borracho asqueroso y una excusa patética de padre? ¿O tal vez piensas que debería ser un hombre de verdad

como tu padre, es eso? ¿Un monstruo enfermo que se excita follando niños pequeños?"

Los ojos de Avery se cierran brevemente, pero no antes de que una lágrima se deslice por su rostro. —Oh, Nick.

Ella me alcanza, y me toma toda mi fuerza de voluntad quedarme quieto y aceptar su consuelo. Estoy vibrando de ira ante estos recuerdos. Pero no puedo evitar que inunden mi mente ahora.

—Nunca olvidaré su expresión. Su rostro entero simplemente... se desplomó. Como si se estuviera derritiendo por lo que había dicho. Entonces su furia estalló. Me llamó mentiroso. Dijo que lo estaba inventando, solo tratando de lastimarlo. —Me río absurdamente ante la idea—. Jesucristo, como si lo que me pasó a mí lo lastimara a él en absoluto. Explotó. Simplemente jodidamente perdió la cabeza de rabia. Me arrojó el vaso de bourbon, pero me agaché. En lugar de golpearme, se estrelló contra mi pintura.

Mi mano derecha se mueve hacia el pequeño desgarro que ha sido parcheado desde abajo pero que todavía está presente en el lienzo. La tenue mancha del whisky arrojado todavía oscurece algo de la pureza de las plumas del pájaro.

—La arruinó —declaro sin emoción—. No podía llevarla al hombre que podría haberla comprado después de eso. Mi padre destruyó mi trabajo. Destruyó mi primera oportunidad potencial de salir de este maldito pantano. Con o sin la pintura, decidí que me iría esa noche. ¿Por qué carajo no me dejó ir?

—¿Qué hizo?

—Me siguió cuando bajé las escaleras hacia la sala de estar. Seguía llamándome mentiroso, diciéndome que lo que dije sobre mi abuelo no era cierto. Pero era cierto. Todo ello. ¿Cómo podía no ver el mal en su padre? Pasó prácticamente todos los días de su vida en un barco con ese cabrón. Tenía que saber algo de cómo era realmente su padre, ¿no?

Ella lentamente sacude la cabeza, aparentemente sin palabras. No hay palabras que puedan cambiar lo que pasó. Nada puede decirse que borre el daño.

—Quería lastimar al viejo de la manera en que su negación me estaba lastimando a mí. Así que le conté todo. Le di detalles, feos. Gráficos. No le ahorreé nada. Ni siquiera cuando comenzó a golpearme, diciéndome que me callara. Simplemente seguí hablando. Le conté cómo empezó: el abuelo invitándome a su casa después de que mamá muriera, diciéndome que podía llorar frente a él si lo sentía, que no se burlaría de mí como lo hacía papá. Comenzó a tocarme poco después de eso. Dijo que estaba bien porque éramos familia. Luego comenzaron las otras cosas. Se lo describí todo a mi padre, deleitándome en su repulsión, en la ira que no podía controlar. En algún momento, recuerdo pensar que solo deseaba que finalmente me matara. Si quería callarme, negar todo lo que había experimentado, ¿por qué no me acababa allí mismo? Lo siguiente que supe fue que estaba atravesando esa ventana.

—Dios mío —murmura Avery, su voz quebrándose—. Nick, lo siento tanto. Siento lo que pasaste. Siento que tu padre se negara a creerte, que pudiera lastimarte así.

Me burlo. —El hecho de que me llamara mentiroso fue peor que el resto. Peor que la lesión en mi mano y brazo. Peor que la pérdida de mi arte.

Ella asiente, y sé que entiende. Avery, de todas las personas, entiende lo que estoy sintiendo y lo difícil que ha sido mantener todo esto dentro durante tanto tiempo.

Su toque es un cálido consuelo, su mirada feroz y amorosa. —No has perdido todo tu arte, Nick. Él guardó esto para ti. —Se queda callada, considerando en silencio por un momento—. Nick, tal vez estaba arrepentido por lo que te hizo esa noche.

¿Podría ser cierto? Es casi imposible para mí comprenderlo. El viejo nunca dijo que lo sentía. No por esa noche. No por nada, maldita sea.

Miro mi representación de Ícaro sobre la mesa. —Nunca pensé que la vería de nuevo. Había desaparecido cuando regresé del hospital después de mi lesión. Simplemente asumí que la había tirado.

—Parece que intentó restaurarla.

Asiento, sintiéndome extrañamente entumecido mientras paso mi dedo sobre las toscas reparaciones. ¿Por qué se molestaría? ¿Por qué la mantendría en su pared cuando no podía soportar la idea de que yo pintara cuando realmente vivía aquí?

Puede que nunca tenga esas respuestas. Dudo que alguna vez pueda comprender la animosidad de mi padre hacia mí o sus vehementes negaciones de todo lo que le dije.

Pero Avery tenía razón en que necesitaba ver esta casa de nuevo. Necesitaba caminar por este lugar y darme cuenta de que no queda nada aquí que pueda lastimarme.

No el odio desconcertante de mi padre hacia mí.

Ni siquiera los horribles recuerdos de lo que mi abuelo me hizo.

Ninguna de esas cosas puede tocarme mientras Avery esté a mi lado.

La beso, abrazándola cerca por un largo rato. —Gracias.

—¿Por qué?

—Por amarme. Por estar conmigo. Nunca habría venido aquí si no fuera por ti. —Presiono mis labios en su frente—. Tenías razón, Avery. Tenía que hacer esto. Me alegro de haberlo hecho. Y ahora estoy listo para irme.

—Sí. —Sonríe amorosamente y asiente—. Pero no sin esto.

Ella cuidadosamente toma la pintura enmarcada y una mirada desconcertada aparece en su rostro.

—¿Qué pasa?

—No lo sé. Hay algo... —Ella da vuelta al marco.

Pegado en la parte posterior hay un sobre amarillento. Uno que lleva mi nombre y la dirección de la oficina de Baine International en Nueva York, escrito con la letra audaz de mi padre.

—¿Qué demonios? —Quito el sobre y levanto el sello quebradizo —. Hay una carta dentro.

La saco y desdoblo la única hoja de palabras escritas a mano.

Las palabras de mi padre, una confesión fechada solo semanas antes de su derrame cerebral.

26

EL PADRE DE NICK está despierto cuando llegamos a su habitación a la mañana siguiente.

Su cama está inclinada en posición semi-sentada, con la cabeza girada hacia el lado contrario de la puerta. No parece notar que hemos entrado. Su respiración sigue siendo lenta y acompasada. Su frágil cuerpo inmóvil.

Pasamos la noche en un hotel de la zona, aunque no creo que Nick haya dormido más de un par de horas. Dos veces me desperté para encontrarlo caminando pensativamente en la oscuridad. Antes de que saliera el sol, ya estaba duchado y vestido, sentado en el sofá de cojines duros con la carta de su padre desplegada entre sus manos.

Debe tener cientos de preguntas para el anciano recostado en la cama dentro de esta habitación. Estamos aquí con plena conciencia de que no obtendremos respuestas ahora. Todo lo que William Baine podría haberle dicho a su hijo durante su vida está contenido en la carta de hace cinco años que Nick probablemente ya ha memorizado.

Mientras entramos en la habitación de su padre, Nick permanece en silencio, como si lo estudiara a través de una lente nueva y desconocida. Cuando finalmente el rostro envejecido gira en nuestra

dirección, veo mejillas hundidas y amarillentas que contienen rastros del rostro más joven y apuesto que adoro. La línea recta de la nariz. La mandíbula cuadrada. Los sorprendentemente brillantes ojos azules que nos miran con cautela mientras nos acercamos.

Hay una silla para visitas junto a la cama. Nick me la ofrece, pero niego con la cabeza. Me quedaré de pie con él. Siempre me mantendré junto a él, sin importar lo que tenga que enfrentar.

Nick aclara su garganta. —Vine ayer, pero estabas dormido.

Ningún saludo cálido. Solo una declaración escueta de hechos. Mi corazón se oprime al escuchar la distancia que existe entre el hombre que amo y el que lo engendró.

—Esta es Avery —dice—. Ella es la razón por la que estoy aquí.

Nick me mira, la intensidad de su mirada me dice que no se refiere simplemente a que soy la razón por la que está en esta habitación. Significa algo más profundo que eso. Aprieto su mano, esperando que entienda que él significa lo mismo para mí.

Miro al anciano frágil y moribundo en la cama y es difícil reconciliarlo con el padre que alejó a su hijo de manera tan dura y repetida. Al menos ahora sé por qué.

Le doy un leve gesto de reconocimiento. —Hola.

No responde. Su mirada cautelosa vuelve a Nick como si se estuviera preparando para una confrontación que espera recibir.

—Pasé muchos años enojado contigo —dice Nick, su voz profunda y sin emoción—. Pasé casi dos décadas temiéndote. Odiándote.

El rostro de su padre es estoico, pero esos brillantes ojos azules están llenos de incertidumbre. Incluso de miedo.

Nick frunce el ceño, sacudiendo lentamente la cabeza. —Mientras crecía, lo único que quería era estar cerca de ti. No podía entender por qué me despreciabas. Seguía intentando descubrir qué había hecho mal. Sabía que nunca me quisiste. Nunca hiciste un secreto de eso.

Las cejas salpicadas de canas de su padre se fruncen. Emite un pequeño gemido, su cabeza comienza a moverse de lado a lado

contra la almohada.

—No —dice Nick—. Ahora tienes que escucharme. Es mi turno de hablar.

Pongo mi mano en su hombro, tratando de calmarlo, de anclarlo. Sé que todavía está enojado y herido. Quizás lleve esas cicatrices para siempre. Pero vino aquí con cosas que decir. Cosas que necesita soltar mientras aún tiene la oportunidad de ser escuchado.

Exhala con fuerza y luego intenta de nuevo. —No fuiste un buen padre. Ni siquiera estoy seguro de que hayas sido un buen hombre. Estaba convencido de que no podías serlo, no cuando podías decirme tantas cosas crueles, con tu constante ridiculización y denigración, el tormento que parecía diseñado para alejarme. ¿Qué clase de padre hace eso? ¿Qué clase de hombre?

La boca flácida de William Baine tiembla sin emitir sonido mientras su hijo habla. Se agita, frustración en sus ojos.

—Me hacía esas preguntas todos los días. ¿Cómo podría mi propio padre estar tan ferozmente determinado a convertirme en un desgraciado sin corazón e insensible como él? ¿Por qué se esforzaba tanto en alejarme?

El sonido que hace su padre es ahogado, como si se estuviera atragantando con todas las palabras que no puede formar.

—Porque eso es lo que estabas haciendo —dice Nick en voz baja —. Estabas tratando de hacerme fuerte. Querías alejarme. Tenías que hacerlo. No porque me odiaras. Sino porque tenías miedo de amarme. Estabas muerto de miedo de que, en el fondo, pudieras convertirte en la misma clase de monstruo que fue tu padre.

Ya no hay más esfuerzo por hablar. Se queda inmóvil ahora, con profunda miseria en su rostro envejecido y flácido.

—Avery y yo fuimos a la casa ayer. Encontramos la pintura. Encontramos tu carta.

Su padre cierra los ojos. Un sollozo silencioso burbujea entre sus labios resecos.

Solo entonces Nick extiende su mano para tocar al anciano, apoyándola en el hombro huesudo que ahora se estremece con

temblores mientras su padre lucha con emociones que permanecen atrapadas en su garganta.

—Desearía que me hubieras dicho que él también te había lastimado. Cristo, desearía que se lo hubieras dicho a mamá. Si alguien lo hubiera sabido, nos habrías ahorrado a ambos tanto dolor. —Nick maldice en voz baja—. Guardar el secreto solo facilitó que él continuara con el enfermizo ciclo. Le permitió seguir adelante, abusar de alguien más. Podríamos haber puesto fin a todo si tan solo hubieras encontrado una manera de decírmelo, papá. Maldita sea, deberías haberme advertido.

Su padre llora mientras Nick habla. Puede que no sienta mucha simpatía por la forma en que William Baine eligió manejar su relación con su hijo, pero es imposible no sentir cierto grado de lástima por la angustia que está experimentando ahora, al verse obligado a escuchar de primera mano cómo sus decisiones y secretos afectaron a su único hijo.

—No vine hoy aquí para regañarte —le dice Nick—. No tengo necesidad de molestarte. No es por eso que vine. Solo... solo quería verte una vez más.

Y probablemente la última vez, dado el acelerado deterioro de su padre.

Nick comienza a alejarse de la cama. Apenas ha dado un paso cuando uno de los brazos delgados y moteados lo alcanza, dedos huesudos aferrándose a su mano dañada. Los ojos de su padre se fijan en los suyos, lágrimas cayendo libremente ahora.

El arrepentimiento y la necesidad de absolución están grabados en todo el rostro del anciano.

—Lo sé, papá. —Nick asiente solemnemente—. Yo tampoco puedo recuperar nada de lo perdido. Ojalá pudiéramos. Lamento que ambos hayamos tenido que compartir esta cosa horrible. En cuanto a él... me alegro de que esté muerto. Gracias por eso.

Otro sollozo escapa de la temblorosa boca de William Baine. La angustia en su demacrado rostro es casi insoportable de presenciar.

Pero Nick se mantiene firme. Ahora es lo suficientemente fuerte para ambos.

Aprieta la mano temblorosa de su padre. —Quiero que sepas que estoy bien. Soy feliz... gracias a ella. —Me atrae hacia él, bajo el refugio de su brazo—. Volví hoy, papá, porque quiero que sepas que entiendo todo lo que hiciste, y por qué. Y te perdono.

Los labios del anciano se separan, pero el único sonido que escapa de ellos es una larga exhalación ronca. Sé lo que está tratando de decir. Estoy segura de que Nick también lo sabe.

Te amo.

Lo siento.

Nick se libera del débil agarre en su mano. Con una palma tierna, acuna la parte posterior de la cabeza gris de su padre. —Descansa en paz ahora, papá.

Con un murmullo de despedida, Nick se aleja de la cama y me atrae hacia él mientras salimos juntos de la habitación.

27

LLEVAMOS APROXIMADAMENTE UNA HORA en el aire, regresando a Nueva York. Estoy sentado en un sillón de cuero frente a Avery a bordo del jet corporativo de Baine International.

Mi pintura está apoyada contra la pared opuesta. Todavía no puedo creer que exista después de tanto tiempo. Tampoco he asimilado aún el porqué.

Tengo un vaso de whisky de malta en una mano y la carta de mi padre en la otra.

La he leído al menos una docena de veces.

No sé cuántas veces tendré que leer sus palabras hasta que dejen de abrir un hueco frío detrás de mi esternón, uno que me deja sintiéndome extrañamente despojado.

Mi padre aún no está muerto, pero leer su carta —escrita para mí bajo la suposición de que él ya no estaría cuando me llegara— me hace darme cuenta de lo poco que realmente lo conocía.

Tanto su cobardía como, al final, su valentía.

Me termino el último trago de whisky mientras mi mirada recorre una vez más su escritura irregular.

Dominic,

Si estás leyendo esto, significa que estoy muerto y esta carta, junto con tu pintura, ha encontrado su camino hacia ti en Nueva

York. Me doy cuenta de que estoy tomando el camino fácil. Esperar a escribir esto hasta que ya no puedas hacerme preguntas o decirme lo cobarde que soy por ocultarte todo esto no es justo, y lo siento por eso. Lo siento por todo. Supongo que eso es lo principal que necesito que sepas.

No fui apto para ser padre —dudo que necesite decírtelo. La idea de tener hijos me aterraba. Y luego conocí a tu madre y poco después ella me dijo que estaba embarazada. Le supliqué que abortara, pero ni siquiera lo consideró. Tal vez debí haberle dicho por qué no quería tener un hijo. Demonios, quizás simplemente debí haberla enviado de vuelta con sus padres. Ambos habrían estado mejor si lo hubiera hecho.

Nunca olvidaré la primera vez que te vi en sus brazos. Esta cosa rosada y chillona, tan indefensa como un gatito. Entré en pánico cuando te puso en mis brazos. ¿Cómo iba a proteger algo tan frágil e inocente? Ni siquiera podía protegerme de mi propio padre. Decidí en ese momento que solo podía asegurarme de que mi hijo fuera lo suficientemente duro para protegerse a sí mismo. Me prometí criarte para ser fuerte, para que nadie pudiera jamás quebrantarte, especialmente no como me quebraron a mí.

No recuerdo la primera vez que mi padre me tocó. Solo sé que no se detuvo hasta que llegué a la pubertad y crecí lo suficiente para defenderme. Por esa misma época, reuní el valor para contarle a mi madre lo que él había hecho. En lugar de defenderme, se puso una escopeta bajo la barbilla y apretó el gatillo, dejándome completamente solo con él.

Él y yo trabajábamos en el bote todos los días desde que pude sostener una caña de pescar. Eso no cambió después de que llegaras. Un día lo vi mirándote. Tendrías quizás siete u ocho años. Quise matarlo ahí mismo. Ahora me doy cuenta de que debí hacerlo. En lugar de eso, te alejé del negocio familiar. Para asegurarme de que te mantuvieras alejado, te dije que eras débil. Que eras inútil.

No eras ninguna de esas cosas, hijo. Yo lo era.

Hasta aquella noche que peleamos aquí en la casa, pensé que te habías salvado. No puedo describir lo que sentí al escucharte decir lo que él te había hecho. No quería creer que fuera posible que te había fallado. Estaba demasiado borracho para contener mi horror — o mi ira. Hacia él. Hacia mí mismo. Incluso hacia ti, por ser tan confiado como para que él también pudiera llegar a ti.

No quise destruir tu arte. Nunca quise golpearte. Cuando me di cuenta de lo que te había hecho esa noche, quise morir. Sabía que no podía arreglar nada de eso. Pero podía encargarme de lo que debí haber hecho hace años.

Después de que saliste del hospital y te fuiste, lo llevé en la lancha al pantano. Cuando llegamos lo suficientemente lejos, apagué el motor y le dije que sabía lo que te había hecho. Ni siquiera intentó negarlo. Tenía un cuchillo de caza y un bloque de cemento conmigo en el bote. Arrojé su cuerpo lo suficientemente profundo en el pantano para que lo único que lo encontraría serían los caimanes. No me preocupé de que alguien lo extrañara.

Dudo que alguien vaya a extrañarme ahora que me he ido, tampoco. Menos que nadie tú.

No voy a pedirte que me entiendas. No me atrevo a esperar que alguna vez puedas perdonarme. Solo quiero que sepas que realmente me importabas, hijo. Realmente te amo.

Solo desearía haber sido lo suficientemente hombre para hacértelo saber.

Tu padre

Me toma un momento absorber esas últimas líneas. No puedo negar el impacto que tienen en mí, incluso ahora.

Cuando finalmente levanto la mirada de su carta, encuentro a Avery observándome con ternura. Ella cruza la cabina para subirse a mi regazo. Envolviéndose a mi alrededor y sujetándose con firmeza, es la personificación del apoyo y el afecto. Cierro mis brazos alrededor de ella, presionando un beso en la parte superior de su cabeza.

Ella entierra su rostro en mi pecho, su voz suave y cálida. —¿Estás bien?

—Sí —mis dedos trazan pequeños círculos en su espalda mientras ella se acurruca contra mí—. Cada vez que la leo, siento menos enojo hacia él. Menos dolor. Supongo que es difícil odiar a alguien que es tan parecido a uno mismo.

Ella se incorpora, frunciendo el ceño. —No eres como él, Nick. No eres un cobarde, nunca lo has sido. Eres el hombre más valiente que conozco. Yo misma lo presencié esta mañana cuando estuviste junto a su cama. Incluso en tus peores momentos, nunca eres cruel. Tu padre quería hacerte frío y duro, inalcanzable. No eres nada de eso.

—Lo fui —le recuerdo, pensando en los años después de que dejé Florida por primera vez. Estaba enojado y amargado, preocupado solo por mi propia supervivencia. Motivado por mis propias necesidades narcisistas—. Era todo eso y peor. Hasta que te encontré.

Ella está sonriendo cuando inclino mi cabeza para besarla. Riendo mientras la tomo en mis brazos y la deposito suavemente debajo de mí en el amplio sofá.

—Lo has cambiado todo, Avery. Me has cambiado a mí.

—No demasiado, espero. Resulta que me gusta el hombre que eres.

Arqueo una ceja. —¿Te gusta?

—Lo amo —dice ella—. Con todo lo que soy, lo amo.

Una oleada de felicidad pura y sin tapujos surge dentro de mí mientras contemplo a la extraordinaria mujer en mis brazos. En el tiempo que la he conocido, le he dado cien razones para alejarse, y sin embargo aquí está. Confiando en mí. Perdonándome. Creyendo en mí.

Amándome.

Es más de lo que jamás soñé tener en mi vida. Mucho más de lo que jamás mereceré. Pero planeo pasar el resto de mi vida esforzándome por ser el hombre que veo reflejado en sus ojos.

—Yo también te amo —murmuro contra sus labios—. Con todo lo que soy ahora y seré siempre, Avery, te amo.

28

UN MES DESPUÉS

Nick sostiene la urna de bronce sobre la borda del *Icarus* y vierte cuidadosamente las cenizas de su padre sobre el agua cristalina.

No hay palabras de afecto suave ofrecidas para William Baine, ni lágrimas derramadas mientras el océano abraza la nube gris oscura de sus restos cremados y los arrastra hacia abajo. Esta ceremonia es solemne y privada. Solo Nick y yo y la calidez de un amanecer brillante que pinta el cielo en tonos pastel de rosa, durazno y lavanda.

Es un asunto muy diferente al otro funeral al que asistimos hace unas semanas.

A diferencia del padre de Nick, Kathryn Tremont abandonó este mundo en sus propios términos—de la misma manera en que lo vivió. Solo días después de que regresamos a Nueva York, la enfermera de Kathryn nos llamó para informarnos que ella había terminado con su vida mientras estaba en su casa de los Hamptons.

Su funeral había sido todo un acontecimiento, por supuesto. Kathryn no lo habría querido de otra manera. No me sorprendió saber que, en ausencia de herederos, su fortuna y patrimonio fueron destinados a un puñado de sus organizaciones benéficas y museos de arte favoritos.

Pero hubo una disposición especial que fue una sorpresa para Nick y para mí.

Un regalo increíblemente generoso que se utilizará para iniciar una nueva organización sin fines de lucro para la construcción de centros recreativos juveniles en todo el país. Andrew Beckham ya ha preparado la documentación.

Pero antes de que la visión de Nick se extienda a nivel nacional, él y yo supervisaremos el diseño de un proyecto más personal—un pequeño centro turístico frente al mar y una escuela de navegación para niños maltratados. Comenzaremos la construcción el próximo año en una parcela específica en Key Largo.

Cuando abordamos el *Icarus* esta mañana, Nick me dijo que, en lo que a él respecta, esa es su única obligación urgente en tierra firme. Todo lo demás puede ser manejado por sus equipos o esperar hasta nuestro regreso.

No puedo evitar la satisfacción—y el deseo—que me invaden mientras lo observo moverse por la cubierta del hermoso velero. Siempre me ocurre esto cuando lo miro. Estoy segura de que siempre será así.

—¿Qué haremos durante casi un año juntos en el mar?— le pregunto una vez que ha guardado la urna y vuelve a mi lado en el timón.

Me atrae hacia el círculo de sus brazos. —Estoy seguro de que se nos ocurrirá algo.—

—¿Eso significa que tienes ideas?—

—Cariño, tengo cientos de ellas.— Su boca se curva antes de besarme.

Es tan fácil perderme en la dicha de sus labios sobre los míos, sus brazos envueltos protectora y posesivamente alrededor de mí. Quiero besarlo sin interrupción durante días, y apenas puedo contener mi emoción por el hecho de que ahora puedo empezar a disfrutar de ese privilegio.

Las olas ruedan debajo de nosotros y protesto cuando la boca de Nick abandona la mía.

—Manos al timón,— me ordena con un ronroneo bajo. —Deberíamos establecer nuestro rumbo.—

Lo complazco, girándome para tomar el timón con él parado detrás de mí. —¿Adónde, Capitán Baine?—

Señala por encima de mi hombro hacia el horizonte vacío. —Tenemos varias opciones. Bermudas por allá. Las Bahamas y el resto del Caribe por ahí. O simplemente podríamos ir donde nos lleven el viento y las olas. Depende de ti.—

—¿A cualquier lugar?— le pregunto, considerando las posibilidades. —¿Y confías en mí al timón de tu bebé?—

Sus labios presionan la curva sensible de mi cuello y hombro. —Confío en ti con más que eso, ángel. Confío en ti con mi corazón.—

Sonrío, apoyándome en la calidez de su cuerpo detrás de mí. —¿Entonces eso significa que soy oficialmente tu primer oficial ahora? —

—En realidad, esperaba que fueras oficialmente mi esposa.—

Me quedo inmóvil. La incredulidad—y una alegría abrumadora—me recorren mientras suelto el timón y me giro para mirarlo. —¿Qué?—

—Te amo, Avery. No quiero conocer jamás un día sin ti a mi lado. —

Mete la mano en su bolsillo y saca un anillo de compromiso de platino con un gran diamante que brilla como un pedazo de cielo.

Una risa atónita brota de mí. —¿Viniste preparado?—

Su sonrisa parece tímida, casi de disculpa. —Iba a esperar hasta que estuviéramos en algún lugar romántico y tropical. Quería que fuera perfecto para ti, así que he estado tratando de pensar en las palabras adecuadas para decir cuando te diera este anillo.—

Niego con la cabeza mientras lo veo deslizar el hermoso anillo en mi dedo. Mi corazón se eleva, mi amor por él desbordándose en un torrente de lágrimas felices. —Ya dijiste lo perfecto. Dijiste que me amas.—

—Sí, te amo. Voy a amarte para siempre, Avery.—

—Bien,— le digo, entrelazando mis brazos alrededor de su cuello. —Porque para siempre es solo el comienzo de cuánto tiempo voy a amarte.—

UNA NOTA DE LARA

Gracias por leer mi libro. ¡Espero que lo hayas disfrutado!

La Serie 100 continúa con más de la historia de Nick y Avery, además de otros libros protagonizados por personajes que irás conociendo en el camino. ¡Feliz lectura!

Continúa con el siguiente libro: Corro Hacia Ti

TU OPINIÓN ES IMPORTANTE

Si te gustó este libro, o cualquiera de mis otros títulos, te agradecería muchísimo que dejaras una reseña, aunque sea solo una o dos líneas. Sé que tu tiempo es valioso y de verdad valoro tus comentarios y tu apoyo.

Si disfrutaste esta historia, quizá también te gusten mis otros libros. Puedes suscribirte a mi lista de correo visitando mi sitio web. Y si quieres escribirme, estaré encantada de leerte. ¡Siempre me alegra saber de mis lectoras!

LIBROS DE LA SERIE 100

Por Cien Días
Por Cien Noches
Por Cien Razones
Corro Hacia Ti
Juega Mi Juego
Por Cien Eternidades (próximamente)

SOBRE LA AUTORA

Con casi 4 millones de libros en circulación en todo el mundo y traducciones en más de 20 países, Lara Adrian es autora superventas del New York Times y número uno en ventas internacionales. Sus populares novelas románticas han emocionado a miles de lectoras desde la publicación de su primer título, Kiss of Midnight, lanzado por Random House en 2007, que se convirtió en un éxito inmediato.

Con su longeva serie de romance paranormal Midnight Breed, ha consolidado su lugar como "una de las autoras más destacadas del romance paranormal" (Fresh Fiction). Y con su sensual serie contemporánea de romance con multimillonarios, 100 Series, las críticas la han coronado como "una nueva reina del romance picante" (The Sub Club Books).

Visita LaraAdrian.com para más información sobre los libros de Lara.

DERECHOS DE AUTOR

Copyright ©2017 por Lara Adrian, LLC

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, duplicada ni transmitida por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito de la autora, excepto en el caso de breves citas utilizadas en reseñas literarias.

Este libro es una obra de ficción. Salvo que se indique lo contrario, todos los nombres, personajes, empresas, lugares, eventos e incidentes que aparecen en esta obra son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas vivas o fallecidas, o con lugares, hechos o situaciones reales, es mera coincidencia.